



# Rezos de vergüenza

JOSEP CAMPS



Lectulandia

¿El Opus Dei es una secta integrada por miembros que solo buscan enriquecerse a cualquier precio o es una organización que ayuda a encontrar a Cristo en el trabajo, la vida familiar y el resto de actividades ordinarias? ¿Ha perdido su esencia católica o jamás la tuvo? ¿Existen las mortificaciones, cilicios y otras penitencias o son solo una leyenda? ¿Josemaría Escrivá de Balaguer fue realmente un santo o únicamente un hombre obsesionado por el poder y el dinero? En pleno siglo XXI, la Obra sigue generando fuertes controversias entre sus partidarios y detractores.

En *Rezos de vergüenza*, el sargento Eutiquio Mercado se reincorpora a los Mossos d'Esquadra para esclarecer la muerte de Borja Tintoré, hijo de un importante banquero vinculado al Opus Dei, y de Quim Albertí, compañero suyo en el Cuerpo durante muchos años. Una investigación que pondrá a prueba la estabilidad emocional del protagonista y que debilitará por momentos su tenacidad. Ambientada en la Barcelona actual, de capítulos cortos y ritmo frenético, nos encontramos con una novela a medio camino entre los géneros negro y policial que bebe de los cánones que en su día marcaran Jim Thompson, Mickey Spillane o el mismo Manuel Vázquez Montalbán.

Tras el éxito de *Melodía quebrada*, Tiki Mercado vuelve a protagonizar esta nueva aventura donde la muerte, la violencia y la crueldad se erigen en actores principales. Pero por donde también fluyen el humor, el sexo y el *rock and roll*. Una novela imprescindible para los amantes de la literatura negra y policial, pero también para los lectores que ven el género con algún recelo.

Lectulandia

Josep Camps

# Rezos de vergüenza

Sargento Tiki Mercado - 2

ePub r1.0

Titivillus 21-05-2018

Título original: *Rezos de vergüenza*

Josep Camps, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*How I wish  
How I wish you were here  
We're just two lost souls swimming in a fish bowl  
Year after year  
Running over the same old ground  
What have we found?  
The same old fears*

*Wish you were here*  
ROGER WATERS, DAVID GILMOUR

*A Upe y Maria  
A Josep Forment  
Y a ti, lector*

# 1

Vicent Boira dejó la fotografía sobre la mesa. Me incorporé de la silla y la cogí. La imagen estaba borrosa. Aun así, pude ver qué era: un cuerpo humano con la cabeza separada del tronco.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Un hombre al que han decapitado con una motosierra, alguien a quien tú conocías bien.

—¿Quién?

—El sargento Joaquim Albertí.

—Pero ¡qué dices!

—Lo siento, Tiki.

Con mano trémula, dejé la foto en la mesa. Encendí un cigarrillo y chupé con fuerza. Quim Albertí había muerto. No podía ser. Respiré hondo y me volví a Boira.

—¿Quién ha sido?

—No lo sabemos. Anteayer se le encargó a Albertí la investigación de la muerte de Borja Tintoré, el hijo menor del banquero.

—Y un día después ha sido asesinado.

—Lamentablemente, así es.

—¿Cómo murió el hijo del banquero?

—El chico fue hallado muerto en un descampado de la Mina. También decapitado. Albertí ha aparecido dentro de un contenedor de basura, en Ciudad Diagonal.

—¿Han sido los mismos?

—¿Crees que hay mucha gente que se dedique a decapitar cuerpos humanos con una motosierra?

—Supongo que no.

—Necesito que me ayudes, Tiki.

—Estoy retirado, ya lo sabes.

—Este no es un caso más.

—Hace más de dos años que lo dejé. Te lo dije entonces y te lo repito ahora: no quiero saber nada de vosotros. Os podéis ir todos a la mierda.

—¿También Albertí?

Me levanté con brusquedad y me encaré con Boira.

—Eres un cerdo.

Boira no se inmutó, era una de sus cualidades. Desde que nos conocíamos, y de eso hacía ya más de veinte años, jamás lo había visto fuera de sí. Nunca había atinado a saber si las cosas le importaban un carajo o era un tipo muy frío. Tal vez las dos cosas.

—Tiki, por favor, siéntate. Hablemos como personas racionales. Ya imagino que no quieres volver, pero estamos ante un asunto extraordinario. El padre del chico es una persona muy influyente. Está presionando al más alto nivel para que todo se solucione lo antes posible.

—Y ahí está en juego tu cabeza como comisario jefe.

—Nosotros tampoco nos podemos permitir el lujo de quedarnos impasibles cuando se cargan a uno de los nuestros. Hazlo por Albertí, era tu amigo.

En eso Boira tenía razón. Quizás no fuéramos amigos en el sentido que la mayoría de la gente entiende, pero sin duda Quim Albertí había sido alguien importante en mi vida.

—Sí, era mi amigo —contesté, volviéndome a sentar—, pero eso no cambia nada. Te corresponde a ti esclarecer quién acabó con su vida. Y con la vida del hijo del banquero.

—Eres el mejor investigador que hemos tenido jamás. Sabes que eres un mito dentro del Cuerpo. En la academia hablan del sargento Eutiquio Mercado como un ejemplo a seguir, centenares de policías sueñan con ser algún día como tú. No les defraudes.

—No, no me interesa.

Tiré el cigarrillo al suelo y me incorporé. Boira me sujetó el brazo con fuerza.

—Piénsalo bien.

Me solté de mala manera y le dirigí una mirada fulminante antes de marchar. Estábamos en la plaza de la Virreina, debajo de mi casa, en el barrio de Gràcia de Barcelona. Un lugar con un aroma especial de tranquilidad, cuna de agradables conversaciones y mejores compañías. Desgraciadamente, nada volvería a ser igual. La Virreina me recordaría siempre la muerte de mi amigo Quim Albertí.

Comencé a caminar sin rumbo determinado, Gràcia adentro. Y entonces vino a mi mente el «Wish You Were Here», aquel canto a la amistad que unos David Gilmour y Roger Waters, en plena madurez creativa, dedicaran a su compañero Syd Barrett.

Deambulé como un autómatas durante un par de horas. Después me senté en un banco de la plaza del Raspall y encendí un cigarrillo. En mi cabeza aparecía una vez y otra la foto que me había enseñado Boira. Aquel tronco sin cabeza era como un yunque que me golpeaba la conciencia. Tenía que llamar a Naraia, la mujer de Quim, para decirle cuánto lo sentía, cómo me había afectado la muerte de su marido, de qué manera lo echaría de menos. Pero no me atrevía. Me daba miedo plantarme delante suyo y tener que contemplar tanto dolor. Esperé y esperé. Y luego esperé un poco más. Media hora después, al fin, me armé de valor. Volví a la Virreina y subí a mi apartamento a coger las llaves de la Scoopy.

En apenas quince minutos llegué a casa de Albertí, un piso antiguo situado en un inmueble colindante con el mercado de la Boqueria que había heredado de un abuelo suyo.

Naraia, con los ojos enrojecidos, me abrió la puerta y me dio un abrazo. Era una tinerfeña menuda y de ademanes tranquilos cuya piel oscura delataba sus antepasados bereberes. Quim la había conocido durante el servicio militar. Habían congeniado rápidamente y, poco después de que Albertí terminara con sus obligaciones patrióticas, se habían casado. Naraia había dejado a su familia en la isla y se había instalado en Barcelona. Algunos años después tendrían el primero de sus tres hijos.

—No sabes cuánto lo siento, Naraia.

—Lo sé, Tiki. Eras uno de sus amigos.

—¿Y los niños?

—Los he dejado con una vecina, no quiero que vivan esto. Son pequeños aún. Pero pasa, por favor. ¿Te preparo un café? Yo tomaré otro, me irá bien.

Mientras Naraia iba a la cocina, me senté en el sofá favorito de Quim, en el que no dejaba sentar a nadie, ni siquiera a sus hijos, en el que tantas y tantas horas pasara viendo partidos de su querido Barça. Se me hizo un nudo en la garganta y se me nubló la vista. Entonces volvió Naraia, me sirvió el café y se sentó en el sofá de al lado.

—¿Por qué lo hicieron, Tiki? Quim era un buen hombre, no se metía con nadie.

—Es injusto, lo sé. Pero no te preocupes, la gente del Cuerpo hará lo que sea necesario para dar con quien acabó con tu marido. Cargarse a un *mosso* tiene consecuencias, te lo aseguro.

—Estoy convencida de eso, pero a mí no me devolverá nadie a Quim. Tengo tres hijos pequeños. ¿Qué clase de vida crees que les espera sin un padre que los quiera y los eduque?

—Eres una mujer valiente.

—No me quedará otra, si quiero tirar adelante.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Es posible que vuelva a mi tierra. Allí están mi familia y mis amistades de siempre. Sin él, nada me retiene aquí. ¿Sabes?, estábamos en la mejor etapa de nuestras vidas. Hacía poco que Quim había ascendido a sargento, estaba que se moría por sus hijos y nuestra relación de pareja marchaba bien. Siempre estaba pendiente de que no nos faltara de nada. Dios, ¿qué va a ser ahora de nosotros?

No contesté. Tanto dolor me abrumaba. Naraia cogió, temblorosa, la taza de café y dio un sorbo.

—Puedes fumar, si quieres —dijo.

—No, gracias.

—No me digas que lo has dejado.

—No, claro que no.

—Deberías planteártelo.

—Supongo que me sería imposible.

—Tú eres un hombre de fuertes voluntades. De cosas peores has salido.

—Sí, pero todo tiene sus límites y creo que los míos ya están ampliamente traspasados —contesté, riendo.

Por primera vez, Naraia esbozó una tímida sonrisa. Estuvimos un rato en silencio. Quizás no teníamos nada más que decirnos.

—El comisario jefe quiere que vuelva al Cuerpo para investigar la muerte de Quim —disparé, pasados un par de minutos.

La tinerfeña me miró a los ojos. Pero no contestó.

—¿Qué te parece? —insistí.

—Me parecerá bien lo que hagas. Dejaste el Cuerpo hace tiempo y ahora tienes tu vida. ¿Eres feliz?

¿Lo era? Desde que abandonara los Mossos, mi vida se había vuelto tranquila, acaso anodina. Salía a correr varias veces por semana, generalmente desde la Virreina hasta el parque de Cervantes, arriba de la Diagonal. Entre ida y vuelta, unos trece kilómetros que permitían mantenerme en un razonable estado de forma. También había vuelto a matricularme en la universidad para seguir con la carrera de Filosofía que dejara colgada veintitantos años atrás. Tenía el Roxette. Por ahí, todo más o menos bien. Lo que no carburaba tanto era lo de la coca y el alcohol. Los demonios seguían ahí, no se iban. Mi vida giraba concéntricamente una y otra vez sobre eso. A veces hasta la obsesión.

—No lo sé, Naraia, quiero suponer que sí.

—Disfruta todo lo que puedas y no mires atrás. La felicidad dura poco y hay que aprovecharla al máximo.

Sin más que decirnos, nos despedimos con un par de besos prometiéndonos no perder el contacto, aunque ambos sabíamos que difícilmente volveríamos a vernos.

Antes de montarme de nuevo en la Scoopy, me metí en la Boqueria. Eran las tres de la tarde y pensé que era un buen momento para comer algo en El Ramblero, un bar

dentro del mercado que antaño había sido una parada de frutas y del que me habían hablado maravillas.

Después de esperar una eternidad, conseguí hacerme un hueco en una de las esquinas.

—¿Qué será? —me preguntó un tipo de cara redonda y finas patillas, todo vigor, que parecía el dueño del bar.

—Una tapa de callos con un poco de pan.

—¡Marchando! ¿Y para beber? ¿Un vaso de vino? ¿Una caña?

—Un agua, por favor.

—No es lo que mejor casa con los callos.

—Lo sé, lo sé... —contesté, desviando la mirada, dando así por terminada la conversación.

En apenas unos minutos, tenía delante de mí una más que generosa cacerola de barro repleta de tripas de vaca, acompañadas de rodajas de chorizo y morcilla. Salivé solo con ver aquello. Cogí el tenedor y me abalancé sobre el manjar. Después de dar buena cuenta de ellos, mojé el pan en aquella exquisita salsa hasta que no quedó ni una gota.

—Amigo, perdona, pero esto que has hecho es un pecado —dijo el tipo que estaba sentado a mi lado con una caña de cerveza en la mano—. Comerse unos callos sin un buen Ribera del Duero al lado es como follar con los pantalones puestos.

—Me parece que nadie te ha pedido la opinión sobre cuál es la mejor manera de follar. Así que, si no te importa, te agradecería que me dejaras en paz.

El tío se me quedó mirando. Parecía sopesar si replicar o seguir con lo suyo. Optó por lo último. Me dio la espalda y pidió otra cerveza. Mejor, porque de seguir, el tema hubiera acabado mal. Si el tipo aquel supiera lo que habría dado por un buen vaso de vino, seguramente no habría abierto la boca.

Con el estómago conformado, salí de la Boqueria y fui a coger la Scoopy. Antes de subirme a ella, encendí un cigarrillo. Le di media docena de caladas profundas y lo tiré. Y entonces los vi: mientras me disponía a colocarme el casco, delante de mí pasó una mujer joven con tres niños pequeños. Uno iba sentado en un cochecito de bebé; los otros agarraban la falda de su madre. Probablemente tuvieran una edad similar a la de los hijos de Albertí. Pensé en ellos, en qué sería de su vida, cómo afrontarían su infancia y adolescencia sin la figura de un padre. De mayores quizás preguntarían a su madre cómo murió su padre y, muy posiblemente, también se interesarían por la reacción de los compañeros de trabajo de su progenitor, cómo reaccionaron, qué es lo que hicieron. Se me encogió el estómago. En ese momento sentí vergüenza de mí mismo. Si yo no era capaz de hacer algo por quien había sido fiel compañero y amigo, es que estaba muerto. Me quité el maldito casco, cogí el móvil y llamé a Vicent Boira.

—Tiki —respondió Boira al otro lado del teléfono—. ¡Qué sorpresa! ¿Ocurre algo?

—Nada en especial. Quiero hablar contigo.

—¿Quieres que nos veamos?

—No es necesario. Podemos hablar por teléfono.

No tenía gana alguna de verme con él. Ya había aguantado sus modales de ejecutivo de multinacional pocos días atrás. Era más que suficiente.

—Bien, como quieras —contestó—. Tú dirás.

—Acepto el encargo.

—¿Vuelves al Cuerpo?

—Sí.

—Bien, Tiki. No sé qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión, pero celebro que vuelvas.

—Espera, no corras tanto. Tengo condiciones.

—Suelta.

—En primer lugar, vuelvo solo temporalmente. Cuando termine todo esto, lo dejo y vuelvo a mi vida actual.

—Me parece bien. ¿Qué más condiciones?

—Quiero trabajar con la agente Elvira Sangenís.

—¿Quién es esa?

—Una agente de la división que colaboró conmigo en mi última etapa en el Cuerpo.

—¿Cuando lo de Canals?

—Sí.

—¿Está buena?

—Es buena.

—Tú lo que quieres es tirarte a la agente esa.

—Me da igual lo que pienses. ¿Aceptas?

—Tendré que verlo. Mañana te digo algo.

—Es condición indispensable, Boira.

—Si no tienes una mujer al lado, no funcionas, ¿eh?

—Puede ser, pero es lo que hay. Lo tomas o lo dejas.

—Ya sabes que el Cuerpo tiene unas jerarquías que no se pueden saltar así como así. He de ver cómo hago encajar tu vuelta.

—Me fui con una excedencia y, como ya han transcurrido más de dos años, puedo regresar inmediatamente.

—Conoces bien las normas que te interesan. Bien, haré mover los papeles.

—Queda una tercera condición, Boira.

—Espero que sea la última.

—Lo es. No quiero intromisiones de ningún tipo. Haré las cosas a mi manera aunque a ti o a cualquier pingüino de los de arriba no os guste. Reportaré a quien tú me digas, eso lo acepto, pero no admitiré órdenes de él ni de nadie. Tampoco pienso realizar ningún informe escrito.

—¿No te estás pasando?

—Son mis condiciones, Boira.

—De acuerdo, el subinspector Carlos Carreras se pondrá a tu disposición para lo que necesites. Mañana a las nueve en su despacho.

—Perfecto. Adiós.

—Espera, yo también tengo una condición. Solo una.

—¿Sí?

—Sé prudente. No quiero que te pase lo mismo que a Albertí.

Después del encuentro con Naraia, lo último que me apetecía esa tarde era ir al Roxette, pero no podía dejar sola a Jessica. Cuando llegué, minutos antes de abrir al público, ya estaba trajinando detrás de la barra. Había sido un buen fichaje. A causa de un súbito ataque al corazón, su padre había tenido que cerrar El Mariscal y ella no había querido tomar las riendas del negocio. Así que habían traspasado el local a una conocida marca de ropa de bajo coste y habían finiquitado el negocio. Jessica se había dedicado entonces a intentar sacar rendimiento económico a su gran afición: la fotografía. Se dedicaba a deambular por los bares de Gràcia con fotografías de desnudos masculinos bajo el brazo en busca de clientes. Pero al cabo de pocos meses se dio cuenta de que aquello no daba para vivir y lo dejó. Coincidió que por aquel entonces yo me había liado la manta a la cabeza y había alquilado un local en la calle Maria, muy cerca de donde había estado El Mariscal, y había abierto el Roxette, un bar musical de los de toda la vida. Un lugar sin grandes pretensiones, pero que colmaba mis ambiciones. Y como necesitaba a alguien que me ayudara en el negocio, no me costó mucho convencer a Jessica para que me echara una mano. Eso sí, le prometí una parte de los beneficios que generara el Roxette y poder decorar el local con sus fotos.

El bar tenía dos plantas. En el piso de arriba, un pequeño trastero hacía las funciones de almacén. En la planta inferior se encontraba la zona destinada a los clientes, formada por una decena de mesas redondas, una barra con veinte taburetes y una pequeña cabina desde donde controlaba la música del local. Al fondo, una breve tarima servía para los conciertos *unplugged* que intentaba programar siempre que podía. No es que me gustara la música en directo sin amplificadores, de hecho me parecía algo así como menospreciar el *rock and roll*, pero el Ayuntamiento no me había dado permiso para otra cosa.

—Has llegado pronto —saludé a Jessica.

—Es que había quedado con un tío que me quería comprar unas fotografías.

—¿Y qué? ¿Has vendido?

—Qué va. El tío solo quería ligar conmigo y, claro, lo he mandado a la mierda. La gente se piensa que porque hago fotos de desnudos masculinos ya soy una ninfómana. Me parece que me voy a dedicar a otra cosa. Por cierto, me ha dicho mi padre que hoy vendrá porque le tienes que dar algo.

—Sí, un cedé de Clapton.

—¿He oído nombrar a Clapton? —tronó una voz detrás de mí. Era Mariscal. Desde lo del ataque al corazón, había adelgazado ostensiblemente y había dejado la bebida y el tabaco, aunque aún seguía conservando aquel aire a lo Jerry García.

—De eso hablábamos —contesté.

—¿Tienes lo mío? —dijo, apoyándose en la barra.

—Claro que sí, aquí lo tienes. —Y le largué el cedé del *Just One Night*—. No te olvides de devolvérmelo.

—Qué pesados sois —terció Jessica—. Todo el día hablando de *rock and roll*. ¿No tenéis más temas de conversación?

—Tiki —rio Mariscal—, perdona a mi niña, no sabe lo que dice.

Jessica nos dirigió una mirada fulminante a los dos y se fue.

—¿Cómo va el negocio? —dijo Mariscal—. ¿Se porta bien mi hija?

—Muy bien, viejo. Este sitio no sería lo mismo sin ella.

—Tiki, no se te ocurra tirarle los tejos, ¿eh? El otro día vi cómo le dirigías una mirada sucia y no me gustó nada. Ahora que parece que tiene un novio estable, lo último que querría es que se liara con un tipo como tú.

El novio al que se refería Mariscal era un tipo extravagante, por decir algo suave. Algo parecido a una réplica de mal gusto de Lemmy Kilmister. Siempre enfundado en una raída chaqueta de cuero negro, lucía unas largas patillas que se extendían hasta la boca y conectaban con un ridículo bigote, casi siempre lleno de puntitos blancos por culpa de la coca que le supuraba continuamente de la nariz.

—Tu hija es un bellezón —contesté.

—Sí, como su madre. Espero que no sea igual de puta. ¿Dónde se grabó este cedé?

—En el teatro Budokan de Tokio, en el 79, durante la gira de presentación del *Backless*.

Aún no había terminado la palabra cuando Mariscal se me acercó y, sin darme tiempo a reaccionar, me clavó un sonoro beso en la mejilla.

—Pero ¡qué coño haces! —exclamé, limpiándome la mejilla con el dorso de la mano.

—Eres un sol, Tiki. Conforme voy envejeciendo, cada vez valoro más todos esos directos grabados en los setenta. Rock and roll puro, sin artificios: el *Made in Japan* de los Purple, el *Alive!* de Kiss, el *Love You Live* de los Stones, el *Live & Dangerous* de Thin Lizzy...

—Joder, sí. Qué buenos.

—¿Y el *Gonzo*? El doble que grabó aquel tío de las melenas con cara de loco.

—Ted Nugent.

—Sí, ese. La versión del «Cat Scratch Fever» quita el hipo de lo buena que es.

—Totalmente de acuerdo, Mariscal.

—Bueno, ya tengo ganas de escuchar este doble de Clapton. Creo recordar que había una balada preciosa dedicada a la mujer de Harrison. Y también algunas *covers* interesantes. *Clapton is God*, amigo.

—Bueno, tampoco nos pasemos. Te compro que el amigo Clapton tuvo unos prometedores inicios, pero su estela creativa se apagó rápidamente. Apenas un par de trabajos buenos y a sestear por los siglos de los siglos.

—Amén. Pero no me subestimes a *Slowhand*. ¿Te dije que lo conocí en un concierto en el Palacio de los Deportes? Sería sobre el setenta y tantos. Yo en aquella época me ganaba la vida montando y desmontando escenarios para un promotor musical y tuve la oportunidad de conocer a muchos de los grandes. Fue en esa época cuando conocí a Keith...

—Ya me has contado eso un montón de veces. Conociste a Keith Richards y te hiciste amigo suyo.

—Hace un par de semanas hablé con él. El tío, con la edad que tiene, está de puta madre. Me dijo que en breve se dejará caer por aquí. Le gusta mucho Barcelona y siempre que viene...

—Vale, vale... —interrumpí—. ¿Qué me decías de Clapton?

—Ah, sí. Mira, chaval, Eric Clapton fue un dios en su época.

—Dicen que eso solo fue una campaña de *marketing*.

—Y una mierda. Si dices esto es que no has oído bien al Clapton de la época de los Cream o de los Derek and the Dominos. O cuando publicó aquella maravilla de álbum en Blind Faith con Steve Winwood y Ginger Baker. Además, gente como Bob Marley o J. J. Cale no serían nadie sin él. El empalagoso del jamaicano nunca hubiera ido a ninguna parte si Clapton no le hubiera versionado su «I Shot the Sheriff». Pasó de ser un don nadie a una megaestrella de la música. Y con J. J. Cale, tres cuartos de lo mismo. Desde que Clapton le versionó el «Cocaine» empezó a vender discos.

—Vale, vale, te lo compro.

—Así me gusta. Y ahora una cosa. Entre tú y yo, ¿eh?

—Lo que quieras, mientras no sea sexo.

—Qué burro eres. No, quería hablarte de eso de las fotos que tienes colgadas por el bar.

—¿Las de tu hija?

—Sí.

—¿No te gustan?

—Sí, claro. Jessica tiene un talento enorme.

—¿Entonces?

—No sé, quizás no peguen mucho con el local. ¿A ti te gustan?

—No me disgustan.

—Si quieres, te puedo dejar algunas fotos que tengo en casa. Te combinarían bien con las de Jessica. ¿Te acuerdas de la portada del *London Calling* de los Clash, aquella en la que Paul Simonon está golpeando su bajo contra el escenario?

—Cómo no voy a acordarme.

—Pues tengo un póster de la imagen firmado por el mismísimo Joe Strummer. También te podría dejar la foto en la que David Bowie parece estar chupándole la polla a Mick Ronson mientras este toca la guitarra. O una en la que aparecen juntos Marley, Jagger y Peter Tosh. Y luego está la foto en la que Debbie Harry está delante de un micrófono, vestida solo con una camiseta, con la entrepierna al aire.

—Vale, viejo, me quedo con la de los Clash y con la de Blondie.

—Solo te las dejo, ¿eh?

Dejé a Mariscal y me fui a poner copas. El Roxette empezaba a llenarse y había que atender a los clientes. Mientras servía unos mojitos a un grupo de chicas jóvenes que disfrutaban de su *afterwork* particular, me acordé de Albertí y de los buenos momentos que habíamos compartido. Y me sentí muy cansado.

A pesar de que hacía más de dos años que no había vuelto a pisar La Central, cuando llegué tuve la sensación de no haberme marchado nunca de aquel lugar. El Complex Central Egara, la megalómana sede oficial de la Policía catalana, seguía allí, impertérrita, como un recuerdo desdichado de tiempos de derroches obscenos. Durante mi última etapa, había trabajado en la División de Investigación Criminal, hasta que el caso Canals me había hecho aborrecer el Cuerpo y me había largado.

Desde entonces no había vuelto a saber nada de Carlos Carreras, el subinspector. Llamé a la puerta de su despacho.

—Adelante —dijo a modo de saludo.

—Hola, jefe. ¿Qué tal todo?

—Ahora que te veo a ti, mal.

—Vaya, pensaba que se alegraría de verme.

—Pues la verdad es que no. Cuando ayer me llamó el gran jefe en persona para decirme que te incorporabas de nuevo ya me temí que tendríamos problemas.

—¿Qué problemas?

—Te debes acordar todavía de Talavera, ¿verdad?

—Claro, cómo iba a olvidar a semejante imbécil...

Óscar Talavera era un redomado inútil que no tenía mayor mérito que pertenecer a una familia influyente, y se sospechaba que jamás había hecho un examen para entrar en los Mossos ni tampoco para ascender peldaños en la jerarquía policial.

—Pues a ese imbécil lo puse ayer al mando de la investigación del caso. Investigación que ahora vas a llevar tú. Y ya sabes que el tío de Talavera es un alto cargo de Interior. Cargo que me ha llamado hace un rato para pedirme explicaciones del porqué he retirado a su sobrino de la investigación.

—Dígale que hable con Vicent Boira.

—Sí, es lo que he hecho, pero por lo pronto ya he tenido que aguantar un chorro a primera hora de la mañana que me ha puesto de muy mal humor. Pero, bueno, vayamos a lo nuestro.

—Bien, ¿qué sabemos sobre las muertes de Albertí y Tintoré?

—No mucho, la verdad. En ninguno de los dos casos hay testigos, y las huellas encontradas en los cuerpos no corresponden a nadie fichado a día de hoy.

—¿Estaban conscientes antes de la decapitación?

—Parece ser que sí. Debieron de tener una muerte dura.

—Joder. ¿Algo más?

—Se ha podido determinar que la cadena de la motosierra era la misma, posiblemente perteneciente a una Husqvarna de gasolina.

—De las que debe de haber a decenas en cualquier ferretería —observé.

En ese instante se abrió la puerta del despacho y entró Óscar Talavera. Tenía el rostro enrojecido por la ira.

—Hijo —le espetó Carreras—, ¿no te han dicho que, para entrar en algún sitio, primero hay que llamar a la puerta y después esperar a que te den paso?

—Vaya, ya veo que ha llegado el salvador del mundo —dijo Talavera, mirándome—. ¿Qué pasa? ¿Te has cansado de hacer de camarero?

—Bueno, un sobresueldo no me vendrá mal —contesté con sorna.

—Talavera —intervino el subinspector—, como te he comentado antes, Mercado se hará cargo de la investigación de las muertes de Albertí y Tintoré.

—Claro, el niño bonito, el héroe de los Mossos. ¿Aún te acuerdas, Mercado, de cómo se lleva una investigación? Subinspector, a este tío ya se le ha pasado el arroz. Sus métodos de trabajo pertenecen al pasado.

—Mira, Talavera, me da lo mismo lo que pienses del arroz. De hecho, me suda la polla lo que pienses de cualquier cosa. Sigue mis instrucciones y punto. ¿Me explico?

No tenía ninguna intención de tomar partido en aquella discusión. A mí solo me importaba detener a quien se hubiera cargado a Albertí. Lo demás me traía sin cuidado.

—Claro que se explica —siguió Talavera, cada vez más exaltado—, pero no lo entiendo. No sé por qué no puedo llevar yo la investigación.

—Me parece que ya lo he dicho de manera muy clara. A partir de ahora va a ser el sargento Eutiquio Mercado quien se ocupe del tema, y no hay más de qué hablar.

—No estoy de acuerdo con todo esto. Soy mucho más capaz que Mercado o... el mismo Albertí.

Me afectaba poco lo que pudiera creer o decir Talavera de mí, pero no pensaba consentir que alguien ensuciara la memoria de mi amigo. Me levanté como un resorte, cogí al sobrino del alto cargo de Interior por las solapas de la chaqueta y lo estampé contra la pared.

—Me estás empezando a hartar, chico. Vete inmediatamente de aquí antes de que pierda la paciencia.

—¡Subinspector! —gritó Talavera—. ¿No ve lo que me está haciendo este cabrón? ¿No va a hacer nada?

—Mercado, suéltalo —ordenó Carreras, sin demasiada convicción.

—Esto te va a costar caro, Mercado. Sé dónde llamar para que te echen de aquí de una vez por todas.

—Tú no vas a llamar a nadie, Talavera —dijo el subinspector—. Harás lo que yo te diga y nada más, ¿entendido? Ahora, Mercado, déjalo de una vez o le vas a romper esa chaqueta tan bonita que lleva.

—Muy bien, chico, ya te puedes ir. —Lo solté—. Pero no me toques más los huevos, tengo muy poca paciencia con los imbéciles como tú.

Talavera se arregló las solapas de la chaqueta, me dirigió una mirada cargada de rencor y se fue.

—Tardaré poco en recibir una llamada, ya lo verás. —Carreras desvió la vista hacia la ventana.

—Lo siento, jefe, pero es que me ha puesto a mil.

—No te preocupes. —Ahora me miró a los ojos—. Si quieres que te sea sincero, me alegro de que estés aquí. Tu presencia va a suponer un estímulo importante para los chicos. Desde lo de Albertí, hay muchos nervios. Era una persona muy apreciada, ya lo sabes. Además, es un caso que Quim no quería. Yo lo forcé. Y me siento mal por ello.

—No se machaque, era su deber.

—Ya lo sé, pero no por ello deja de joderme. Tenemos que dar con quien lo asesinó.

—Delo por hecho, no he venido a pasar el rato.

—Eso espero, Mercado. Bueno, me ha dicho el gran jefe que tengo que ponerme a tu disposición para todo lo que necesites. Parece que serás tú el jefe.

—No es nada contra usted, es solo que quiero ir a la mía. Terminé muy harto de jerarquías policiales. Pero no tema, lo mantendré al tanto de la investigación.

—Gracias, sargento.

—¿Le jode?

—¿Debería?

—No, claro que no.

—Estate tranquilo, Mercado. Tendrás en mí todo lo que necesites. Y un poco más. Tengo tantas ganas como tú de pillar a quien asesinó a Quim.

—¿Le comentó Boira algo de Elvira?

—Pues no, no lo recuerdo. ¿Qué es lo que tenía que decirme?

—Quedé con él que Elvira me ayudaría en el caso.

—Pues será complicado —contestó Carreras—, está en otro caso, ahora. Pero, vaya, si se lo pediste a tu amigo, el comisario jefe...

Carreras se había enojado repentinamente y quizás no le faltaba razón. A nadie le gustaba que le impusieran las cosas desde arriba. Aunque yo jamás había utilizado mi antigua amistad con Boira para nada, todo el mundo en el Cuerpo, especialmente los más veteranos, sabían de mi relación con él.

—Vicent Boira no es mi amigo, subinspector, quizás lo fue hace tiempo, pero no ahora. Además, usted sabe que yo nunca he hecho gala de ello.

—Tienes razón, perdona. No he estado bien.

—Entonces lo de Elvira será difícil —dijo, contemporizador.

—Nada que no pueda solucionar un viejo subinspector como yo. Al fin y al cabo, aquí mando yo.

—Por supuesto, jefe.

Carreras se acomodó en su sillón. Parecía más satisfecho, pero un rictus de preocupación ensombrecía su rostro.

—Mercado —dijo al cabo de unos segundos—, me preocupa eso de la

motosierra. Yo jamás había visto aquí utilizar este tipo de artilugios para matar a alguien. Hasta ahora siempre me había parecido algo lejano, exclusivo de esos narcos mexicanos que salen en las películas. Y eso no es bueno. Ve con cuidado. No quiero que acabes mal. ¿Entendido?

—Iré con cuidado, no tema.

—Muy bien, ahora vete. Llamaré después a la agente Sangenis para que se ponga en contacto contigo.

Cuando abrí la puerta del despacho para salir, me topé con Boira, que entraba como un miura. Estaba furibundo.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? —masculló.

—¿Qué ha pasado de qué, comisario jefe? —contestó Carreras.

—Me acaba de llamar el tío de ese chico, ¿cómo se llama?

—¿Qué chico?

—Ese sargento, el que tiene un tío en Interior.

—Ah, Talavera.

—Eso, Talavera. Dice que lo has agredido, Tiki. Y a estas horas ya debe de estar todo el mundo haciendo corrillos con el asunto.

—Comisario jefe —dijo el subinspector—, aquí no ha pasado nada anormal, se lo prometo.

—No se puede ir por ahí como si fueras un matón de tres al cuarto —contestó Boira, dirigiéndome una mirada colérica—. Estamos en un cuerpo público, que se rige por unas normas muy concretas, cuya base es el respeto a todos los ciudadanos, empezando por los propios compañeros de trabajo.

—Ya has oído lo que dice el subinspector, yo no tengo nada más que añadir.

—Tiki, no me cabrees, mi paciencia tiene fecha de caducidad.

Un par de horas después de dejar La Central, me llamó Elvira.

—El subinspector me ha dicho que vuelves.

—Cierto.

—Y que trabajaré contigo.

—¿Te apetece?

—Claro. ¿Cuándo empezamos?

—Ya mismo. ¿Almorzamos en Casa Manolo? Yo invito.

—¿El restaurante gallego aquel donde me llevaste una vez?

—Sí, ¿te acuerdas dónde está?

—Claro.

—Muy bien, a las dos allí.

Cuando llegué a Casa Manolo, Elvira me esperaba en la puerta. La vi como la última vez: delgada, con el pelo rojizo recogido en un moño y una cálida sonrisa que le iluminaba el rostro.

—Me encanta este lugar —dijo Elvira después de sentarnos en mi mesa habitual—. Y lo recuerdo exactamente igual a la vez que vinimos.

—Bueno, en un par de años las cosas tampoco cambian tanto.

—¿Ya hace dos años que nos dejaste?

—Algo más. El tiempo pasa rápido.

—Y que lo digas. ¿Cómo vas?

—Bien, voy tirando. Seguramente menos estresado, pero probablemente más aburrido.

—Por eso has vuelto.

—No he vuelto definitivamente. Cuando resolvamos el caso de Albertí volveré a mi bar musical a servir cervezas a los cuatro borrachos que se dejan caer por el local. ¿Y tú? ¿Cómo estás? Ya sé que continúas aguantando al sargento Curto. Eso tiene mucho mérito.

Después de abandonar el Cuerpo, con Bernat Curto, *el Sonrisas*, había seguido manteniendo el contacto. De hecho, era uno de los clientes habituales del Roxette.

—Creo que nos aguantamos mutuamente —rio Elvira.

—¿Planes de futuro?

—¡No! —casi gritó—. Aún no estoy preparada para compromisos serios, quizás más adelante.

En ese momento llegó Manolo a tomar nota. Se paró frente a Elvira y, con todo su desparpajo gallego, se la quedó mirando de arriba abajo.

—¿Todo bien, Manolo? —pregunté.

—Perdone, señorita —dijo, clavando los ojos en el discreto pero sugerente escote

que lucía Elvira—. Su cara me suena. ¿Verdad que ha venido por aquí en alguna otra ocasión? Yo no olvido fácilmente un rostro bonito como el suyo.

—Sí, vine una vez, hace ya un tiempo. Por cierto, todavía guardo buen recuerdo de la ensalada con roquefort que comí. Estaba exquisita.

—Esta casa tiene los mejores productos del mercado, señorita.

—Manolo —intervine—, como Carmen salga de la cocina y vea que eres demasiado amable con las clientas a lo mejor se enfada. A ver, ¿qué recomiendas hoy?

—Señorita —contestó Manolo, sin dejar de mirar el escote de Elvira—, hoy mi mujer ha preparado el mejor de los platos gallegos: empanada. Pero no se crea que son empanadas normales, no. Carmen ha preparado un surtido especial de miniempanadas de sabores que combinan mar y montaña. Tenemos pequeñas raciones de lomo de cerdo, de pollo, de bacalao, de almejas y también de atún. Todas excelentes.

—Qué ricos deben de estar —contestó Elvira, que parecía no darse cuenta de la fijación de Manolo en su escote.

—Y después —continuó el anfitrión—, no puede dejar de probar nuestro chuletón de vaca vieja, una sabrosísima pieza de carne roja que colmará su paladar, se lo digo en serio.

—Yo creo que con un par o tres de empanadas tendré suficiente —aseguró Sangenis.

—Señorita, como decimos los gallegos, comer y rascar todo es empezar.

—Tú trae todo lo que has dicho —corté—. Y trae un par de aguas, también.

Manolo se marchó en dirección a la cocina. Elvira me miró. Me pareció ver una sombra de preocupación en su rostro.

—¿Sucede algo?

—No estoy segura de ser la mejor opción para lo que necesitas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no soy más que una agente con poca experiencia.

—Mira, Elvira, en este negocio no hay policías estrella que resuelven los casos por pura genialidad, como en las novelas policíacas. Nunca me he topado con un Sherlock Holmes ni un Hércules Poirot. Es solo un asunto de constancia, sentido común y método. Nada más. Y cuanto más tiempo llevas trabajando, más interiorizado lo tienes.

—Pero es que a mí me falta este tiempo que dices.

—Tranquila, a mí me sobra.

—Haces las cosas muy fáciles. —Y esbozó una sonrisa.

Detuvimos la conversación cuando Manolo llegó con los platos.

—Antes de nada —dije cuando el gallego se fue—: imagino que ya sabrás cómo acabó Albertí.

—Sí, me lo ha contado el subinspector. Es atroz.

—Exactamente. Estamos hablando de gente a la que no le tiembla el pulso para nada. Gente violenta, cruel, sin principios morales. Han matado al hijo de un banquero muy rico e influyente, y a un *mosso d'esquadra*. Y eso no es poca cosa.

—No tengo miedo, si es eso a lo que te refieres —contestó Elvira, determinada.

—Pues yo sí, Elvira, tengo miedo. Y tú también debes tenerlo. El miedo es bueno, te hace ser más precavido.

—Lo tengo claro, Tiki, quiero trabajar contigo. Desde que te marchaste me han tenido trabajando de auxiliar administrativa. Yo no quise ser policía para eso, prefiero la acción.

—¿No te lo quieres pensar un par de días? Han asesinado a Quim, los siguientes podemos ser tú y yo.

—No, ya está decidido. Y ahora cambiemos de tema: ¿es verdad que atizaste al estúpido de Talavera? Toda La Central habla de ello.

—No hagas caso de los chismorreos, casi nunca son verdad... Y ahora vamos a trabajar.

—Muy bien, dime.

Elvira sacó una pequeña libreta del bolso. Precisamente ese era uno de los puntos que me gustaban de ella. Era ordenada y sabía escuchar, algo cada vez más raro de encontrar en la gente.

—Necesito que averigües todo lo que puedas sobre Borja Tintoré.

—¿Para cuándo lo necesitas? —contestó mientras tomaba nota.

—Cuanto antes.

—Esta noche lo dejo listo.

—Muy bien. Concierta cita también con Tintoré padre. Quiero ir a verlo lo antes posible. Si puede ser mañana a primera hora, mejor.

Terminamos tranquilamente de almorzar y luego cada uno se fue a su casa.

Al llegar a mi apartamento, encendí un cigarrillo y me dirigí a la estantería donde reposaba mi pomposa colección de música. Continuaba creciendo día a día. Al paso que iba no tardaría mucho en tener que cambiar a un apartamento mayor donde cupiera toda mi discoteca. Así como otros necesitaban la familia, los amigos o el deporte para sentirse vivos, yo no podía pasar sin escuchar *rock and roll*. Era algo así como la gasolina que me mantenía vivo.

Ese día tocaba Bob Seger, uno de mis artistas favoritos. Era del todo curioso lo que siempre había sucedido con el de Detroit. La crítica se había volcado con los Cougar, Petty y el omnipresente Springsteen, pero siempre había pasado de puntillas por la obra de Seger. Me parecía algo realmente inexplicable. Para mí era uno de los más grandes del *rock and roll* americano. Cuando editó su primer trabajo, en el año 69, Cougar y Petty todavía se sonaban los mocos en las faldas de sus madres. A Seger, la clase le venía de serie. Álbumes como *Stranger in Town* o *Against the Wind* eran verdaderas obras cumbres del *rock and roll*, por no hablar del brutal directo *Nine Tonight*, un doble elepé imprescindible que contenía cortes memorables como «Night

Moves» o «Fire Lake». O la mejor *cover* que jamás había escuchado del «Let It Rock» de Chuck Berry.

Finalmente opté por *The Distance*, un álbum que siempre me traía buenos recuerdos. Cuando «Roll Me Away» empezó a sonar, me tumbé en el sofá, cerré los ojos y dejé que la música de Seger fluyera.

Elvira me recogió con el automóvil en la esquina de Còrsega con Sant Agustí. Desde allí nos dirigimos al despacho de Leandro Tintoré, en CapitalBank. Después de subir al coche, un Seat Altea XL azul oscuro, recién estrenado, mi compañera empezó a ponerme en antecedentes.

—El chico se llamaba Borja Tintoré, tenía veinte años y era el menor de nueve hermanos. Estaba matriculado en segundo de Derecho en la Abat Oliba y vivía con su madre en un piso del Eixample derecho. Tenía ocho hermanastros, hijos de su padre con su primera mujer. Su padre es Leandro Tintoré, el presidente de CapitalBank. Su madre trabaja de funcionaria en el Ayuntamiento.

—¿A qué se dedican sus hermanos?

—Hay de todo. El mayor es economista y tiene una empresa de inversiones; una hermanastra es misionera en el Congo; otra es pintora y reside en París; el cuarto hermanastro es cirujano y vive en Madrid; otras dos trabajan en el banco del padre, aquí, en Barcelona; el penúltimo tiene una empresa de exportación en Sudáfrica, y el menor es sacerdote y vive en Roma.

—¿Qué sabes de Leandro Tintoré?

—Nació en Falset, en la provincia de Tarragona. Dos hermanas mayores, ya fallecidas. Su familia se dedicaba al comercio de vino al por mayor. A los dieciocho años, emigró a estudiar a Barcelona. Se doctoró en Ciencias Económicas por la Universitat de Barcelona y después cursó estudios en Harvard. Al volver de los Estados Unidos, empezó a trabajar en diferentes entidades bancarias hasta recalar en CapitalBank, donde tras desempeñar varios cargos directivos acabó siendo presidente, ahora hace doce años. Según parece, es el principal artífice del crecimiento de la entidad en estos últimos años. Es un hombre muy respetado en círculos económicos y políticos; de él se dice que es la persona más influyente del país. Mientras estudiaba, se casó con Dolors Pérez-Trías, hija de un acaudalado notario barcelonés, lo que le permitió introducirse en los exclusivos y discretos círculos burgueses de la ciudad. Tuvieron ocho hijos. Después, se divorció de ella y se casó con Isabel Vallejo.

—La madre de Borja Tintoré.

—Efectivamente, una madrileña a la que conoció en una de las casas que el Opus Dei tiene en Barcelona. Cursó estudios primarios en una escuela del barrio de Carabanchel. No siguió estudiando. Es huérfana de madre. Su padre está jubilado y vive en Madrid. Tiene una hermana en Argentina. Se divorció de Leandro Tintoré hace algo más de un año y se llevan una diferencia de edad muy grande: el padre tiene setenta y cuatro años; ella, cuarenta y dos.

—¿Has dicho Opus Dei?

—Sí, Tintoré es uno de sus simpatizantes más relevantes, aunque él nunca lo haya admitido públicamente.

—Vaya, yo pensaba que la gente del Opus no se divorciaba.

—Pues Tintoré lo ha hecho por duplicado.

—Debe de ser del ala progresista.

Llegamos en pocos minutos a CapitalBank. El acceso al aparcamiento de visitas era discreto. Se hallaba en un pequeño pasaje en la parte posterior del arrogante edificio de la sede bancaria en la Diagonal y parecía más la entrada a un garaje de barrio que otra cosa. Pero una vez dentro, el gusto y la exquisitez rezumaban por todas partes. Una cuidada iluminación combinada con los colores claros de paredes y suelo conformaban una recepción minimalista y diáfana. Después de identificarnos, un vigilante impecablemente trajeado nos acompañó con extrema amabilidad hasta una sala de espera en la planta 24 del edificio.

—Esperen un momento —nos dijo—. Enseguida les atenderán.

Apenas había acabado de pronunciar la frase, cuando apareció una joven que, con la misma amabilidad, nos acompañó hasta la puerta de entrada del despacho de Leandro Tintoré. Entró sin llamar y nos hizo pasar. Elvira y yo nos quedamos quietos en el umbral de la puerta, impresionados por la magnitud de aquella sala. Como poco, tendría el equivalente a cuatro o cinco apartamentos como el mío. Tenía forma rectangular y tres de sus costados estaban flanqueados por inmensos ventanales que iban del suelo al techo.

Leandro Tintoré se levantó de la silla situada en un extremo de una larguísima mesa de juntas y se dirigió a nosotros con un vigor impropio de una persona de su edad. Su rostro, de mandíbulas prominentes y ojos pequeños, era severo.

—Pasen y siéntense. —Señaló unos sofás ubicados al fondo del despacho.

Después de sentarnos en aquellos sofás que debían de costar cada uno lo que yo facturaba en el Roxette en un mes, Tintoré siguió:

—Tendrán que disculparme, porque aún estoy sudoroso después de correr por la cinta. Te duchas y al cabo de escasos segundos vuelves a chorrear como antes. ¿Ustedes hacen ejercicio a menudo?

—Supongo que menos del que debería —contesté.

—Yo voy al gimnasio cada día —dijo Elvira.

—Eso está muy bien, agente. Siga así y verá que cuando llegue a mayor, como yo, estará mucho mejor que los de su generación. Yo también hago ejercicio todos los días de la semana. Todos. O aquí o en mi casa.

—Le acompañamos en el sentimiento por la muerte de su hijo —dije, enfocando la conversación.

—La verdad es que es un golpe duro. Borja era un buen chico, pero si Dios lo ha querido a su lado será por algo. De la misma manera que Él me ha dado otros ocho hijos maravillosos, me ha quitado a este. Es la Divina Providencia y nosotros somos unos simples mortales que estamos en este mundo para servirlo. Ante eso no

podemos hacer nada. Solo rezar.

—Podemos detener y juzgar a quien lo hizo —intervine.

—¡Claro! Pero una cosa no tiene que ver con la otra. Quizás no me he explicado bien. La justicia divina nada tiene que ver con la terrenal. Yo les exijo saber quién mató a mi hijo, por supuesto. Y quien o quienes sean, quiero que se pudran por el resto de sus días en una cárcel de mala muerte.

—Para eso estamos aquí —contesté, algo molesto por el tono soberbio de Tintoré—. Háblenos de su hijo. ¿Tenía algún problema? ¿Novia? ¿Quiénes eran sus amigos?

—Problema, que yo supiera, no. O no más que los problemas que pueda tener un muchacho de veinte años que estudia y vive en un entorno confortable, que se siente querido y que tiene amigos de toda la vida. De novias, no sabría decirles.

—¿Tenía relación su hijo con el Opus?

—¿Por qué me pregunta esto? —Me clavó una mirada inquisidora.

—Tengo entendido que usted es simpatizante de esa organización.

—¿Y eso qué importa? Además, ¿a usted quién le ha dicho que soy simpatizante del Opus Dei?

—¿Lo es o no? —insistí.

—Eso no es de su incumbencia.

—Sí lo es, señor Tintoré. Estamos aquí para investigar la muerte de su hijo y toda información nos será de ayuda. Es más, tiene la obligación de colaborar con nosotros.

—Pero, bueno, ¡esto es el colmo! —exclamó—. ¿Usted sabe con quién está hablando?

—Con el padre de un joven en la flor de la vida al que han asesinado brutalmente. ¿Le parece poco importante? —Me detuve un instante—. Señor, necesitamos que nos ayude en todo lo que sea posible si quiere que demos con quien mató a su hijo.

Tintoré pareció recapacitar.

—Sí, simpatizo con el Opus Dei. En una época donde se han perdido los valores morales por completo, considero que la Obra es un baluarte imprescindible en la sociedad en que vivimos. Y respecto a Borja, verán, intenté que se familiarizara con la organización, porque el muchacho llevaba una vida un tanto disipada. Creí que lo ayudaría a aderezar el rumbo, pero no tuve éxito. Ingresó en un colegio de la Obra en régimen de internado. Pensé que allí le inculcarían unos valores y una disciplina moral y física que ni su madre ni yo habíamos sido capaces de hacerle ver, pero duró apenas un año lectivo. Cuando Isabel y yo nos divorciamos, Borja quiso quedarse en casa de su madre y dejó el colegio.

—¿Cómo se llama ese colegio? —preguntó Elvira.

—Colegio Mayor Pedralbes. Está en la avenida Pearson. Si quieren algo, contacten con el director de mi parte, un hombre recto y honesto. Es el doctor Rubén Ochandía.

—Muchas gracias, señor Tintoré —lo di por concluido—. Le agradecemos su tiempo.

—Llámenme para cualquier cosa que necesiten. Y, por favor, no descansen hasta que los que asesinaron a mi niño estén entre rejas.

—Descuide, tenemos el máximo interés en que así sea —afirmé, pensando más en Albertí que en el hijo del banquero.

Una vez terminamos, Tintoré llamó por el interfono a la secretaria para que nos acompañara de nuevo a la sala de espera. Allí esperaba el vigilante uniformado para llevarnos de vuelta al garaje.

—¿Conduzco yo otra vez? —preguntó Elvira cuando subimos al Altea.

—Por supuesto. ¿O es que creíste que te había *fichado* para otra cosa? —dije riendo.

A Elvira no le hizo gracia mi ocurrencia. Y si se la hizo, lo disimuló muy bien.

Antes de ir al Colegio Mayor Pedralbes quería ver a Isabel Vallejo. El piso donde vivía, en la confluencia de Bailén con Mallorca, quedaba apenas a veinte minutos de mi casa, así que fui andando. Llegué un rato antes de la hora prevista, el tiempo suficiente para tomar un par de cafés muy cortos con sus correspondientes cigarrillos en el bar de abajo. Elvira llegó con su bolsa de deporte a cuestas.

—Perdona —se disculpó, señalando la bolsa—, es que después tengo que ir al gimnasio y no sé si me dará tiempo de pasar por casa. Igual no es demasiado serio.

—No te preocupes, no creo que a Isabel Vallejo le moleste tener una entrevista con dos policías y una bolsa de deporte.

—Si quieres la dejo en algún bar.

—Que no, mujer, solo quería hacerme el gracioso.

—Pues no sé si te ganarías la vida de cómico...

—Seguramente no. Venga, subamos.

Isabel Vallejo era una mujer aún joven y de buen ver. De melena corta, formada por gruesos tirabuzones rubios, tenía un rostro de formas redondeadas y unos cautivadores ojos de color miel, aunque unas delatadoras ojeras indicaban que no estaba pasando por sus mejores momentos.

Después del pésame de rigor, nos invitó a sentarnos en unas espartanas sillas dispuestas alrededor de una mesa de esas que se monta uno mismo.

—Me gustaría que nos contara cosas de su hijo que puedan ayudarnos —empecé.

—¿Qué quieren que les diga? —sollozó—. En estos momentos no sé ni dónde estoy. ¿Quién ha podido hacer eso? Borja no haría nunca daño a nadie, de eso estoy segura. ¿Qué va a ser de mí, ahora? Yo no quiero vivir así, prefiero morirme.

—Señora —dijo Elvira con suavidad—, dicen que el tiempo lo atempera todo.

—¿Usted es madre?

—No...

—Pues no diga tonterías, por favor. Bastante tengo ya con lo de Borja como para tener que escuchar cosas absurdas.

—Perdone, no he sido oportuna.

—No, no lo ha sido, pero la que tiene que disculparse soy yo. He sido descortés.

—No pasa nada —tercié—. Señora Vallejo, estamos aquí para tratar de descubrir quién asesinó a su hijo. ¿Sabe de alguien que pudiera quererle algún mal? Toda información, por pequeña que le parezca, nos va a ser de ayuda.

La madre de Borja Tintoré cogió un pañuelo de papel y se secó las lágrimas. Después alzó el rostro y nos miró:

—Ellos tienen la culpa de todo —aseveró con solemnidad.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Toda esa chusma del Opus.

—¿Puede concretar un poco más?

—Sí, el Opus Dei, o la Obra, como lo llaman ellos. Una secta formada por un hatajo de locos. Gentuza que solo se dedica a embaucar, a lavarte el cerebro y a comerte los sesos. Llenan tu cabeza de necedades, te hacen creer que eres un ser superior a los demás y te fanatizan con sus argumentos trasnochados. Sé de qué hablo, yo estuve muchos años ahí dentro y conozco perfectamente las maneras de hacer de todos esos numerarios. Cuando Borja ingresó en ese maldito centro, todo cambió.

—¿El Colegio Mayor Pedralbes? —quise saber.

—¿Cómo lo saben? Deben de haber hablado con mi exmarido, supongo.

—Sí, señora —confesé.

—Yo no quería, pero mi marido se empeñó y convenció a Borja. Hasta entonces, mi hijo había sido un chico normal, con sus cosas, claro, pero nada que no hiciera la mayoría de jóvenes de su edad. Hacía deporte, salía con amigos, sacaba unas notas aceptables y en casa se portaba bien. Pero su padre decía que no, que la existencia que llevaba no era la propia de una persona que quisiera ser algo en la vida. Entonces, cuando ingresó en el maldito colegio ese, las cosas se torcieron. Empezó a frecuentar compañías extrañas, se le agrió el carácter, nos gritaba y nos insultaba cuando nos veíamos los fines de semana. Siempre estaba muy inquieto e irritable, aunque su padre decía que eran cosas de la edad, que no había que hacerle demasiado caso. Pero no, el asunto no mejoraba. Ni con Borja ni con mi exmarido. Fue entonces cuando decidí marcharme. Alquilé este piso, volví a mi antigua ocupación en el Ayuntamiento y pude convencer a Borja a duras penas de que se viniera conmigo.

—¿Mejoraron las cosas? —preguntó Elvira.

—No, no mejoraron. La cosa fue degenerando inexorablemente. Borja venía por casa muy de tarde en tarde, solo para que le lavara la ropa. Y cada vez su carácter iba a peor.

La mujer bajó la cabeza y rompió a llorar. Esperamos unos instantes a que se repusiera, antes de volver a la conversación.

—Cuando se te muere un hijo —siguió la mujer—, el mundo conocido se tambalea y comienzas a pensar si lo educaste correctamente, si le inculcaste los principios éticos y morales necesarios, si le diste suficiente cariño o si le prestaste la atención necesaria. Y te sientes culpable, inmensamente culpable.

—Tenemos entendido que su exmarido colabora con el Opus Dei —dije.

—Sí, es supernumerario.

—Disculpe, ¿qué es un supernumerario?

—Ah, perdonen. El Opus es una organización muy jerarquizada y de cierta complejidad. De forma muy resumida, para que me entiendan, está formada por sacerdotes y laicos. Estos, a su vez, están divididos entre numerarios, supernumerarios, agregados y auxiliares. Todos bajo el gobierno de un prelado.

—¿Qué diferencias hay entre numerarios y supernumerarios? —intervino Elvira.

—Los primeros son miembros con compromiso de celibato, que viven generalmente en un centro del Opus. Son los peores. Pueden ejercer cualquier tipo de profesión, pero han de estar siempre dispuestos a realizar las funciones que el prelado les encargue y donan casi todos sus ingresos a la causa. Suelen ocupar los cargos directivos más importantes. Los agregados también son célibes, pero viven en sus casas y no tienen cargos de dirección. Los supernumerarios, como Leandro, en cambio, pueden tener familia y viven también en sus casas. También colaboran económicamente, pero en menor proporción.

—¿Y los auxiliares? —pregunté.

—Son siempre mujeres y son numerarias. O sea, viven en centros del Opus y se dedican exclusivamente al trabajo del hogar. Yo también pité.

—¿Pité? —dijo Elvira—. ¿A qué se refiere?

—Sí, perdonen. En el Opus llaman *pitar* al hecho de mostrar la voluntad de entrar en la Obra. Yo pité cuando apenas tenía diecisiete años. En aquella época vivía en Madrid y jugaba al baloncesto con el equipo del colegio. Una vez fuimos a jugar contra el Colegio Mayor Zurbarán. Después del partido se organizó un aperitivo en el que participamos las jugadoras de ambos equipos. Una de esas jugadoras, Remedios creo que se llamaba, estuvo conmigo todo el rato, contándome maravillas de la Obra. Yo, como ustedes supondrán, jamás había oído hablar de ella, pero mantuve el contacto con esa chica y poco a poco fue persuadiéndome de lo que me estaba perdiendo. Al final claudiqué. La peor decisión de mi vida, sin duda.

—Explíquese —requerí.

—Bueno, yo en aquella época era una jovencita ingenua que apenas había salido de casa y tardé poco en convencerme a mí misma de que tenía la vocación necesaria para dejar todas las comodidades del mundo terrenal, renunciar a mis padres y hermanos, sacrificarme en mis estudios y en mi trabajo, y vivir por y para Dios. Pero lo primero que me chocó fue el reconocimiento médico que tuve que hacer antes de pitar. Me dijeron que era solo una cuestión de rutina y que no tenía de qué preocuparme. No me encontraron nada, pero no pude evitar pensar qué hubiera pasado si llegan a detectar alguna anomalía importante. ¿Quizás el Opus no quería tener que cargar con personas enfermas a las que tuviera que cuidar? También me dijeron que no dijera nada en casa, pues mis padres no lo entenderían y era mejor no preocuparlos.

—Gente prevenida.

—Después de eso —continuó Isabel Vallejo—, me advirtieron de que las numerarias no utilizaban pantalones ni fumaban. Cuando me eché a reír, pensando que era una broma, la directora del colegio mayor donde iba a ingresar me dijo que no, que aquello era muy serio.

—¿Y le explicó por qué? —preguntó Elvira.

—Me dijo que las mujeres estaban más hermosas y elegantes con faldas. Y que

eso de echar un cigarrillo era propio de los chicos, que una mujer podía pasar perfectamente sin fumar y, en cambio, un hombre no. Además, me soltó que si iba a entregar mi vida a la Obra no me iba a echar atrás por una tontería como esa. A mí eso no me importó especialmente. Ni fumaba entonces ni lo he hecho después, pero lo de las faldas me dejó descolocada. Lo peor fue llegando conforme pasaban los días y las semanas. Al poco tiempo de ingresar en el colegio, vino la directora a mi habitación y me dijo que a partir de aquel mismo día debía dormir encima de una tabla, sin colchón. Que las mujeres necesitaban tener el cuerpo en vereda porque ciertas comodidades podían ser fuente de tentación. Lo acepté a regañadientes, aún embelesada de mi pertenencia a la Obra, pero aquella noche no pegué ojo. ¿Han probado ustedes dormir encima de una tabla?

—Yo no —contestó mi compañera.

—Yo lo más cerca que he estado de ello fue una vez que dormí en una tienda de campaña —afirmé—. Y aquel día me prometí a mí mismo que jamás repetiría la experiencia.

—Es como una tortura: no puedes darte media vuelta porque se te clavan todos los huesos. Tampoco puedes colocarte boca abajo. Pero eso no fue todo. Al cabo de unas semanas me dijeron que tenía que hacer guardia. Un día a la semana una numeraria tiene que acometer una mortificación especial, además de los rezos habituales. Ese día se usa una guía telefónica en vez de almohada. No hace falta que les diga lo mal que lo pasé aquel día.

—¿Mortificaciones? —dijo Elvira—. ¿Qué es eso?

En ese punto, la madre de Borja Tintoré pareció ruborizarse levemente, pero continuó hablando.

—Otro día, la directora volvió a mi habitación con una caja de madera en la mano. Me hizo sentar y la abrió. En su interior había una especie de cinturón de alambre trenzado, con las puntas sin limar. Me dijo que era un cilicio, un instrumento imprescindible para ser una buena numeraria. Me contó que me lo tenía que colocar en el muslo, a la altura de la ingle, dos horas cada día. Yo me escandalicé y le dije que no pensaba ponerme esa cosa, que ya tenía suficiente con las charlas, las oraciones y dormir encima de una tabla. La directora no insistió y se fue. Pero al rato entraron en la habitación otras numerarias algo mayores que yo y no tardaron en convencerme de que una vez te acostumbrabas apenas era una ligera molestia. Así que...

—Vaya con los del Opus Dei... —intervine.

—No lo saben ustedes bien.

—Así que usted cree que Borja tomó un mal camino, influenciado por el Opus Dei.

—No tengo ninguna duda.

—¿Puede decirnos algo de los amigos de su hijo? —preguntó Elvira—. ¿Quizás tenía novia?

—De los amigos, no sabría decirles. ¿Novia? Últimamente parecía que tenía una relación más o menos estable con una chica que se llamaba Carla. Carla Barrios. Creo que vive en la zona de Nou Barris y trabaja de cajera en un supermercado de su barrio. Pero no sé decirles mucho más, ya saben que los padres somos los últimos que nos enteramos de estas cosas.

Isabel Vallejo me dio pena. Era el desconsuelo vestido de mujer. Debía de haber llorado durante muchas horas la pérdida de su hijo. Pensé en mis problemas, o lo que yo tenía calificado como tal. Nada que ver con los de la madre del chico. Siempre me había costado entender cómo alguien podía sobrevivir a la muerte de un hijo, pero que este hubiera muerto en las circunstancias de Borja Tintoré debía de ser lo más espeluznante que podía llegar a vivir uno en la vida.

El tema no daba para más, al menos ese día. La mujer nos dijo el nombre de la cadena de supermercados donde trabajaba la que fue novia de su hijo y nos fuimos.

—¿Tú crees que el Opus Dei tiene algo que ver con este asunto? —preguntó Elvira, una vez salimos a la calle—. No es que sepa mucho de qué va, pero tengo entendido que es una organización religiosa. Y no veo a los curas asesinando a chavales.

—No lo sé, imagino que cuando pierdes un hijo la vida debe de parecerte insoportable y buscas explicaciones por todas partes. Tal vez la mujer se ha agarrado a esto del Opus Dei como tabla de salvación.

Estaba sonando el «You Really Got Me» de los Kinks cuando Mariscal entró en el Roxette. Iba acompañado de una mujer a la que tildar de fea hubiera sido excesivamente generoso. Tan ancha como él, su pelo me recordó a uno de esos estropajos metálicos que se usan para limpiar la grasa adherida de las paellas.

—Tere, este es el primer *riff* de *rock* duro que existió —le dijo Mariscal a su acompañante cuando se sentaron en los taburetes de la barra—. Después vino todo lo demás.

—¿Ah, sí? —contestó la mujer, sin prestar especial atención a lo que le decía Mariscal.

—Ya solo por eso merecen estar en el altar de los más grandes. ¿O no, Tiki?

—Lo que tú digas, Mariscal. ¿No me presentas a tu acompañante?

—Sí, claro. Tere, este de detrás de la barra es Tiki, el dueño de este antro. Tiki, te presento a Tere, una amiga.

—Un placer, Tere. ¿Qué querrás tomar?

—Me tomaré un *gin-tonic* de Seagram's —contestó, decidida.

—Y yo un *bourbon* sin hielo —dijo Mariscal.

En aquel instante tronó una voz detrás de mí. Era Jessica.

—Y una mierda, papá. Tú no vas a tomar nada que tenga alcohol. El médico te lo dejó muy claro: nada de alcohol ni de tabaco. Y el sexo, con mucha calma.

—Hija, y entonces ¿qué me queda?

—Me tienes a mí, para practicar todo el sexo que quieras —dijo Tere, mirando desafiante a Jessica—. Eso sí, con mucha calma.

Visiblemente azorada, Jessica se fue hacia el otro lado de la barra.

—Ya lo ves, Mariscal, nada de alcohol, así que te pondré una cola sin azúcar para ti y un sabrosísimo *gin-tonic* para Tere.

—Eres un mierda, Tiki —contestó Mariscal, enrabiado—. Algún día me vengaré de ti, pero hoy te perdono. Oye, podrías pinchar algo cañero.

—Claro, viejo, lo que tú quieras.

—¿Qué tal Bad Company?

—Estupendo.

Si en alguna cosa coincidíamos Mariscal y yo era en lo buenos que habían sido los Bad Company, los de la primera época. Quizás no excesivamente conocidos por el gran público, habían sido una de las mejores bandas de los setenta. Y eso era decir mucho.

Comencé por pinchar el imprescindible «Can't Get Enough». Mariscal me sonrió con satisfacción. Me apoyé en la barra, delante de él. Su acompañante había desaparecido.

—¿Dónde está Tere? —pregunté.

—Ha ido al servicio. ¿Qué te parece?

—¿El qué?

—Pues ¿qué va a ser, imbécil? ¡Tere! ¿Te gusta?

Me vi en un aprieto. Contestar que me gustaba hubiera sido la mentira más grande que hubiera dicho en mi vida, y había mentido mucho, pero tampoco quería castigar en exceso la autoestima de Mariscal, así que opté por una solución de compromiso.

—No es mi tipo —dije, evasivo.

—No me seas mentiroso, Tiki. Ya sé que no es una tía de trescientos euros el polvo, pero a mi edad y en mi estado no creo que pueda aspirar a mucho más. Cuando era joven como tú, solo me fijaba en las tetas de las tías. Me gustaba que tuvieran forma de pera y que no fueran ni muy grandes ni muy pequeñas, lo justo para que me cupieran en la mano. Y con los pezoncillos mirando hacia arriba, eso era muy importante. Después, a medida que me iba haciendo mayor, fui bajando el nivel de exigencia: con una tía que tuviera tetas, fueran grandes o pequeñas, en forma de pera o de higo chumbo, ya me iba bien. Y ahora, hace unos años que ya no me importan las tetas, solo quiero tener una mujer al lado a quien poder darle un beso o acariciarle la piel, alguien con quien compartir cama y me acurruque cuando estoy jodido. Con eso me vale, no persigo nada más. Y Tere me lo da. Llevamos juntos apenas tres semanas, pero finalmente creo que he encontrado lo que siempre busqué.

Cuando terminó su alegato no pude evitar un intenso sentimiento de pena. No por Mariscal, que parecía feliz en su mundo, más bien por mí. En veinte o veinticinco años, si la salud me dejaba, yo sería un Mariscal cualquiera. Y eso no me gustó.

—Tiki —continuó—, a mi edad y después de un infarto, los placeres cotidianos que te quedan son pocos y tienes que agarrarte a algo para mantener la ilusión por vivir.

—Siempre te quedará el *rock and roll*, viejo.

—Eso sí —contestó, con una sonrisa resignada—, como siempre dicen mi amigo Keith y el pesetero de Jagger, *it's only rock and roll...*

—*But I like it* —concluí mientras vi que Tere se aproximaba.

—¿Qué pasa, chicos?

—Nada —templó Mariscal—, aquí, con este, charlando de *rock and roll*. No sabemos hablar de nada más.

En ese instante llegó el Sonrisas y se sentó al lado de Mariscal. Seguramente había dejado a Elvira en su casa y se había acercado a tomar una copa antes de irse a la suya. A pesar de que llevaban saliendo más o menos regularmente ya más de dos años, cada uno vivía en su casa. Una buena manera de no quemar las relaciones.

—Sírvenme un *gin-tonic*, Mercado. Y rapidito, que tengo prisa.

—Curto —contesté, riendo—, me parece que esas no son formas. ¿Sabes que está reservado el derecho de admisión y que te puedo echar del local cuando me apetezca? Pero, mira, hoy me has pillado de buenas y seré benévolo contigo. Si me vuelves a

pedir el *gin-tonic* de nuevo, con más educación, no te pegaré una patada en el culo.

—Mariscal —dijo Curto—, no sé cómo aguantas la soberbia del tipo este.

—Tienes razón —contestó Mariscal—, pero aquí las copas son baratas, por eso vengo. Bueno, a veces también ponen buena música.

—Hombre, buena música quizás sí que tengan, pero un poco anticuada —volvió a la carga Curto, riendo con ganas—. Lo más nuevo que he oído es el «Yesterday» de los Beatles.

—Curto, eres un puto ignorante. No sabes nada de *rock and roll*. Y ahora, me voy a echar un pitillo a la calle para no escuchar tus necedades.

—Mercado, el tabaco es malo para la salud. A este paso no vas a llegar a los cincuenta.

—Pero habré vivido como me habrá dado la gana y moriré dichoso. En cambio, tú, con esa vida sana que dices que llevas, vas a vivir hasta los cien años pero sentado en una silla de ruedas y enchufado a una botella de oxígeno.

Dejé a Mariscal y a Curto y salí a la calle. Encendí un cigarrillo y le di cuatro fuertes caladas seguidas. Instantes después apareció Jessica con un paquete de tabaco de liar en la mano. Lo abrió, cogió un papel y esparció unas hebras por encima. Tomó un filtro y lio el cigarrillo. Aproveché el momento.

—Jessica, tendremos que hacer algunos cambios en el Roxette.

—¿Por qué? ¿No estás contento conmigo?

—No, no es eso. Estoy encantado, pero me he comprometido con otro proyecto y no podré dedicarle al bar tanto tiempo como ahora.

—Te vas a hacer de oro.

—Es un favor que le hago a un amigo, vuelvo por una temporada a mi antiguo trabajo.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué te dedicabas antes? Nunca lo he sabido.

—Era *mosso d'esquadra*.

—¿Qué? —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. ¿Eras madero?

—Si lo quieres decir así...

—No me jodas, jefe. Cuando se entere mi padre no se lo va a creer. Con lo que los odia... Siempre dice que lo único que sabéis hacer es dar por culo a la gente.

—Bueno —sonreí—, alguna cosa más también sabemos hacer. Pero, vaya, tampoco te creas.

—¿Y qué piensas hacer, entonces?

—Tendremos que contratar temporalmente a alguien que nos eche una mano. Yo iré viniendo, pero no me puedo comprometer a un horario concreto. Dependerá del trabajo de madero.

—¿Y si se lo digo a David?

—¿Tu novio?

—Sí, ese que dices que se parece al cantante de Motörhead.

—¿Es un tío serio?

—Lo suficiente.

—Vale, díselo, aunque de momento no podré pagarle mucho.

—No importa, siempre será más que lo que gana ahora, que es nada.

Aparcamos el Altea en la misma puerta del Colegio Mayor Pedralbes, situado justo al lado del IESE. Una mujer vestida con una bata azul de esas que se utilizan para las tareas de limpieza nos abrió la puerta y nos acompañó hasta una pequeña sala de espera. Cinco minutos después salió a recibirnos el doctor Rubén Ochandía. El hombre tendría unos cuarenta años. Su semblante era serio, aunque amable.

Nos hizo pasar a un austero despacho. Contenía apenas una mesa redonda de unos dos metros de diámetro y media docena de sillas a su alrededor. En un lateral, un armario de grandes dimensiones estaba abarrotado de libros. El hombre iba vestido con ropa informal. De marca, pero algo ajada.

—Son días tristes —dijo una vez nos sentamos—. La muerte de Borja ha trastornado a todo el colegio. Estamos en estado de *shock*. ¿Quién puede llegar a hacer algo así? Borja era un buen chico, no se merecía eso.

—Nadie se merece eso, doctor. Pero no se preocupe, estamos aquí para averiguar quién pudo cometer semejante desvarío.

—Tanto el colegio como yo estamos a su entera disposición para colaborar en lo que ustedes juzguen necesario. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Podría empezar explicándonos el tipo de centro que tienen ustedes.

—Verán, nosotros somos un colegio mayor, una institución que complementa la formación que se da en las universidades. Aquí proporcionamos residencia a los estudiantes y promovemos su formación cultural, científica y humana.

—¿Humana?

—Sí —respondió Ochandía, con una seguridad absoluta—. Procuramos dotar al estudiante de un ambiente confortable, cimentado en un ámbito de libertad, sencillo y familiar, para que puedan sacar el máximo provecho a sus estudios universitarios.

—Ustedes pertenecen al Opus Dei —introdujo Elvira.

—Cierto. Esta institución donde ahora nos encontramos la fundó San Josemaría Escrivá de Balaguer, que en paz descansa, porque quería que Barcelona tuviera un colegio mayor donde se impartiera formación cristiana a los universitarios que lo desearan. A lo largo de la semana ofrecemos clases, retiros o atención sacerdotal a personas que deseen renovar su vida espiritual y su apostolado. Eso sí, de manera siempre voluntaria, que quede claro.

—¿Y Borja Tintoré? ¿Tenía amigos o amigas en el centro?

—Amigas, no —contestó, sonriendo—. Este es un colegio solo para personas del sexo masculino. Sí, ya sé que les puede sonar algo retrógrado, pero fue la voluntad de San Josemaría. Y yo la comparto plenamente.

Eso parecía evidente. De lo contrario, corría el riesgo de quedarse sin trabajo.

—Amigos, sí que tenía —continuó Ochandía—, era una persona con cierto don

de gentes. Se llevaba bien con todo el mundo, aunque no participara muy activamente en todo lo que tuviera que ver con la formación cristiana que impartimos.

—¿Alguien en especial? —insistió ella.

—El tiempo que estuvo aquí compartió habitación con Jesús Conde, un chico madrileño muy majo.

—¿Podemos hablar con él? —intervine.

—Me temo que ahora no será posible. Está de retiro en Torreciudad.

—¿Dónde? —preguntó Elvira.

—En Torreciudad, cerca de Barbastro. Es el santuario de la prelatura, donde fomentamos el culto eucarístico, la devoción mariana y facilitamos a los fieles la recepción del sacramento de la penitencia. Pero creo que mañana ya estará aquí, le diré que les llame.

En aquel momento se abrió una pequeña puerta situada al lado del armario y apareció, con sigilo, un hombre alto, muy delgado, vestido con una impoluta sotana negra. Debía de pasar con holgura de los ochenta y se apoyaba en un bastón de esos que usan los ciegos.

—Me parece que ya tienen ustedes suficiente información —dijo, con la vista clavada en ninguna parte.

Ochandía se removió incómodo en su silla. No parecía que aquella irrupción fuera de su agrado.

—Les presento al doctor José Manuel Ruipérez, el capellán del colegio.

—Aquí no van a encontrar nada que pueda serles de utilidad —dijo el anciano—, se lo aseguro. Nosotros no tenemos nada que ver con lo que le pasó a Borja. Así que, si les parece, les ruego que se marchen.

—Me parece que usted no está en condiciones de pedir nada —afirmé—. Estamos aquí como parte de la investigación para esclarecer la muerte de un joven que residió aquí. Y en su condición de capellán me parece que lo mejor que podría hacer es colaborar buenamente en lo que necesitamos. ¿Me explico?

—Perfectamente. Y por eso el doctor Ochandía, el director del colegio, les está atendiendo en estos instantes.

—Muy bien, veo que empezamos a entendernos. Así que, si nos permite, continuaremos la conversación con el doctor Ochandía hasta que creamos que tenemos la información que necesitamos.

Y acto seguido giré la mirada hacia el director, que estaba más que pálido, hundido en su silla.

—¿Por dónde íbamos, Rubén?

—Bueno —dijo él, mirando con temor al capellán—, de hecho, no hay mucho más que contar. Borja Tintoré era un buen chico, de buena familia, educado y muy inteligente.

Mientras el director hablaba, José Manuel Ruipérez desapareció con el mismo sigilo con el que había entrado. Ochandía respiró aliviado. Nos despedimos con la

promesa de que le pasaría el recado a Jesús Conde de que nos llamara cuando volviera del santuario ese.

Ya en la calle, subimos de nuevo al Altea. Le pregunté a Elvira qué música tenía en el coche.

—Beyoncé, Madonna y creo que también algo de la Carey.

—Vale, pues mejor pon la radio.

Estaba apoyado en la máquina expendedora del despacho, tomando el tercer café de la mañana, cuando me sonó el teléfono. Número desconocido. Descolgué.

—Sargento, creo que les debo una disculpa —dijo José Manuel Ruipérez—. Ayer no estuve demasiado afortunado.

—Se la acepto. Dicen que rectificar es de sabios.

—En mi caso, digamos que es de viejo. Me gustaría volver a hablar con ustedes. ¿Les importaría venir a verme? En mi estado, me es complicado desplazarme más allá de la visita obligatoria al médico.

—No hay problema. ¿Le va bien que vayamos ahora? A las diez podemos estar ahí.

—Bien, les espero.

—Elvira, nos vamos a ver al ciego —dijo, después de colgar.

—¿A quién?

—A Ruipérez, el capellán del Colegio Mayor Pedralbes.

—No lo llames así, pobre hombre. Suficiente pena tiene.

—Hasta hoy, llamar ciego a un hombre no creo que sea nada ofensivo.

—Depende del tono que utilices.

—Vale, lo que tú digas. Venga, vamos.

En menos de media hora llegamos al colegio mayor. La misma mujer del día anterior nos hizo pasar a una pequeña sala, donde ya nos esperaba José Manuel Ruipérez.

—Repito —dijo a modo de saludo—, mis disculpas más sinceras.

—No se preocupe —contesté.

—¿Les parece bien que demos un paseo? Me gustaría enseñarles algo.

—Claro.

Salimos al exterior, rodeamos el edificio y nos dirigimos a la parte trasera del colegio a través de un sendero flanqueado por setos altos y tupidos, exquisitamente alineados. Ruipérez caminaba con una agilidad más propia de alguien con veinte años menos en sus piernas y apenas utilizaba el bastón para guiarse. Después de dejar atrás una estupenda piscina, llegamos a una elevación del terreno donde, en un espacio rectangular de aproximadamente cincuenta metros cuadrados, se erigía un ufano huerto poblado de hortalizas de todo tipo.

—Este es, ahora, mi refugio. Aquí paso horas y horas cada día. Planto, riego, abono, podo. Lo que haga falta. Años atrás me hubiera parecido la tontería más grande del mundo, pero ahora no sabría vivir sin este huerto. No me dirán que no es un lujo...

—Me ha dicho que quería volver a hablar con nosotros —solté. No estaba de

humor para aguantar durante mucho rato las bobadas de aquel anciano maleducado.

—Verán, la muerte de Borja Tintoré ha sido un auténtico mazazo para nosotros, nunca nos había sucedido nada similar. El chico era de una familia muy vinculada a la Obra, su padre es una persona que siempre ha sido muy querida aquí.

—Hablamos con la madre de Borja y no pareció especialmente contenta de que su hijo hubiera estado en este colegio.

—Ah, Isabel, pobre chica. Debe de estar muy dolida.

—Más que dolida, diría yo.

—Imagino que les contaría todas esas tonterías de las mortificaciones y los cilicios. Se lo cuenta a todo el mundo.

—Pues sí —intervino Elvira—. ¿Dice usted que son solo tonterías? A nosotros no nos lo pareció.

—Bueno, agente, no hay que tomárselo al pie de la letra, es más una leyenda que otra cosa. El Opus Dei tiene unas normas internas de conducta, como cualquier otra organización o empresa, y no obliga a nadie a nada que no quiera hacer. Luego está la interpretación que cada persona tenga y la actitud que muestre. Le garantizo que aquí cada persona es libre de hacer lo que crea más oportuno.

—Siempre que se sigan las normas, entiendo —matizó ella.

—Agente, creo que ya se lo he explicado —contestó Ruipérez, con un ligero mohín de disgusto—. A la exmujer de Leandro nadie la obligó a ingresar en la Obra, lo hizo por su propia voluntad.

—Ya.

—Miren, Isabel Vallejo es una mujer de una extracción social muy baja. El Opus Dei la acogió y le permitió vivir una vida digna. Después se casó con Leandro, un hombre honrado, de profundas creencias religiosas. Tendría que estar agradecida por lo que la Obra ha hecho por ella. Esa es una de las grandezas que promovió San Josemaría. Cualquier devoto de Dios tiene un lugar aquí, no hacemos distinción de clases.

Todo aquel panfleto estaba empezando a cansarme. Nunca he tenido nada contra ninguna religión, pero de sermones acabé harto en mi época de misa semanal obligada por mi madre.

—¿Qué quería contarnos? —pregunté.

—Nada especial, solo que estoy muy preocupado por la imagen que la congregación pueda dar de puertas afuera. Soy consciente de que mucha gente que no nos conoce lo suficiente piensa que somos algo así como una secta de locos. No es verdad: la gran mayoría de las personas que pertenecen a la Obra son laicos, cristianos normales, que tienen una profesión o un oficio con el que ganarse la vida y contribuir a la mejora de la sociedad. San Josemaría siempre antepuso el valor santificador del trabajo ordinario a cualquier otro dogma. Y no queremos que lo que le ha pasado al pobre Borja sea un motivo de escarnio por parte de nadie.

—Entiendo.

—En el Opus Dei —siguió el capellán— existen muchísimas personas que cada día se levantan con el único fin de ayudar a los demás. Hombres y mujeres abnegados que trabajan para construir una sociedad mejor, más igualitaria. Miren, días atrás libramos los diplomas de aprovechamiento a los chicos de la Fundación Albás, una organización muy vinculada a la Obra, que se dedica a la integración de niños y niñas en riesgo de exclusión social a través de la música. Tendrían que haber visto el rostro de felicidad de chicos, chicas y familiares. Fue realmente emocionante.

—Imagino.

—Pues esa es la esencia del Opus Dei. ¿Me explico?

—Sí, claro.

—También les agradecería infinitamente que me comuniquen cualquier avance que tengan en la investigación. Nuestras almas no descansarán hasta que sepamos qué ocurrió con el hijo de Leandro.

—Muy bien, le informaremos de lo que podamos.

—No saben cuánto significa esto para nosotros. Por cierto, ¿me permiten una recomendación? ¿Han leído *Camino*?

—¿*Camino*?

—El libro que escribió San Josemaría, el que ha guiado a miles de fieles como yo. Son 999 aforismos que abordan diferentes aspectos de la vida cristiana, como el trabajo, la oración o el apostolado. Es muy ameno de leer, créanme.

—No lo dudo —contesté, con ganas de marcharme de allí. El ciego nos había hecho perder el tiempo lastimosamente.

—Ya me dirán, si se deciden —insistió.

Después de rogarnos una vez más que lo mantuviéramos informado de la investigación, nos acompañó a la puerta de salida y nos despidió con empalagosa efusividad.

—¿Lo mantendremos informado? —preguntó Elvira al subir al Altea.

—Bastante trabajo tenemos como para tener que ir dando explicaciones a curas caducos.

El supermercado en el que trabajaba Carla Barrios estaba en la calle Artesanía, cerca de la plaza Karl Marx. Un barrio periférico que había crecido al amparo de la inmigración de los años cincuenta y sesenta, y que había ido progresando en calidad de vida a partir del proyecto urbanístico de la Barcelona del 92. Preguntamos por Carla al encargado del centro.

—Es aquella chica de allí, la de la caja tres. ¿Ha hecho algo malo?

—No, no se preocupe, es un asunto meramente rutinario —lo tranquilicé.

Nos dirigimos a la caja 3 acompañados por el encargado.

—Carla, estos policías quieren hablar contigo —dijo en voz baja—. Cierra la caja y atiéndelos.

La chica palideció. No tendría aún los dieciocho años. De complexión delgada y pelo muy corto, llevaba un *piercing* en la nariz. Cuando se levantó de su silla, observé que le temblaban levemente las piernas. Elvira la cogió del brazo con suavidad y nos la llevamos a la calle. Después de presentarnos, la agente le preguntó:

—Tenemos entendido que tenías cierta relación con Borja Tintoré. ¿Es verdad?

—Sí... lo conocía —contestó, insegura.

—Muy bien. Supongo que ya debes de saber que murió hace unos días —añadí.

—Lo vi en los periódicos. —Los ojos se le humedecieron.

—Nos interesaría que nos ayudaras. Tu colaboración puede ser muy importante para ayudarnos a averiguar quién lo asesinó.

—¿Qué quieren que les diga?

—¿Salías con él? —preguntó Elvira.

—Bueno... sí, algunas veces... Tengo miedo.

—No tienes que temer por nada, Carla —la tranquilizó—. Nadie te va a hacer nada. Cuéntanos cosas de Borja.

—Era un chico muy atento, se portaba muy bien conmigo. Íbamos al cine, a tomar una copa, a cenar... Pero estaba muy pillado con todo aquello.

—¿Con qué, Carla? —pregunté.

—Borja se pasaba todo el rato haciéndose rayas de coca. Y también hacía de camello a domicilio. Muchas veces, cuando estábamos juntos, alguien llamaba y se iba a toda prisa. A veces volvía; a veces no.

Conocía perfectamente ese mundillo del menudeo. Cuando empecé a consumir, era habitual tener que desplazarte a lugares concretos donde comprar la coca. Generalmente, lugares poco recomendables. Pero la competencia entre vendedores se había intensificado y el modelo de negocio fue cambiando. Ahora era muy habitual que los pequeños camellos se desplazaran constantemente de un lugar a otro para suministrar la mercancía, algo muy parecido a los repartidores de comida a domicilio.

—¿Tú esnifas?

—No, señor, no quiero saber nada de eso. Mi hermano murió de sobredosis hará cosa de dos años.

—Eso es un palo gordo —dijo Elvira.

—Lo sentimos, Carla. Cuéntanos, ¿cómo conociste a Borja?

—Un día fue a llevarle la droga a mi hermano. Yo estaba allí. Me pidió el teléfono y me llamó varias veces para quedar. Al principio yo no quería, lo encontraba demasiado chulo, pero finalmente cedí. Oigan, ¿quién creen que pudo matarlo?

—Lo estamos investigando, Carla, por eso necesitamos tu cooperación —contestó Elvira—. ¿Qué más nos puedes contar?

—También vendía pastillas de Viagra. Borja siempre decía que la coca te daba mucho apetito sexual, pero que se necesitaba un complemento para funcionar bien, ya me entienden.

—Claro, claro —dije—. ¿Alguna cosa más? ¿Sabes de dónde sacaba la droga y las pastillas de Viagra?

—Las pastillas me dijo que se las daba un amigo suyo que trabajaba en una farmacia. Lo de las drogas no lo sé, se lo aseguro.

En ese instante, Carla se quedó mirando a un hombre de mediana edad que se dirigía hacia nosotros con el paso tambaleante. La chica se asustó.

—Viene mi padre, váyanse, por favor.

No nos dio tiempo de reaccionar. El padre de la muchacha nos abordó. Tenía los ojos vidriosos y desprendía un intenso tufo a alcohol del barato.

—¿Quiénes coño sois vosotros? —dijo de mala gana.

—Yo soy el sargento Eutiquio Mercado y ella es la agente Elvira Sangenís.

—¿Y qué queréis? ¿Qué hacéis hablando con mi hija? Dejadla en paz y largaos de aquí.

—Señor —dijo mi compañera—, su hija nos está ayudando en la investigación en la que estamos trabajando para esclarecer la muerte de Borja Tintoré.

—¿El malnacido ese? Así se consume en el infierno. Ya le dije a Carla que era mala compañía, pero no me hizo caso. ¿Y ahora qué? Tengo a mi hija con una depresión de caballo porque se cargaron a ese hijo de papá. ¡A la mierda con todos! Vamos, niña, a trabajar.

—Espere, aún no hemos terminado —dijo Elvira, con amabilidad.

—Me suda la polla si habéis terminado o no. Soy su padre y hará lo que yo le diga, ¿entendido?

Y entonces cogió a Carla por el pelo con la intención de llevársela de nuevo al supermercado. Pero antes de que tuviera tiempo de dar un paso, cogí el brazo de aquel energúmeno y se lo retorcí con fuerza. El hombre lanzó un grito, soltó a la muchacha y se encaró conmigo.

—Vamos a ver, madero de mierda, a tipejos como tú me los como yo de dos en

dos. No te metas en lo que no te importa o lo vas pagar caro, ¿entendido?

—Papá, por favor —suplicó Carla, sujetando del brazo a su padre—. Ya me voy al súper, pero no te metas en más líos, te lo suplico.

—Hágale caso —dijo Elvira—, no tiene nada que ganar.

Carla soltó a su padre y se dirigió hacia mí.

—Por lo que más quiera, no se lo tenga en cuenta.

—Mire —señalé a Barrios—, tiene suerte de que hoy tengo el día bueno. De lo contrario ya estaría usted camino de comisaría. Pero le advierto de una cosa: que no me entere de que vuelve a poner la mano encima de su hija, porque le prometo que el día que suceda eso vendré a buscarlo y le garantizo que no tendrá la suerte de hoy.

El hombre miró primero a su hija, luego a Elvira y después a mí. Se quedó pensativo unos instantes. Después dio media vuelta y se fue por donde había venido. Sangenís respiró, aliviada. Carla estaba llorando.

—Por favor, déjelo —imploró—. Está muy enganchado a la bebida. Es buena persona, de verdad.

—¿Y tu madre? —preguntó Elvira.

—Se fue con otro hombre cuando yo tenía cuatro años. Mi padre nos crio como buenamente pudo.

—Si vuelve a ponerte la mano encima, no dudes en llamarnos.

Dejamos a la joven en el supermercado y nos fuimos. Ya sabíamos algo más de Borja Tintoré: había estado metido en asuntos de drogas. Y eso nunca era bueno.

—Así que el hijo de Tintoré estaba liado con la coca —dijo Carreras, sentado en su despacho.

—Sí, jefe —corroboré—, eso parece.

—Putas drogas. Están jodiendo a toda una generación. El problema es que socialmente están bien vistas, todo el mundo se muestra condescendiente con ellas. Que si un porrito relaja, que si una pastilla te da buen rollo, que si la coca te da energía... Por no hablar de los que se van a tomar por culo directamente con el caballo. Una mierda para todos.

—Eso es verdad —intervino Elvira—. A veces parece que si no tomas algún tipo de droga no eres una persona normal. El otro día salí a tomar una copa con unas amigas por la zona de Santaló. Nos pararon tres veces para ofrecernos coca. En plena calle.

—A lo mejor os estaban tirando los trastos —apunté.

Elvira enrojeció por un instante, pero se repuso rápidamente.

—O las dos cosas —replicó con sequedad.

—Chicos, en los últimos años las mafias han inundado el mercado de coca —siguió Carreras—. Un gramo es hoy más barato que hace veinte o veinticinco años. Lo que antes solo se podía permitir gente de un cierto poder económico, hoy está al alcance de cualquier chaval. Y cada día se adultera con más mierda. La península se está convirtiendo en un coladero. Todas las rutas que vienen de África, América Central o Sudamérica pasan por aquí para la distribución en Europa. En el continente se consumen más de doscientas cincuenta toneladas de coca al año. Y aunque está lejos de las trescientas cincuenta de los Estados Unidos, el gramo en Barcelona, París o Londres se vende mucho más caro que en Los Ángeles o Miami, lo que provoca que las mafias cada día miren más a Europa como el mercado del futuro.

—Quizás sea un asunto de destinar más recursos para parar todo esto —sugerí.

—Por mucho que hagamos no vamos a dar abasto, Mercado. Por cada kilo de coca que incautamos hay diez que entran sin ningún tipo de problema. ¿No ves que es un negocio redondo para las mafias? En origen no vale casi nada, y se producen toneladas y toneladas cada año. Según los últimos datos de que disponemos, el tráfico de estupefacientes mueve más de quinientos mil millones de dólares, con la coca y la heroína a la cabeza del *ranking*. ¿Sabes qué es eso? Si lo comparas con el PIB de algunos países, podrías colocar este negocio entre los veinticinco estados más ricos del mundo. Es una barbaridad.

—¿Y qué se puede hacer contra eso? —preguntó Elvira.

—Poca cosa, agente Sangenis. Mientras los de arriba no se decidan a acabar con esto de una vez por todas, nosotros no dejaremos de ser unos pringados que se parten

el culo para prácticamente nada.

—No tengo claro que la responsabilidad única sea de esos de arriba que usted dice —repliqué—. Hay mucha gente humilde en países del tercer mundo que subsiste con el cultivo de la hoja de coca, gente a la que si le sacas esta fuente de ingresos se muere de hambre. E imagino que cuando tu hijo llora de hambre, haces lo que sea. Otra cosa son las mafias que manejan todo esto.

—En la mayoría de los casos, con la aquiescencia de los gobernantes de esas repúblicas bananeras.

—Ahí le doy la razón, jefe, aunque supongo que cada uno explota los bienes que tiene en su país de la mejor manera que puede. Mire el caso del petróleo de los países de Oriente Medio. O de Rusia. Hacen lo mismo, pero con otra materia prima.

—Muy bien, Mercado, pero el petróleo no hace daño a nadie, al menos en la forma que lo hace la cocaína. O la heroína. Pero, bueno, dejemos estas conversaciones de barra de bar y centrémonos en lo que nos ocupa. Estoy muy preocupado: hasta ahora, las mafias que mueven el asunto han sido discretas, por decirlo de alguna manera. Pero la forma como murieron Tintoré y Albertí cambia las reglas del juego.

—Es espantoso —dijo la agente.

—Lo es, pero desgraciadamente ya nada podemos hacer por ellos. Mi preocupación, ahora, es otra. El otro día lo hablaba contigo, Mercado.

—La motosierra —me acordé.

—Sí, la motosierra.

—¿Qué sucede con la motosierra? —preguntó Elvira.

—La decapitación con chismes de esos es un procedimiento habitual que utilizan los cárteles mexicanos para matar a sus enemigos —le expliqué.

—Y eso significa que probablemente una célula de esos narcos esté operando en nuestro país —completó Carreras.

Los tres nos quedamos callados. El semblante del subinspector era extremadamente grave. Elvira estaba lívida.

—Quizás sea algún grupo de pringados que han querido jugar a los narcos —dije, para relajar la situación.

—Ojalá tengas razón —contestó Carreras—. Bueno, vosotros seguid con lo vuestro, yo miraré a ver de qué me entero por ahí. Agente Sangenís, ya te puedes ir. Mercado, quédate un momento, tengo que hablar contigo.

Después de que Elvira hubiera salido, el subinspector me dijo:

—¿Estás bien, Mercado?

—¿Por qué me lo pregunta?

—No sé si es el mejor caso para ti.

—¿Lo dice por lo de la coca?

—Si, como parece, Borja Tintoré estaba metido en temas de drogas, tendrás que caminar por terrenos donde la *farlopa* va a estar siempre ahí.

—Estoy preparado.

—Conmigo no hace falta que te hagas el valiente, eso lo puedes dejar para la agente Sangenís. Estás a tiempo de dejarlo. Tenemos gente suficientemente preparada para manejar este tema. No pasa nada por que abandones el caso, nadie te culpará de ello.

—No se preocupe. En el bar me estoy curtiendo a marchas forzadas. Entre las copas que me toca servir cada día y la gente que veo que sale del lavabo tocándose la nariz, creo que en breve estaré inmunizado totalmente.

—Tú sabrás lo que haces.

—Claro, jefe.

¿Claro? No, no lo tenía nada claro. Carreras tenía razón. Y lo del bar era mentira. Pero había tomado una decisión y no me iba a echar atrás por muy mal que tuviera que pasarlo. Eso sí lo tenía claro.

—¿Te apetece echar un polvo? —dijo Rocío, desde el otro lado de la línea telefónica.

Poco antes de abrir el Roxette, Rocío me había dejado. Harta de mi falta de compromiso, se había liado con un pintor de cierto renombre y ahora vivía con él en una lujosa urbanización de Cabrera, en el Maresme. Mentiría si dijera que no la echaba de menos. Claro que sí. A menudo me acordaba de sus manos, sus ojos, su boca. También de sus impagables pechos o de aquel trasero respingón con el que tanto había jugado.

—¿Y eso? —contesté.

—Esta noche he soñado contigo y cuando me he despertado he pensado que podríamos vernos. ¿Quieres?

—No hay cosa que desee más.

—Muy bien. Estaré en tu casa en media hora. Imagino que no estarás acompañado.

—Bueno, estoy con Mick Jagger y Keith Richards.

—Vete preparando y no te hagas ninguna paja mañanera, te quiero en plena forma.

Colgué y miré el despertador: las siete y media. Con las legañas aún a medio desperezar, me incorporé de la cama, me senté en el sofá y encendí un cigarrillo. Con el mando a distancia, enchufé el equipo de sonido y empezaron a sonar los Stones. *Exile on Main Street*, una buena manera de desperezarse. Cuando Jagger terminó de cantar el «Tumbling Dice», me incorporé, fui a la cocina y me preparé un café. Después fui al baño y me di una ducha con agua fría que me despertó de golpe.

Volví de nuevo al sofá y encendí otro pitillo. Estaba desnudo, aún con el pelo mojado. Empecé a imaginar el cuerpo desnudo de Rocío. Seguramente se habría arreglado el vello del pubis. Quizás se hubiera depilado del todo y dejara al descubierto su vagina, de labios suaves y apetitosos. Fantaseé con aquellos pechos coronados por pezones grandes y oscuros. Un leve cosquilleo comenzó a apoderarse de mi entrepierna al tiempo que mi pene aumentaba rápidamente de tamaño y se endurecía con vigor.

Sonó el timbre.

—Soy yo —dijo una voz.

Aún erecto, abrí la puerta del apartamento. Rocío me miró de arriba abajo y su rostro mostró un mohín de disgusto.

—No me digas que te la estabas pelando, porque me voy, ¿vale?

Antes de que pudiera decir nada más, la cogí por la cintura y le di un largo y húmedo beso en la boca. Ella se quitó la ropa con rapidez. Ambos quedamos desnudos en el umbral de la puerta. Rocío me volvió a mirar, ahora con una gran

sonrisa que le iba de oreja a oreja.

—Bueno, bueno —dijo, cogiendo mi pene, a punto de explotar—. Ya veo que me has hecho caso. Déjame ver bien, porque hacía tiempo que no tocaba esta cosa tan fiera. ¿Qué le das de comer?

—Luego te lo explico —contesté, mientras le pellizcaba los pezones.

Después le acaricié la vagina. Se había depilado el pubis casi por completo. Solo había dejado una pequeña parte de vello en forma de T.

—Para que veas que me he acordado de ti —comentó ella, sin soltar mi sexo—. Vamos, llévame a tu cama. ¿Tienes condones? Hace un tiempo que dejé las pastillas.

—Pues no, no tengo.

—Pues ve con cuidado, guapo, que no estoy para sustos.

Nos dirigimos a toda prisa a mi dormitorio. Rocío se estiró en mi cama, boca abajo. Sin despegar sus pechos de las sábanas, alzó sus nalgas. Unas posaderas de terciopelo, generosas aunque no exageradas, quedaron delante de mí. Por un momento sentí que mi miembro quería explotar. Me arrodillé detrás de ella y le abrí levemente las piernas. Me agaché y lamí aquel manjar con deleite inconfesable. Después volví a incorporarme, cogí mi pene y, con extrema suavidad, la penetré. Poco a poco, pero hasta el fondo. Un escalofrío de vértigo me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Rocío gimió levemente. Volví a sacar lentamente el miembro de su sexo y la penetré de nuevo, con mayor decisión. Después, otra vez. Y otra.

La temperatura de mi cuerpo iba subiendo a cada embestida. El cuerpo de Rocío comenzó a sudar levemente. Olía a sexo. Puro y primario. Aceleré el ritmo. La morena jadeaba cada vez con más fervor. Mi excitación estaba en su punto álgido. En ese momento, lo único que existía en el mundo era aquel culo que tenía delante. Nada más.

Rocío empezó a suspirar con estruendo y a moverse con espasmos cada vez más contundentes. Aceleré el ritmo. Y cuando estaba a punto de correrme saqué rápidamente el pene y un copioso chorro de esperma cayó sobre sus nalgas.

Nos tumbamos uno al lado del otro, como dos animales después de una lucha cuerpo a cuerpo.

—Uf —sopló, acalorada, sin moverse—. Hacía tiempo que no disfrutaba de un polvo como este.

—Siempre que quieras. Y no esté acompañado, claro —dije con una sonrisa burlona—. Escucha, ¿tú no estabas de novia con aquel pintor de brocha fina?

—Claro, pero hoy tenía mono de Tiki, no he podido evitarlo. Pero no te equivoques, lo quiero con toda mi alma.

—Ya, ya...

—Me da igual si no te lo crees. Ahora me voy al baño, que me has dejado el culo lleno de semen. ¿Por qué no me acompañas? —Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro—. Podemos seguir jugando.

Noté de nuevo aquel delicioso cosquilleo en la entrepierna. La seguí.

—Primero, yo —ordenó al entrar en el baño—. Tú siéntate encima de la tapa del váter y mira. ¿De acuerdo?

Claro que estaba de acuerdo. En momentos como aquel, mi voluntad no existía.

Se metió en la ducha. Abrió el grifo y cogió una esponja. Después se roció el cuerpo de jabón y comenzó a frotarse con deliciosa suavidad. El cuello, los senos, el estómago, los muslos, la entrepierna. Mientras, sentado encima del váter, mi pene volvía a estar a punto de inflamarse.

Rocío me miró y me dirigió una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? ¿Otra vez como el palo de la bandera?

—¿Qué quieres? Eres tú la que provoca.

—¿Yo? —contestó riendo, mientras con una mano se acariciaba la vulva y con la otra se pellizcaba un pezón.

—Sí, tú. Y como sigas así, voy a durar poco.

Rocío salió de la ducha. Se agachó levemente e introdujo su lengua en mi boca, recorriendo cada uno de sus recovecos. Después me succionó los labios. Intenté acariciarle el clítoris, pero apartó mi mano con decisión.

—Ahora solo tú —dijo.

Se arrodilló delante de mí. Cogió el miembro y se lo llevó a la boca. Lo succionó con decisión unos instantes. Después lo cogió con ambas manos y comenzó a jugar con él. Entrecerré las piernas, cerré los ojos y me dejé ir. Rocío rio.

—¿He dicho o hecho algo gracioso?

—No, cariño, es solo que me maravilla poder dominar así a un hombre. Sois muy primarios.

En ese momento no tenía intención alguna de ponerme a filosofar. Con la erección que llevaba encima, lo único que quería era que aquellas manos agarradas a mi pene acabaran su trabajo.

—Tú sigue —contesté.

Con una sonrisa en los labios, Rocío siguió con su juego. Sus manos comenzaron a subir y a bajar. Primero, lentamente; después, cada vez con más ritmo. Empecé a sudar. Cada vez más. Abrí los ojos y miré cómo aquellos dedos atrapaban mi sexo con exquisita fruición. Noté que algo inminente se estaba arremolinando ahí abajo. No hice esfuerzo alguno para contenerme. Me dejé ir y me corrí.

—Te vas a quedar sin existencias —dijo Rocío al levantarse.

—Tendré que recuperar rápidamente.

—¿Para qué? ¿Acaso tienes novia formal?

—No.

—¿Entonces?

—Imagino que no tendrás problema en que eche un polvo por ahí.

—¿Yo? Ninguno. Puedes hacer lo que te dé la gana.

La sevillana se lavó las manos y se fue al comedor. Cuando llegué, después de darme una ducha, estaba bailando sola, desnuda, al compás del «Sister Golden Hair»

de los America.

—He quitado la música de los Stones. De tanto escucharlos, al final vas a acabar más loco que Keith Richards.

—Bendita locura.

—No evolucionas, Tiki. Siempre estás igual. ¿Es que no existe otro tipo de música en el mundo?

—¿Quieres decir aparte de la que se hace con guitarra eléctrica, bajo y batería? Seguramente sí, pero a mí no me interesa.

—Ya veo. ¿Y qué es de tu vida? ¿Te funciona el bar musical que montaste?

—Sí, va tirando.

—¿Cómo se llamaba? ¿Roxanne?

—No, Roxette.

—Como el grupo ese noruego, ¿no?

—Son suecos, pero el nombre no proviene de ellos. Aunque creo que ellos también se inspiraron en lo mismo para poner el nombre del dúo. El nombre del bar rinde tributo a la canción que compuso Wilko Johnson para los Dr. Feelgood.

—A esos no los conozco.

—Todo eso que te pierdes, bonita.

Cuando acabó el «Sister Golden Hair», Rocío hurgó en las estanterías, cogió el *The White Album* de los Beatles y empezó a sonar «Back in the U.S.S.R.», una pieza que no estaba entre los grandes *hits* de los de Liverpool, pero que siempre apetecía escuchar. Miré el cuerpo de la sevillana de arriba abajo y algo empezó a amotinarse en mi entrepierna. Otra vez. Rocío se dio cuenta y soltó una sonora carcajada.

—Pensaba que con la edad habrías perdido algo de forma.

—Pues ya ves que no. Acércate, morena.

Rocío se sentó en mi regazo. Le acaricié un seno. Se le irguió el pezón.

—¿Cómo te va? —pregunté—. ¿No me has echado de menos?

—Claro, tonto, ¿cómo no iba a hacerlo?

—Como me has dicho que estabas tan a gusto con el pintor...

—Una cosa no quita la otra, Tiki. Tú me sigues poniendo, como nadie lo ha hecho nunca, pero llega un momento en que eso ya no es suficiente. Estuve muchos años saltando de cama en cama buscando mi príncipe azul. Al final me cansé. Desde luego que mi novio no es el tipo de mis sueños, pero me da estabilidad emocional. No necesito trabajar, tengo una maravillosa casa con piscina y me siento tratada como una reina. ¿Qué más puedo pedir? Además, cuando necesito echar un polvo, me voy a una de esas página de contactos, quedo con alguno y ya está.

—También puedes llamarme a mí.

—No.

—¿Por qué?

—Me sería demasiado fácil volver a engancharme. Y no quiero. Lo de hoy me lo tomo como un regalo que me hago a mí misma. Además, no sé por qué tengo que

darte explicaciones. Tú haz tu vida y yo la mía.

Se levantó y fue a recoger la ropa que había dejado tirada en la entrada. Se vistió allí mismo, fue al servicio y volvió.

—Tendrías que hacer como yo y buscarte una novia que te quiera.

—No tengo tiempo para eso.

—¿Cómo que no tienes tiempo? ¿Tanto te ocupa el Roxanne ese?

—Roxette.

—Bueno, como coño se llame.

—Es que ahora hago pluriempleo.

—¿Y eso?

—He vuelto al Cuerpo.

—¿Qué? Tú estás desequilibrado.

—Seguramente.

—Sargento —dijo Rubén Ochandía al otro lado del teléfono—. Jesús Conde ya ha vuelto y le he comentado que ustedes querían verlo.

—Muy bien. ¿Cuál es la mejor hora para ir a hablar con él?

—Mire, casi preferiría, si a ustedes no les importa, que pudieran verse en otro lugar que no sea el colegio, es por aquello de evitar la publicidad. Pero está usted en el derecho de hacer lo que crea más oportuno, claro.

—Me parece bien —respondí. Me daba igual ver al chico en un lugar que en otro.

—Se lo agradezco. Mire, Jesús entrena en el Tenis Barcelona todas las tardes de la semana. Hasta las ocho, más o menos. Lo localizarán sin problema. Es alto, pelirrojo y muy pecoso.

Colgué, fui a tomar un café a la máquina y aproveché que no había nadie por allí para encender un cigarrillo y fumar a placer. Cuando volví, le dije a Elvira que nos íbamos a ver a Conde.

—Buena noticia, ¿no?

—Muy buena. Ese chico tendrá muchas cosas que contarnos.

Cogimos el Altea y nos dirigimos a Barcelona. Aparcamos a una cincuentena de metros de la entrada principal del club de tenis, a la espera de que apareciera el amigo de Borja Tintoré.

—¿Has hecho alguna adquisición musical nueva, que no sea Madonna, Beyoncé o Mariah Carey?

—Pues sí —contestó Elvira con satisfacción—. Para que el jefe esté contento, ayer compré este cedé de grandes éxitos de los Pretenders. El de la tienda me dijo que era una joya. No me dirás que no te gusta...

La banda de Chrissie Hynde no entraba en mi selección de favoritas, pero se dejaba escuchar. Y siempre era enormemente mejor eso que oír los acordes enlatados de *poperas* de plástico.

—Sí, está bien.

—Ya veo que no te emociona especialmente. ¿Porque la cantante es una mujer?

—¿Y qué tiene que ver eso? El *rock and roll* no entiende de sexos, edades, etnias o nivel social. El *rock and roll* es eso, *rock and roll*. Sin más.

—Muy bien, jefe, gran titular, pero por lo poco que sé de *rock and roll*, hay muy pocas mujeres arriba.

En eso tenía toda la razón del mundo. A pesar de grandísimas figuras como Janis Joplin, Patty Smith, Debbie Harry o la misma Hynde, las mujeres habían tenido un protagonismo menor en un mundo dominado mayormente por el sexo masculino.

—Cierto.

—¿Y qué explicación le das a eso?

—Ni idea, Elvira. Solo sé que el *rock and roll* es mayoritariamente masculino. Y anglosajón. A veces es mejor no romperse la cabeza intentando entender según qué cosas. Es así y punto. Venga, ahora pon el «Brass in Pocket», que hace tiempo que no lo escucho.

Después de tragarnos, casi enteros, los grandes éxitos de los Pretenders, apareció el pelirrojo por la puerta principal del club. Iba vestido con chándal y cargaba una voluminosa bolsa de deporte a sus espaldas. Sacó unas llaves del bolsillo y tiró en dirección a un Mercedes biplaza que estaba estacionado en la esquina de Bosch i Gimpera con Cardenal Vives i Tutó. Bajamos del coche y nos fuimos hacia él. Cuando estábamos a pocos metros, lo llamé.

—¿Jesús Conde?

El chico se paró, nos miró con cara de pocos amigos y dejó con cuidado la bolsa en el suelo.

—¿Quién pregunta por él? —contestó.

—El sargento Mercado y la agente Sangenís. Mossos d'Esquadra.

Me pareció adivinar cierta sensación de alivio en el cuerpo de Conde.

—¿Creías que éramos otras personas?

—Bueno, no sé, a estas horas puedes esperar cualquier cosa. Digan, ¿en qué puedo ayudarles?

—Ya debes de saber que mataron a Borja Tintoré.

—Sí, un palo muy gordo.

—Nos han dicho que erais muy amigos y hemos supuesto que podrías ayudarnos a averiguar quién lo asesinó.

—Nos conocíamos, pero tampoco es que fuéramos amigos. Solamente coincidimos una temporada en el Colegio Mayor Pedralbes.

—Mira, chico, no trates de hacernos perder el tiempo. —No me apetecía alargar sin sentido la conversación—. Tengo cosas que hacer, así que intentemos terminar rápido. Borja y tú menudeabais con coca, ¿verdad?

A Jesús le cambió la cara, sorprendido por el cambio de rumbo de la charla. Finalmente, dijo:

—Bueno, eso fue durante una temporada. Yo enseguida lo dejé, no quise tener problemas.

—Vaya, ya veo que tienes ganas de tocar las pelotas.

—No, señor, le digo la verdad.

—A ver, Jesús, o empiezas a contarnos verdad de la buena o te llevamos a comisaría. Y una vez allí le puedo contar al juez que eres un traficante malvado y que lo mejor que puede hacer es encerrarte una temporada en la cárcel para que aprendas la lección. Te garantizo que no me costará demasiado.

—Es cierto lo que dice el sargento, Jesús —intervino Elvira—. Te prometemos que si colaboras con nosotros no tendrás de qué preocuparte.

—Que les digo que no sé nada... —insistió Conde.

—Bien, se me ha acabado la paciencia. Nos vamos a comisaría —dije, taxativo—. Estarás tres días allí hasta que el juez diga a qué cárcel vas a ir. Cuando salgas del trullo, avísame, que te vendré a recoger para que me expliques cómo lo has pasado ahí dentro. ¿Sabes? Allí no hay tías, por lo que los tíos tienen que matarse a pajas o follarse el primer culo que se les pone a tiro. Y culos como el tuyo deben de ir muy buscados, estoy seguro.

El rostro de Conde se había vuelto de color ceniza.

—En la trena pueden pasarte dos cosas —proseguí—: La primera es que algún veterano te coja como a su niña y te tenga solo para su uso y disfrute. Eso significa que te vas a hartar de chuparle la polla y de que te dé por el culo cuando le venga en gana. Pero te tratará bien y te dará protección. Como te digo, esa es la opción buena.

—¿Y la otra? —preguntó el chico, que por entonces había mudado a color nieve virgen.

—Esa es peor, chico. Puede suceder que te pille alguna mafia de esas que corren por allí y te tengan como a un juguete de usar y tirar para todos sus miembros. ¿Te imaginas? Al cabo del día pueden acabar dándote por el culo un montón de gentuza de esa, que ni se lava ni toma ningún tipo de protección. La mayoría están enganchados al caballo y son portadores del VIH. O sea, que puedes salir del talego con el sida como compañero de por vida, o si tienes suerte, solo te llevarás de allí el culo cosido por todas partes. La verdad, Jesús, sería una pena que acabaras en la cárcel.

—¿Qué quieren saber? —balbuceó Conde, resignado.

—¿Quién os proporcionaba la coca?

—No lo sé, de eso se encargaba Borja.

—Y una mierda.

—Es la verdad, se lo juro.

—Chico, mi aguante está llegando a su límite. Y te aviso que cuando se me acaba me pongo muy borde.

—Le digo que no sé nada.

—Ya veo que por las buenas no hay manera, así que será por las malas.

Y entonces, le cogí una oreja y se la retorcí con fuerza. El chaval lanzó un aullido y cayó de rodillas al suelo. Lo cogí por la cabeza y lo arrastré un par de metros hasta dejarlo tirado entre dos coches aparcados. Elvira me sujetó.

—Para, Tiki, por favor.

Me aparté, mientras Sangenis ayudaba a Conde a levantarse.

—Es usted un cerdo —dijo, con la mirada bañada en odio.

—Jesús —terció Elvira, amable, antes de que me diera tiempo a contestar—, ¿colaborarás con nosotros? Es importante. Ha muerto un amigo tuyo, pero también un compañero nuestro, y toda ayuda nos es necesaria.

—Yo no quiero problemas. Hace tiempo que lo dejé y no quiero saber nada de todo aquello.

—El problema ya lo tienes, chaval —intervine—, todo lo que puedes hacer ahora es solucionarlo. Dinos lo que sepas, te prometo protección policial.

—No me fío de usted.

—¿Y de mí? —dijo Elvira.

—De usted sí.

—Pues vomita, imbécil —solté.

Después de unos instantes de vacilación, Conde cogió aire y respondió.

—¿Puedo contar con la protección policial que me dicen?

—Claro, tengo por costumbre no mentir.

—Bueno... Un camello era quien le pasaba la coca a Borja.

—Ya —dije—, imagino que no era Santa Claus.

—¿Cómo se llama el camello? —preguntó Elvira.

—No lo sé.

—¿Puedes describirlo físicamente? —le pedí.

—Jamás lo vi. Era Borja quien se encontraba con él.

—Ya empezamos otra vez.

—No, de verdad, jamás dijo su nombre.

—¿Tienes su teléfono? —volvió a intervenir Elvira.

—Creo que sí, me lo dio Borja una vez.

—Mira la agenda —ordené.

El pelirrojo sacó del bolsillo trasero del pantalón un móvil de esos grandes y modernos y estuvo moviendo el dedo índice por la pantalla arriba y abajo.

—Aquí está: «Amigo Borja».

—¿Es así como lo llamabas?

—Sí.

—Llámallo.

—¿Y qué le digo?

—Que quieres verlo mañana.

—Pero es que nunca hablé con él y quizás sospeche.

—Tú le dices que necesitas comprar coca —propuse—, cinco gramos, por ejemplo, ya verás como no te pone ningún problema.

Conde seleccionó el contacto con mano temblorosa y llamó. Al cabo de unos instantes, habló:

—Hola, soy Jesús Conde, el amigo de Borja Tintoré... Sí, una pena, era muy amigo mío... Perdona que te moleste, es que como Borja ya no está... Mira, es que necesito unas camisetas para unos amigos... Con cinco ya haré... ¿A cincuenta cada una?... Soy pelirrojo, no hay muchos como yo... Muy bien... Vale.

Y colgó.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Elvira.

—Mañana, a las cinco de la tarde, en las Tres Creus del Parc Güell. ¿Saben dónde está?

—Sí —confirmé.

Antes de que los turistas orientales invadieran literalmente el lugar, solía ser uno de mis recorridos ocasionales para correr. Las Tres Creus era como se conocía popularmente al monumento en forma de calvario que Gaudí construyera en un promontorio de la parte alta del parque.

—¿Y qué tengo que hacer una vez allí? —preguntó Conde, con recelo.

—Nada, chico —dije—, solo esperar a que aparezca el camello. En ese momento lo detendremos. Nos lo llevaremos a comisaría. Después ya veremos.

—¿Cómo quedo yo después? No quiero terminar como Borja.

—Estate tranquilo, Jesús —contestó Elvira—, el sargento ya te ha dicho que te daremos protección policial.

—Me ocuparé personalmente de que así sea —corroboré.

—Vale —dijo Conde, sin ninguna convicción.

A las cuatro y media de la tarde ya estábamos apostados cerca de las Tres Creus del Parc Güell a la espera de que llegaran Jesús Conde y el camello. Elvira y yo nos sentamos en un pequeño muro a una decena de metros del monumento y abrimos sendos libros. Mientras, otros cuatro agentes de paisano deambulaban discretamente algo más lejos.

—¿Te has ocupado de lo de la protección de Jesús Conde? —me preguntó Elvira.

—Después lo muevo.

—Que no se te olvide, vi al chico muy asustado.

—Descuida.

A esas horas, el lugar estaba a reventar de gente, mayoritariamente turistas orientales, aunque también caucásicos y algún latino, por lo que fácilmente pasaríamos desapercibidos.

La espera siempre era la parte más desagradable del trabajo de policía. El tiempo pasa lentamente, segundo a segundo, minuto a minuto. Parece que nunca llega el momento de nada. Me cargué de paciencia e intenté centrarme en lo que estaba leyendo, un libro de ensayo de un pelmazo de filósofo alemán del siglo XIX.

A las cinco en punto no había aparecido Conde. A las cinco y cuarto tampoco. Empecé a inquietarme. ¿Se habría echado atrás? ¿Nos había dado esquinazo? Quizás solo fuera que llegaba con retraso. Pero ¿y el camello? Seguramente estaba allí, muy cerca nuestro, mezclado entre aquella multitud, pero no sabíamos nada de su aspecto. Cerré el libro, encendí un cigarrillo e intenté serenarme. Mientras, Elvira seguía, disciplinada, con la mirada clavada en su lectura.

A las cinco y media ya tuve la certeza de que Conde no asomaría por el lugar. Incluso era muy posible que el camello ya se hubiera marchado. Si Conde nos la había jugado, se iba a enterar. Era la única pista buena que teníamos y no estaba dispuesto a que aquel niñato hijo de papá la estropeará. Como allí ya no pintábamos nada, les dije a los agentes que se fueran.

—¿Y ahora qué? —preguntó Elvira.

—Mañana a las nueve me recoges donde siempre y nos vamos al Colegio Mayor Pedralbes a hablar con Conde. Espero que tenga razones de mucho peso para no haber venido hoy. Yo me voy andando hasta casa, estiraré un poco las piernas.

Bajé hasta el acceso al parque de Sant Josep de la Muntanya y tiré hacia la Virreina. Me daría una ducha y después iría al Roxette a pinchar un rato.

Llegué a Travessera de Dalt, giré a la derecha y bajé por Verdi. Y entonces, a la altura de la calle Astúries, sonó el móvil. Era Carreras.

—Mercado, acaba de aparecer otro cuerpo con la cabeza cortada. La víctima se

llama Jesús Conde.

Noté una punzada aguda en el pecho.

—¿Mercado?

—...

—¿Estás ahí?

—...

—¡Mercado!

—Sí —contesté, con dificultad.

—Ese era el amigo de Tintoré, ¿no?

Claro, el amigo de Tintoré al que yo había prometido vigilancia policial y no se la había dado. La punzada en el pecho se convirtió en una tremenda ansiedad. Mi corazón comenzó a latir, descontrolado. Colgué el móvil sin contestar a Carreras. Me sentía muy jodido. Un chaval había muerto por mi culpa. Lo había amenazado, lo había atemorizado y luego me había despreocupado de él, como si fuera un vulgar pañuelo de usar y tirar. Me entró una sensación de agobio paralizante. Solo, en medio de la calle, desorientado, no sabía si echarme a llorar o darme cabezazos contra una pared.

Carreras volvió a llamar. Apagué el móvil. Encendí un cigarrillo y seguí hasta mi casa. Subí, me preparé un café corto y puse algo de música. Después me di una ducha con agua tibia y me tiré en la cama. Al cabo de media hora me levanté. La ansiedad seguía ahí. Me vestí, bajé a la calle y fui hacia el Roxette. Quizás allí me distrajera y me relajara un poco.

Apenas había media docena de personas en el bar. Jessica, apoyada en la barra, estaba hablando con una chica, y David, en la cabina pinchando algo de Motörhead.

—Vete de aquí —le dije—. Esta música hoy no toca.

—Es para ir animando el ambiente —se quejó el novio de Jessica mientras se apartaba.

No le contesté. Quité la canción que estaba sonando y pinché el «White Room» de los Cream, a ver si me animaba. Pero no, no lo conseguí. Al contrario, la desazón iba cada vez a más. Me sentí realmente apurado.

—Jessica, me voy, no estoy muy fino.

—¿Y eso?

—Nada serio, pero prefiero echarme en la cama un rato a ver si se me pasa.

—Vale, tranquilo, David y yo ya nos ocupamos.

Volví a mi apartamento a toda prisa. Me estaba consumiendo por dentro y necesitaba hacer algo. Fui al armario del baño, cogí el bote de ansiolíticos y me tomé tres pastillas. Encendí un cigarrillo y me senté en el sofá, esperando a que la medicación hiciera su trabajo. Al cabo de unos minutos, la ansiedad empezó a remitir lentamente y me encontré algo mejor. Poco después me quedé dormido.

Abrí un ojo y miré el reloj. Era la una de la madrugada. Me sentía soñoliento y terriblemente cansado. Me encontraba más relajado, pero el agobio seguía ahí. Me

acordé de Conde. Una vida truncada a destiempo. Qué cruel. Y yo había tenido la culpa. Toda. Me entraron ganas de telefonar a Ochandía y pedirle el teléfono de los padres del chico. Los llamaría y les diría que su hijo había tenido la fatal suerte de encontrarse con un tipo como yo, un hombre vacío y amoral, que había abusado innecesariamente de su hijo y después lo había arrojado al estercolero. Pero no me sentí con fuerzas para ello. Me faltó valentía, como tantas otras veces delante de situaciones cruciales de mi vida. Me sentí como un despojo humano, alguien absolutamente prescindible para todo el mundo. Y fue entonces cuando, abrumado por la situación, lo decidí. Sería solo por una vez. Pero lo haría. Lo necesitaba.

Me levanté, cogí las llaves de la Scoopy y bajé a la calle. Monté en la escúter y me dirigí hacia el bar del peruano, en el Raval.

Por el camino, en Pau Claris, paré para coger efectivo de un cajero automático. Dos chicas de unos veinte años estaban sacando dinero. Esperé sentado en la moto. Cuando las muchachas terminaron y me levanté para acceder al cajero, aparecieron tres chavales, más o menos de la misma edad que las chicas. Las acorralaron y les cogieron a la fuerza los billetes que llevaba una de ellas en la mano.

Antes de que los chicos pudieran darse cuenta, di un par de largos pasos, cogí al chaval que tenía el dinero por el cogote, le giré el cuello y le di una bofetada con la mano abierta que lo derribó al suelo. Los otros dos me miraron, dieron media vuelta y echaron a correr Pau Claris abajo. El chaval del suelo no se movió. Me agaché y le dije al oído:

—Chico, espero que sea la última vez que haces algo así. La próxima vez tal vez no tengas tanta suerte.

—Sí, señor. No volverá a ocurrir, se lo juro por mi madre.

—Idiota, deja a tu madre en paz. La pobre no tiene la culpa de que seas tan burro.

—Vale, pues se lo prometo por lo que usted quiera.

—Muy bien. Ahora te vas a levantar, les devuelves la pasta a estas señoritas, les pides disculpas y te vas con tus amigos. Yo me quedaré un rato por aquí para asegurarme de que no hacéis más tonterías.

El muchacho hizo lo que le dije. Luego me miró en busca de aprobación y salió zumbando en la misma dirección que sus amigos.

—Muchas gracias, tío —me dijo una de ellas, aún con el susto en el cuerpo—. Debería existir más gente como tú.

Si aquella chica hubiera sabido realmente quién era yo en ese momento, se hubiera comido las palabras.

—Id con cuidado, hay mucho desaprensivo suelto por ahí.

Cuando las dos chicas se fueron, accedí finalmente al cajero y saqué mi dinero. El peruano no fiaba.

El bar del peruano continuaba tan sucio y maloliente como recordaba. Era un antro que no tendría más de cuarenta metros cuadrados. Estaba formado por una pequeña barra y cuatro mesas con sus correspondientes sillas. Al fondo, una cortina daba acceso a una breve cocina. A su lado, una puerta franqueaba la entrada al lavabo. Me acerqué a la mesa donde Manuel, el peruano, miraba la televisión junto a Milagros, su hija, una cincuentona entrada en carnes, fea por definición. No había nadie más en el bar.

Cuando me senté frente al viejo, la hija se levantó sin decir palabra y se fue a la barra.

—¿Qué te trae por aquí, *mariachi*? —dijo el viejo—. Pensé que la Tierra te había tragado. ¿Cuándo viniste por última vez?

—Dame dos gramos. De la buena.

—Ya sabes que siempre tengo la mejor. Espera, ahora vengo.

El peruano se levantó con toda la calma del mundo y desapareció por la cocina. Milagros me miraba mientras se servía una copa. No parecía tener ningún tipo de emoción hacia un tipo como yo. Yo tampoco la tenía hacia mí.

Volvió el viejo y dejó encima de la mesa dos bolsitas de coca.

—Esto es lo mejor que ha pasado por aquí en mucho tiempo, amigo. El viejo Manuel nunca falla.

Después se fue con su hija y me dejó solo en la mesa. Me entró un ligero nerviosismo. Recordaba perfectamente aquella sensación. En unos instantes, abriría con minuciosidad una de aquellas preciadas bolsitas, vertería una parte de su contenido y lo picaría con una tarjeta de crédito. Después haría un canuto con un billete cualquiera y esnifaría aquel polvo maravilloso. Lo primero que notaría sería cómo se me clavaba en el cerebro. Enseguida empezarían a llorarme los ojos y una deliciosa mucosidad se instalaría en mi garganta. ¡Qué ganas tenía de volver a vivir aquello!

—Ponme un *bourbon* doble, sin hielo —le dije a Milagros—. Voy al lavabo.

Recogí las dos bolsitas de encima de la mesa y me levanté. El peruano me cogió por el brazo.

—Ve rápido, no quiero problemas. Cuando termines, te tomas la copa y te vas zumbando.

—Descuida.

Entré en el servicio. Un penetrante olor a orina y heces entró por mis pulmones. Me acuclillé, bajé la tapa del váter y deposité encima una de las bolsitas. La otra la guardé en el bolsillo del pantalón. Saqué la cartera y extraje una tarjeta de crédito y un billete de diez euros. Respiré hondo. El nerviosismo inicial estaba dando paso a

una inquietud desagradable. Estaba a punto de hacer algo que tal vez no tenía marcha atrás. Sabía que si volvía a probar aquello, era muy probable que volviera a pillarme. Encendí un cigarrillo para calmarme. Di tres chupadas y lo tiré al suelo. Me armé de valor. Seguramente tampoco había para tanto. Sería solamente ese día. Y lo necesitaba. No podía borrar de mi cabeza la cara de Conde, cuya única equivocación en la vida fue la de escoger una mala compañía. Y toparse conmigo a la salida del Tenis Barcelona una maldita tarde. Una vez más, otra, los nervios me habían jugado una mala pasada. Pero esta vez era distinto: había muerto un niño.

Un desconsuelo infinito me sacudió el cuerpo. No me vi capaz de soportar aquella culpa. Demasiado grande. Estaba tocando fondo. No supe qué hacer, me sentí extremadamente vulnerable, débil. Me levanté y me miré en el pequeño espejo que había encima de la pica. Lo que vi no me gustó nada: un tío sin afeitado, con la cara demacrada y unos ojos vacíos. Un estorbo.

Apreté los dientes, cerré el puño derecho y golpeé con fuerza aquel maldito cristal. Rápidamente, unos hilos de sangre empezaron a resbalar por mi mano. Abrí el grifo y me lavé. Después me envolví la mano con papel higiénico.

—¿Pasa algo, *mariachi*? —dijo desde fuera el peruano—. Termina pronto y lárgate.

—Salgo enseguida.

Encendí otro cigarrillo y miré la bolsita de coca. Me agaché y me la llevé a la boca. Rompí el plástico con los dientes. Inmediatamente, un profundo olor a cetona inundó mi olfato. Me sentí mejor. En cuestión de segundos, habría acabado con tanto agobio. Después de vaciar casi la mitad de la bolsita encima de la tapa del váter, picar la coca con minuciosidad quirúrgica y trazar una raya mucho más que generosa, cogí el billete de diez euros y lo enrollé.

Y entonces, cuando estaba a punto de esnifar de golpe todo aquel polvo, lo oí.

—¿Dónde está el tipo de la moto que hay ahí fuera?! —gritó Curto.

—No sé de qué habla. Aquí no hay nadie más que mi hija y yo.

—No me lo creo.

—Mi padre tiene razón, señor.

—¡Me cago en Dios! No intentéis jugar conmigo, tengo una paciencia muy pobre. Viejo, dime dónde está el tipo o te rompo tus asquerosos huesos.

—Señor, váyase de aquí o llamo a la policía ahora mismo —dijo Milagros.

—Tú cállate, gorda —contestó Curto—, que si hace falta también te doy a ti.

—No, por favor, mi hija no tiene la culpa de nada —dijo el viejo—. En el lavabo hay un tipo, no sé si es el que busca.

El Sonrisas no contestó, pero oí cómo unos pasos atropellados se dirigían hacia mí.

—Mercado, ¿estás ahí?

No contesté. Esperaba, en vano, que mi amigo se fuera.

—¡Mercado! —El Sonrisas empezó a aporrear la puerta—. Abre la puerta.

—Vete, Curto. Ya nos veremos mañana.

—¡Y una mierda! Sal ahora mismo o tiro la puerta abajo.

—He dicho que te vayas.

No se lo pensó dos veces. Oí que daba un par de pasos atrás y arremetía contra la puerta. El pestillo saltó por los aires.

—¡¿Qué cojones significa lo que estás haciendo?! —gritó, fuera de sí, cuando me vio.

Sin darme tiempo a contestar, me tiró al suelo de un empujón, le dio un manotazo a la coca que me había preparado encima de la tapa del váter y arrojó el resto de la bolsita al desagüe. Después tiró de la cadena.

—Levántate —ordenó—. Nos vamos.

La irrupción de Curto me dejó colapsado, sin fuerza ni voluntad. Me levanté obedientemente. Recogí la tarjeta de crédito, el maldito billete de diez euros y seguí a Curto hacia la salida.

En la calle, una pareja de urbanos hablaban con el peruano y su hija.

—¿Nos pueden facilitar su documentación, señores? —dijo uno de ellos cuando nos vio.

—Iros a vigilar colegios y no toquéis los huevos —soltó el Sonrisas.

—Oiga, pero ¿usted quién se ha creído que es? —contestó, airado, el más alto.

—¿Sargento Mercado? —dijo el otro urbano—. ¿Es usted?

—¿Nos conocemos?

—No sé si se acordará de mí. Soy Víctor Raja. Usted fue profesor mío en la academia de policía, aunque de eso hace ya unos cuantos años.

—Sí, creo que lo recuerdo —mentí—. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias. No aprobé las oposiciones a Mossos, pero pude entrar en la Guardia Urbana de Barcelona. No es lo mismo, claro, pero estoy contento.

—Me alegro.

—¿Sabes? —dijo, dirigiéndose a su compañero—. Es el sargento Eutiquio Mercado, de los Mossos d'Esquadra.

—Y yo soy el sargento Curto.

Su compañero pareció relajarse. Mientras, los dos peruanos ponían cara de no entender nada.

—No me toméis en cuenta lo de antes —continuó el Sonrisas—. Estamos investigando un caso muy importante y estoy un poco nervioso. Nos podemos tutear, ¿no?

—Claro que sí —se apresuró a contestar Raja—. ¿Os podemos ayudar en algo? Conocemos bien la zona.

—Os lo agradecemos un montón, chicos. Si necesitamos algo os llamamos, ¿vale?

—De acuerdo. Pero no os hemos dicho en qué comisaría estamos...

—No hace falta, que para eso somos investigadores.

—Es verdad —contestó, ruborizado—. Ya me había olvidado.

Los urbanos se marcharon.

—Panchita —dijo Curto—, entra en el puto bar y pon dos cafés muy cortos. Venga, mueve el culo gordo ese que tienes.

—¿Y a mí quién me paga los desperfectos de la puerta del baño? —pidió el peruano.

—Nadie, idiota. Y además, mañana recibirás una orden judicial para cerrar este antro de mierda que tienes.

—Señor, yo no he hecho nada malo.

—Me da igual. Mi amigo ha estado a punto de hacer algo que no le convenía y ha sido por tu culpa. Es suficiente.

El peruano se calló. Debió de pensar que era mejor no soliviantar los ánimos de aquel rubio cabreado. Tomamos los cafés en silencio. Cuando terminamos, Curto me dijo:

—¿Tú eres gilipollas o eres tonto?

—Soy una mierda.

El Sonrisas me puso entonces un brazo por encima del hombro y me llevó de nuevo a la calle. En aquel momento, el calor del amigo me recordó los abrazos de mi madre de cuando era chico y llegaba a casa después de haberme hecho daño jugando en la calle.

—Vamos, tengo el coche ahí fuera —me ofreció.

—Y yo, la moto.

—Mañana ya la vendrás a buscar, ahora vienes con Elvira y conmigo. Te acompañaremos a casa.

—¿Elvira? —pregunté, soltándome de golpe de su brazo—. ¿Está aquí?

—Sí, en el coche. ¿Pasa algo?

—No quiero que me vea así.

—Gracias a ella estamos aquí, Mercado. Después de que Carreras le dijera lo del chaval ese decapitado y de que tenías el teléfono desconectado, Elvira movió cielo y tierra para localizarte. Fue ella quien llamó personalmente al gran jefe. Este le dio un par de direcciones donde quizás pudiéramos encontrarte. De no ser por Elvira, ahora estarías nadando en mierda.

Me conmovió el interés de Elvira, pero sentía una vergüenza enorme de que pudiera verme en semejantes condiciones. Yo, el gran Tiki Mercado, el famoso investigador, no era en aquellos momentos más que un tío anímicamente arruinado. Pero no me sentía con fuerzas de replicar a mi amigo, por lo que me dejé llevar hasta el coche. Elvira esperaba sentada en el asiento del conductor. Curto subió a su lado y yo detrás. Cuando entré, ella no se giró, ni me miró por el retrovisor. Solo un lacónico y discreto «hola».

—Elvira, nos dejas en casa de Mercado, hoy haré noche allí.

—No es necesario —dije, sin demasiado convencimiento.

—Ya lo sé, pero lo haremos así.

No contesté. Me acomodé en el asiento, cerré los ojos y pensé en la mierda de vida que me había tocado sufrir.

Me desperté con la misma sensación de agobio con la que me había ido a dormir. Había estado a punto de echar por la borda siete años de esfuerzos y penurias. Faltó muy poco para haber vuelto al pozo. Estaba jodido. Y terriblemente cansado. Pensé en Curto. Tenía que sentirme afortunado de tener amigos como él. Se lo debería siempre. También a Elvira. ¿Qué habría pensado de mí la joven agente? ¿Cómo me vería ahora? ¿Habría dejado de ser para ella el fabuloso sargento Mercado y me habría convertido en un pelele despreciable? ¿Y los padres de Conde? ¿Cómo estarían ahora? ¿Cómo afrontarían la vida sin poder mirar nunca más a los ojos de su hijo? ¿Cómo lo soportarían? Me costó imaginar algo más cruel que eso.

Seguí tumbado en la cama por espacio de una media hora más. Mi cabeza no paraba de dar vueltas concéntricas a lo mismo. Una y otra vez. Al final, cada vez más agobiado, decidí levantarme para ir a preparar un café. Me incorporé de la cama y me puse el pantalón. Entonces me acordé de la bolsita de coca, la que no había abierto el día anterior en el bar del peruano. Metí la mano en el bolsillo. Seguía ahí.

Después me dirigí al baño. Mi primera intención fue tirar aquella mierda por el desagüe, quería alejar de mí cualquier tentación. Pero cuando levanté la tapa del váter me pregunté si serviría de algo. Si volvía a caer, nada me resultaría más fácil que conseguir cuanta coca quisiera. Decidí que lo mejor era encarar las cosas de frente, así que cerré la tapa, volví a mi dormitorio y guardé la bolsita en la mesilla de noche. Esa sería mi prueba de fuego diaria.

El Sonrisas continuaba durmiendo plácidamente en el sofá. Me senté en una silla y encendí un cigarrillo a la espera de que abriera los ojos. Unos cuantos cigarrillos después, viendo que no movía una pestaña, decidí despertarlo. Cogí el *London Calling* de The Clash y pinché el «Spanish Bombs» a todo trapo. Cuando Topper Headon empezó a darle a las baquetas, Curto despertó de golpe.

—¿Qué pasa? —masculló.

—Pues que son las once de la mañana, hora de levantarse.

—Joder, Mercado, ¿no podías haber sido más suave?

—Pero si «Spanish Bombs» es una balada, amigo... Otro día te pondré algo de Ramones.

—Haz lo que te dé la gana, pero antes hazme un café.

—Marchando. Por cierto, ¿cómo es que has dormido en el sofá?

—Verás, tenía tres alternativas: suelo, sofá o tu cama. Supongo que habrás adivinado el porqué de mi elección.

Fui a la cocina, preparé un par de cafés y volví al comedor. El Sonrisas había retirado el cedé de The Clash y estaba trasteando por la estantería.

—¿Es bueno, este? —Señaló el  $H_2O$  de Hall & Oates.

—No vale para nada, pero a ti tal vez te guste. Pop ochentero.

—Ah, claro —contestó con sorna—. No me acordaba de que tú eras un purista que está por encima del bien y del mal.

—Curto, eres un tipo inteligente, pero te esfuerzas por no parecerlo.

En ese instante sonó el móvil. Era Boira. Descolgué.

—Tiki, ¿qué coño pasó anoche?

—Nada, Boira, nada.

—Me he enterado de que estuviste a punto de hacer una tontería. ¿Es que no has escarmentado? Eres un inconsciente.

Por primera vez, después de mucho tiempo, agradecí unas palabras de Boira. Detrás de aquel reproche pude intuir un fondo de preocupación.

—Tiki, ahora mismo vas a llamar al psicólogo ese al que ibas y le cuentas qué es lo que pasó, ¿de acuerdo?

—Vale, así lo haré. Pero te repito que estoy bien. ¿Cómo te has enterado?

—Eso ahora es lo de menos. Haz lo que te digo, volveré a llamarte después.

Y colgó.

—¿Quién era? —preguntó el Sonrisas.

—Boira. Quería ver cómo me encontraba.

—Joder —rio—, a mí el gran jefe nunca me ha llamado para ver cómo estoy. Por cierto, ¿qué tal estás?

—Creo que he tenido días mejores. Bastantes, diría.

—Lo veo, amigo. Pero no debes machacarte con lo del chaval ese. Hubiera acabado mal de cualquier manera, tú no tienes culpa de nada.

—Sí que la tengo, Curto. Le prometí protección y no se la di.

—No te tritures la cabeza, ¿quieres? En nuestro trabajo estamos sometidos a muchas tensiones y es normal que tengamos fallos, como los puede tener un conductor de autobús si se salta un semáforo en rojo.

—Murió un chico.

—Ya te lo he dicho, ese chico era carne de cañón y más pronto que tarde hubiera pringado.

—Llevaba tiempo apartado de las drogas.

—Eso es lo que te dijo, pero no te lo creas, nunca terminas de dejarlo. Y tú lo sabes bien, ¿no? Además, ¿qué más da? Ahora lo que importa es que estés bien y puedas acabar con el trabajo de dar con quien se cargó a Albertí. Cambiando de tema, ¿aún sales a correr?

—Sí, ¿por?

—Podríamos salir un rato. Te irá bien.

Me pareció una buena idea. Le presté algo de ropa de deporte y bajamos a la calle.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—¿Te atreves a un ir y venir al parque de Cervantes?

—¿Ese que está arriba de la Diagonal?

—El mismo.

—Tú empieza a correr y en diez minutos salgo yo —dijo, socarrón, el Sonrisas—. El último que llegue paga una cena.

—Vale, pero no hagas trampa.

—Tranquilo, viejo, no me hace falta. Antes de que llegues al Palau Reial de Pedralbes ya te habré pasado por encima.

Dejé a Curto con sus fanfarronadas y empecé a trotar. Primero, a ritmo lento para calentar los músculos y engrasar las articulaciones. Llegué a la Diagonal, tomé el carril bici y aceleré el ritmo. Notaba cómo las piernas iban respondiendo bien y el corazón bombeaba con alegría.

Empecé a sentirme mejor. A medida que iba incrementando el ritmo, el agobio tendía a reducirse. Procuré olvidarme de otra cosa que no fueran las reacciones físicas de mi cuerpo. Seguí durante muchos minutos hasta que en el horizonte apareció el Palau Reial de Pedralbes. Instintivamente, sin dejar de correr, giré la cabeza atrás buscando con la mirada a Curto. No lo vi.

Aquello supuso un estímulo casi definitivo. Sonreí para mis adentros y forcé el ritmo. El Sonrisas se iba a comer cada una de sus palabras. Una por una. Comencé a pensar en la mejor manera de ridiculizarlo. Quizás esperaba a sacar el tema en La Central, cuando hubiera mucha gente que pudiera oírlo. O tal vez en el Roxette, delante de Mariscal.

Pero todo se vino abajo en un instante. Cuando estaba a punto de pasar por delante del Palau Reial, cuando apenas quedaban media docena de zancadas, noté una mano en el hombro. Me giré y vi la cara sonriente de Curto.

—Ya te lo advertí, Mercado: antes del Palau Reial te habré pillado. Por cierto, corres muy raro, amigo. Parece que te pese más un huevo que el otro.

—Vete a la mierda.

—Adiós. Te espero en la entrada del parque —dijo, acelerando el ritmo.

Intenté seguirlo, pero enseguida me di cuenta de que no valía la pena si quería llegar de una pieza a mi destino. Como Elvira, mi amigo Curto era de los de gimnasio siete días a la semana y estaba en un estado de forma espléndido. Además, no fumaba y era una docena larga de años menor que yo.

Continué a mi ritmo por la Diagonal, esquivando ahora sí, ahora también, a ciclistas de todo pelaje que no dejaban de fastidiar. Por lo demás, me sentía bien, el cuerpo me estaba respondiendo correctamente y, excepto el último tramo en subida, el resto del recorrido lo cumplí con solvencia. Llegué a la entrada del parque sudando en abundancia. Me senté en un banco público, al lado de Curto.

—¿Tú no sudas? —le pregunté.

—Claro, pero es que llevo tanto tiempo esperando, que el sudor hace horas que se fue —contestó, soltando una de sus carcajadas mortificadoras—. Incluso creo que he

envejecido.

—Qué burro eres.

—Tranquilo, hombre, lo has hecho bien para la edad que tienes.

Mientras Curto seguía riendo, me levanté y anduve unos metros para descargar los músculos. Después volví a sentarme con Curto, que en aquellos momentos no le quitaba la vista de encima a una rubia de mallas ceñidas y camiseta blanca de tirantes que estaba realizando ejercicios de estiramiento a apenas unos metros de donde nos encontrábamos.

—Te vas a gastar la vista —irónico.

—¿Tú qué dirías? ¿Es rubio natural?

—Yo qué sé. Y además, ¿qué más da?

—Es importante.

—¿Por qué?

—Mira, tú imagina que te ligas a una rubia como esa y empiezas a salir con ella. Te ha gustado tal cual la has conocido, ¿no? Entonces, de repente, un día se te presenta con melena oscura y te dice que el rubio era teñido. ¿Me sigues?

—Pues no.

—Sí, hombre —contestó, serio—. Tú te has enamorado de una rubia que no es tal. ¿Cómo te sientes cuando lo descubres? Te sientes engañado, por fuerza.

—Curto —dije riendo—, ¿te pasa algo?

—No, ¿por qué?

—Nada, nada. Debo de ser yo que no estoy hoy especialmente receptivo. Otra cosa, Curto.

—Dime.

—Una vez Gary Moore dijo que un amigo es alguien que entra en una habitación cuando todo el mundo está saliendo.

—¿Y?

—Nada, solo quería decírtelo.

—Me vas a hacer llorar, Mercado.

Estuvimos unos minutos absortos en la visión de la rubia de las mallas ceñidas, hasta que llegó un fulano, le dio un beso en la boca y empezaron a correr juntos Diagonal abajo. Fin del espectáculo.

—¿Te ha ido bien, Mercado?

—¿El espectáculo de la rubia?

—Eso ya sé que sí, idiota. Pregunto si estás más relajado, ahora, después de correr.

—Sí, ha sido una buena idea, a pesar de que fuera tuya.

—De puta madre. Escucha, tengo que preguntarte algo.

—Dime.

—¿Por qué has vuelto a los Mossos? Me dijiste que con lo del Roxette ibas tirando, no hacía falta que te volvieras a *enmarronar*.

—No sé, Curto, quizás tengas razón, pero creo que es un asunto de supervivencia emocional. Después de lo de Albertí, si no hubiera hecho nada, habría resultado muy difícil mirarme al espejo al levantarme por la mañana. Intento ser honesto conmigo mismo, vivir según mis convicciones vitales, digan lo que digan, a pesar de los pesares.

La muerte de Conde, además del palo emocional que me supuso, generaba un problema importante. A él, a Borja Tintoré y a Albertí se los había cargado la misma gente. Con toda seguridad, alguna organización dedicada al narcotráfico que utilizaba los métodos más expeditivos de los cárteles mexicanos. Pero con la desaparición de Conde la cadena se había roto. Y el único eslabón al que podíamos cogernos era al de Carla Barrios, así que la llamé:

—Carla, soy el sargento Mercado, necesitamos que nos ayudes. Tenemos que encontrar al camello que le pasaba la coca a Borja.

—Yo no sé quién era.

—¿No se te ocurre nadie que pudiera conocerlo? ¿Algún amigo de Borja, quizás? ¿Alguien de quien te hablara en un momento dado?

—No sé...

—Piensa, por favor. Es importante.

La chica permaneció unos instantes en silencio. Luego contestó.

—Espere. Quizás sí conozca a alguien, el otro día no me acordé de él. Pero no estoy muy segura de que pueda serles de ayuda. Vengan un día de estos y les llevo a verlo.

—¿A qué hora cierra el supermercado?

—A las ocho y media.

—Bien, pues a esa hora estaremos ahí.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—Sí, dentro de una hora y media.

Colgué y le dije a Elvira que me pasara a recoger. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde lo del bar del peruano y continuaba jodido, pero siempre era mejor que me diera el aire a quedarme encerrado en casa alimentando mis neurosis.

Una hora más tarde, cuando subí al Altea, Elvira me saludó como si la noche anterior no hubiera existido. Ni un solo comentario.

—Como ya vi que los Pretenders no eran santo de tu devoción —dijo, dándome un cedé pirata—, me he descargado una recopilación de canciones de Led Zeppelin. Estos sí que te gustan, ¿no?

—No los hay mejores, Elvira. Te lo agradezco.

Coloqué el cedé en el reproductor y empezó a sonar la deliciosa «All My Love», la pieza que Robert Plant dedicara a su hijo Karac, fallecido con apenas cinco años. Elvira iba zigzagueando Diagonal en sentido Besòs. Conducía con rapidez, pero sin brusquedades innecesarias. Parecía como si el volante fuera una extensión natural de sus manos.

Cuando llegamos al supermercado de la calle Artesanía, Carla estaba apoyada en

la pared de la entrada. Su cara hablaba por sí sola: tenía ambos pómulos hinchados y el labio inferior partido.

—¿Qué ha pasado, Carla? —dijo Elvira.

La chica bajó la cabeza y no contestó.

—¿Tu padre? —dije, levantándole suavemente la cara.

—Sí, pero no ha sido con mala fe.

—¿Ah, no? A ver, niña, no tiene sentido que intentes defenderlo, esa no es la solución. Tu padre tiene un problema gordo y con esta actitud tuya no vas a ayudarlo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Elvira.

—Esta mañana se lo han llevado los de la Guardia Urbana. Supongo que lo tendrán unas horas encerrado y después lo soltarán, como siempre.

—¿Lo has denunciado?

—No, no pienso denunciarlo. Mi padre está enfermo.

—Claro que está enfermo. Pero si no lo denuncias, cada vez irá a peor. ¿Es que no lo entiendes?

—Mira, Carla —intervine—, te diré lo que vamos a hacer: nos vamos a ir a comisaría y vas a solicitar una orden de protección: a tu padre no le estará permitido acercarse a menos de mil metros de tu casa o del trabajo, y no podrá comunicarse contigo a través de ningún medio.

—Eso no puede ser. Mi padre y yo vivimos en el mismo piso.

—Pues tendrá que marcharse.

—Vale... —dijo Carla, secándose las lágrimas—. Pero primero les acompañaré a ver a quien quizás les pueda ayudar. Está aquí cerca.

Acompañamos a la muchacha unas cuantas calles más abajo hasta llegar a la puerta de un local que parecía un almacén. Tal vez un garaje. Carla golpeó la persiana metálica con los nudillos. Tres veces. Unos segundos después apareció un tipo descalzo, con el torso desnudo. Estaba extremadamente delgado, apenas tenía dientes y los ojos parecían querer saltar de sus cuencas. Nos dedicó una sonrisa vacía y nos invitó a pasar.

El interior del local era un espacio reducido. En una esquina, un colchón en el suelo debía hacer las funciones de cama. A su lado, una taza de váter desprendía un hedor nauseabundo, peor que el del bar del peruano. Y, tirados por el suelo, cajas, ropa sucia, restos de comida y un par de jeringuillas usadas.

—Cheli, les dije a estos policías que tú conocías al tipo que le pasaba la *farlopa* a Borja.

—Yo no he hecho nada, soy un ciudadano honrado que no hace ningún mal a nadie. Váyanse.

—Tranquilo, tío —dije—, nadie dice que hayas hecho nada malo. Dinos lo que nos interesa y nos iremos rápidamente de aquí.

—Yo no sé quién es Borja.

El individuo se sentó en la cama. Con el semblante temeroso, se tapó con un

andrajito que en su día debió de ser una manta. Estaba temblando.

—Cheli —intervino Carla—, son buena gente, no tienes que temer.

—Carla tiene razón —dijo Sangenis, sentándose a su lado—. Venga, solo queremos saber quién le pasaba la droga a Borja.

El tal Cheli miró a Elvira, después a Carla y finalmente a mí.

—¿Tienen un cigarrillo? —me preguntó.

—Claro —contesté, acercándole la cajetilla de tabaco—. Te lo puedes quedar todo, tengo más en el coche.

El tipo estiró la mano y cogió la cajetilla. Extrajo un cigarrillo y lo encendió con mano trémula. Después de darle media docena de fuertes chupadas, ya más relajado, habló:

—Bueno, una vez acompañé a Borja a buscar *farlopa*. Fuimos en su moto.

—¿Dónde fuisteis? —pregunté.

—Creo que era el Parc Güell, pero no se lo puedo asegurar. Recuerdo un camino pequeño que subía y subía, y al final se llegaba a unas cruces. Había muchos turistas, eso sí.

—¿Sabes cómo se llamaba el tipo que le pasaba la coca a Borja?

—Ni idea.

—¿Cómo era?

—¿El camello?

—Claro, ¿quién va a ser, si no?

—No sé, un tipo normal. Bueno, estaba muy cachas, tenía toda la pinta de ser uno de esos que se pasan el día pudriéndose en el gimnasio. Debe de ser maricón.

—¿Algo que destacar? —intervino Elvira.

—No sé, que no era sudaca. Ni un negro de mierda.

—¿Qué más? —inquirí.

—Ah, llevaba un sombrero de paja y una cámara de fotos colgada del cuello, como un turista.

—¿Recuerdas más o menos la hora a la que fuiste? —preguntó Sangenis.

—No, señora. Casi nunca sé la hora en la que vivo, pero era de día.

—Muy bien, Cheli —dije—, nos vamos. Te has portado como un ciudadano responsable, pero, por favor, deja el caballo. Un día de estos va a acabar contigo.

El Cheli rio, pero no contestó. Se limitó a alzar el brazo en señal de despedida.

—¿Y Carla? —se extrañó Elvira.

Me giré y vi que había desaparecido.

—Imagino que no debe de ser fácil tener que denunciar a un padre —contesté.

Con lo que nos había contado el Cheli, volvimos al Parc Güell. A primera hora de la mañana, antes de que abrieran el recinto, dispuse una pareja de agentes en cada uno de los accesos. Elvira, los cuatro agentes de la vez anterior y yo nos ubicamos en los alrededores de la zona de las Tres Creus y nos dispusimos a esperar. El día podía ser largo, incluso podía suceder que no sirviera para nada, pero había que probarlo, no quedaba otra. Así que, con la paciencia por religión, me dediqué a deambular de un sitio a otro, como un turista cualquiera, a la espera de que alguno de los agentes diera una señal.

Poco después de las doce del mediodía, mientras me estaba fumando un cigarrillo en el acceso que daba al Carmelo, Elvira me mandó un mensaje al móvil: acababan de ver a un tipo que podía coincidir con la descripción que nos había dado el Cheli. Me dirigí rápidamente hacia allí.

Cuando llegué, enseguida lo vi, en lo alto de las Tres Creus, camuflado entre un montón de gente que disparaba fotos a discreción. Ciertamente, parecía un turista más. Un tipo de una altura parecida a la mía, de tez blanca. Y muy musculado. Llevaba un sombrero de paja y una cámara réflex colgada al cuello. Tenía que ser él, pero decidí que era mejor esperar para asegurarnos.

Les hice una seña a los agentes y a Elvira para que se mantuvieran en sus lugares, teníamos que cogerlo en plena faena. Me acerqué a la agente Sangenís, que estaba sentada leyendo en un pequeño muro al lado de la base de las Tres Creus. Le pasé el brazo por la espalda, como haría cualquier enamorado con su pareja. De reojo podía continuar viendo al camello, que seguramente no esperaba lo que le venía encima.

A los pocos minutos, el tipo del sombrero de paja sacó el móvil de su bolsillo, miró lo que debió de ser un mensaje y descendió del monumento. Anduvo una veintena de metros en dirección al acceso del parque por la puerta del antiguo castillo y se detuvo frente a un chaval de veintitantos años que llegaba en sentido contrario. Con un gesto rápido, se dieron la mano y después cada uno se la llevó al bolsillo. En ese momento hice una señal a los agentes de que fueran a por ellos. En menos de diez segundos, Elvira, los cuatro agentes y yo teníamos rodeados a los dos fulanos.

—Tendrán que mostrarme su documentación —les dije—. Y dejar que les registremos.

Ninguno de los dos opuso ningún tipo de resistencia. El chaval, un tal Pablo Gómez Trepas, vivía, según su DNI, en la calle Albigesos, cerca del parque. En un bolsillo de su pantalón encontramos una bolsita de coca que supuestamente le acababa de dar el camello. Le pusimos una denuncia administrativa por posesión de sustancias estupefacientes o psicotrópicas en espacio público y lo dejamos marchar.

Al del sombrero de paja, de nombre Marc Mencheta Píriz, le encontramos seis

dosis repartidas entre los bolsillos de la funda de la cámara.

—¿Y esto? —le pregunté.

—Si le digo que es harina para cocinar una tarta no se lo va a creer, ¿verdad?

—No, la verdad es que no, idiota. Venga, nos vamos a comisaría, Mencheta.

Desgraciadamente, Mencheta no aportó nada. Después de tenerlo más de tres horas en la sala de interrogatorios, no conseguí sacarle algo que pudiera ser de interés. No se cansó de repetir que solo era un pobre hombre que menudeaba con cocaína para poder pagar el sustento de su hijo de nueve años. Respecto a sus fuentes de aprovisionamiento, solo vaguedades: un día en el Raval, otro en la Mina, a veces en Trinitat Vella. Afirmó ir de aquí para allá, sin tener proveedores fijos. Reconoció haber tenido contacto tiempo atrás con Tintoré, pero hacía meses que no sabía nada de él. Incluso pareció sorprendido al conocer su muerte. De Conde, admitió haberse citado con él, pero aseguró que no se había presentado. Los análisis de ADN que le practicaron descartaron, asimismo, cualquier vinculación con la muerte de los dos amigos. También con la de Albertí. Por lo tanto, traspasamos a Mencheta a los compañeros de la USC para que abrieran las diligencias pertinentes por presunto delito contra la seguridad pública y nos fuimos.

Sin embargo, había algo que no me cuadraba: Jesús Conde había aparecido muerto el día que estaba citado con Mencheta en el Parc Güell. Me pareció una casualidad excesiva. Sí, las casualidades existen, pero intento ponerlas en cuarentena siempre que puedo.

—Jefe —llamé a Carreras—. Creo que deberíamos hacer un seguimiento discreto de Mencheta. No acabo de fiarme de él.

—Bueno —aceptó él—, le pondremos vigilancia durante unos días, aunque personalmente no creo que nos lleve a nada.

Lamentablemente, no hizo falta. A la mañana siguiente se encontró el cadáver de Mencheta en su casa, en el entresuelo del número 16 de la calle Tallers. Había muerto de un tiro en la cabeza.

De camino a casa de Mencheta, continuaba dándole vueltas al asunto. Se lo acababan de cargar justo después de que lo soltaran los de la USC. Y eso no podía ser casualidad. Alguien sabía que lo habíamos detenido. Y quizás ese mismo alguien había sido el que se había cargado a Conde cuando supo que tenía que verse con Mencheta. Y, con toda probabilidad, las muertes de Tintoré y Albertí estuvieran relacionadas con ese alguien. Ahora bien, ¿quién era ese alguien?

Llegamos a la calle Tallers. La conocía bien porque allí, en el número 7, se encontraba Discos Castelló, una de las tiendas de referencia en Barcelona, destino habitual de mis compras musicales. En épocas, había sido un asiduo casi enfermizo del lugar. Acostumbraba a dejarme caer por allí dos o tres veces por semana y me gastaba cantidades considerables de dinero en vinilos y cedés. Ahora solía ir a Disco 100, que me quedaba más cerca de casa y tenía también una buena oferta, aunque tal vez no tuviera la mística de Castelló.

Aparcamos el coche delante del 16. Una ambulancia y dos coches patrulla ya habían llegado. Un pequeño grupo de personas se agolpaba en el portal de la finca, donde dos agentes impedían el paso de los curiosos. Uno de los agentes nos acompañó hasta la puerta del entresuelo. Lo primero que vi fue el cuerpo de Mencheta tendido en el suelo. Boca arriba, en medio de un gran charco de sangre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté al agente.

—La vecina del entresuelo, una mujer mayor, ha llamado al 112 al ver que el tipo no contestaba a sus llamadas. Cuando hemos llegado, hemos forzado la puerta y nos hemos encontrado con esto. Estamos esperando a que venga la autoridad judicial, antes de mover nada.

—¿Habían forzado la puerta?

—No, la cerradura estaba intacta. Seguramente, el tipo conocía a los que lo mataron. Está todo más o menos ordenado, sin signos de violencia. Hemos descartado también el móvil económico. Había un billeteo encima del mármol de la cocina con ochenta euros dentro.

—¿Dónde está la anciana?

—En su casa. Los del SEM están ahora con ella.

Le dije a Elvira que me acompañara a ver a la vecina. Estaba sentada en un sillón, acompañada de un sanitario. Tenía un pequeño perro negro en su regazo y parecía tranquila.

—Señora, soy el sargento Eutiquio Mercado, de los Mossos d'Esquadra. Ella es mi compañera, la agente Elvira Sangenis. Nos interesaría conocer qué ha sucedido esta mañana.

—Pobre Marc —dijo la mujer—. Era un buen chico. Siempre tan atento y formal.

¿Saben que me sacaba cada día por la mañana a pasear a Lince? Yo estoy mal de las piernas y apenas me levanto del sofá.

—¿A Lince? —pregunté.

—Sí, mi Lince —contestó, mirando al perro.

—Entiendo. ¿Cuéntenos qué ha pasado?

—Esta mañana me he levantado a las siete, como cada día. ¿Saben? Los mayores dormimos poco. Cuando yo era joven era capaz de dormir catorce horas seguidas y me levantaba tan campante, pero ahora...

—Ya. ¿Y qué es lo que ha sucedido cuando se ha levantado?

—Bueno, yo cada día me levanto a las siete de la mañana...

—Sí —corté—, ya nos lo ha dicho.

—¿Ah, sí? Me tendrán que perdonar. A veces no sé dónde tengo la cabeza. ¿Por dónde íbamos?

—Usted nos iba a explicar qué ha sucedido esta mañana —contesté, en un estado de creciente irritación.

—Sí, pobre Marc. Con lo bien que cuidaba a Lince. ¿Quién me lo sacará a pasear ahora por las mañanas?

Mi paciencia se estaba agotando por momentos. Antes de que el asunto fuera a más, decidí dejar a Elvira con la anciana, a ver si era capaz de sacarle alguna información que pudiera servirnos de algo. Me fui a la calle, encendí un cigarrillo y me fui directo a Discos Castelló. Me haría con algún disco de vinilo que me faltara en la colección. Desde hacía un tiempo había vuelto a comprarlos. No porque tuviera nostalgia alguna de tiempos pasados, ni porque me gustara el ruido de la aguja cuando encontraba una mota de polvo en el surco. Sencillamente, me encantaba ver y tocar aquellas fundas cuadradas de cartón plastificado de palmo y medio de ancho, con sus fotos e ilustraciones a gran tamaño. Algunas de ellas, verdaderas obras de arte creadas por gente como Warhol, Mapplethorpe o Rockwell.

Después de mirar y remirar, me hice finalmente con el *Bat Out of Hell*, el álbum icónico de un Meat Loaf al que la crítica nunca le había hecho demasiada justicia, a pesar de contar con legiones de seguidores incondicionales en todas partes del mundo.

Satisfecho de la compra, volví a la finca de Mencheta. En el portal, me topé con Elvira.

—¿Has sacado algo en claro? —le pregunté.

—No, nada, pero ha faltado poco para que la estrangulara. Dios, qué suplicio. La mujer no ha oído ni visto nada raro. Por cierto, acaba de llegar la mujer de Mencheta. Está arriba.

Subimos de nuevo al entresuelo. Una mujer de mediana edad, acompañada por dos agentes, estaba agachada junto al cadáver de Mencheta. No me pareció que estuviera especialmente afligida. Esperamos prudentemente a que terminara su particular duelo. Al cabo de un par de minutos se levantó.

—Eva, este es el sargento Mercado —dijo Elvira.

—Lo siento, señora —le expresé mis condolencias—. ¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro.

—Vayamos a tomar un café, le sentará bien.

—No se preocupe, sargento, estoy bien. Hace mucho tiempo que dejé de querer a Marc. Su muerte no me afecta más que la de cualquier otra persona —dijo inexpresiva, confirmando mis suposiciones.

Bajamos a la calle y entramos en una granja ubicada en la misma calle Tallers. Después de pedir tres cafés, la mujer de Mencheta arrancó:

—Aunque legalmente aún estamos casados, hace más de dos años que no compartíamos vida. Yo vivo con mi hijo en casa de mis padres. Mi sueldo no da para poder mantener un hogar.

—¿De qué trabaja? —pregunté.

—De lo que sale. Limpio casas, cuido ancianos, niños. A veces me llaman de una empresa para hacer alguna sustitución como teleoperadora.

—¿Peco de indiscreto si pregunto por qué se separaron?

—No, de ninguna manera. Supongo que es lo que pasa en muchos casos. Yo me casé muy enamorada de Marc, pero después, los problemas económicos, que la pasión se va perdiendo, el niño... Porque los niños destrozan matrimonios, ¿saben? Y miren que por mi niño soy capaz de todo, pero cuando llega un hijo a casa, la convivencia se tambalea. Pero, bueno, supongo que lo que nos llevó a la separación fue que Marc era un vago integral. Desde que nos casamos, jamás trabajó en nada.

—¿Y de qué vivían?

—Pues de lo que yo iba sacando por ahí y de mis padres. Ellos siempre me han ayudado.

—¿Sabe que su marido traficaba con drogas?

—No lo sabía, pero tampoco me extraña. Era capaz de hacer lo que fuera con tal de no pegar sello, el muy cabrón. Se pasaba todo el día en el gimnasio de las narices, mirándose al espejo mientras levantaba pesas. Tenía una obsesión enfermiza con eso.

—¿Sospecha de alguien que le pudiera querer algún mal? —preguntó Elvira.

—Ni idea. Ya les he dicho que hace más de dos años que nos separamos y desde entonces prácticamente no he sabido nada de él. En alguna ocasión, pocas, había venido a ver a su hijo. Nos encontrábamos en alguna terraza para tomar un helado y después se iba. Nada más. Tampoco nunca me ha dado ni un duro para la manutención del niño.

—Ha hablado de un gimnasio —remarcó Sangenis—. ¿Conoce el nombre?

—Ahora mismo no sabría decirle. Creo que estaba en la calle Rosselló, enfrente de la fábrica Damm, la de las cervezas.

En ese momento vi aparecer a Carreras. Bajaba de un coche patrulla y se dirigía hacia nosotros. Me aparté de Elvira y la viuda de Mencheta y fui a su encuentro.

—Jefe, no le esperaba por aquí.

—De vez en cuando me apetece darme un garbeo, eso de hacer de chupatintas me tiene frito. Por cierto, ¿qué coño haces con este disco bajo el brazo? ¿Estás trabajando o has ido de compras?

—Un poco de todo.

—Estás como una regadera, Mercado. Bueno, cuéntame qué ha pasado, porque estoy preocupado. Han muerto ya cuatro personas.

—Pues no hay gran cosa por contar: una puerta sin forzar, un tiro en la frente. Todo muy limpio.

—Hace mucho que no teníamos en la ciudad tantos muertos por asuntos de droga. Y eso me preocupa. Vamos a mover los contactos que tenemos, a ver qué podemos averiguar.

—De acuerdo. Iré a ver al Gordo. ¿Se acuerda de él?

Por fuera, el gimnasio de la calle Rosselló no era más que una puerta estrecha de un edificio típico de viviendas de un barrio cualquiera de la ciudad. La única señal de que allí había un gimnasio era un trasnochado cartel que rezaba SUPERGYM. Le dije a Elvira que aparcara una manzana más adelante. Después volvimos andando y nos sentamos en la terraza del bar que había contiguo al gimnasio.

Estuvimos un par de horas observando la gente que entraba y salía del lugar. Mayoritariamente, hombres de entre unos veinticinco y cincuenta años, todos muy musculados.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté a Elvira.

—No sé qué decirte. Desde aquí fuera se ve poca cosa.

—Pues tendremos que entrar.

—¿A qué?

—Si Marc Mencheta se pasaba el día aquí, debe de tener amigos o, al menos, conocidos que quizás puedan ayudarnos.

—Me parece poco probable.

—¿Tienes otro plan?

—No...

—Pues no perdemos nada por intentarlo. Espera aquí, enseguida vengo.

Me levanté de la silla y me dirigí al gimnasio. La puerta de entrada daba acceso a una pequeña recepción que había vivido tiempos más esplendorosos. Al fondo, sentada en una mesa de escritorio, una treintona que mostraba una incipiente calvicie miraba absorta su móvil.

—¿Qué deseas? —dijo la mujer, sin levantar la vista de su móvil.

—Quería información del gimnasio.

—Supongo que vienes recomendado por alguien, ¿no?

—Sí...

Dejó el móvil encima de la mesa y alzó la vista.

—Abrimos solo por la tarde, de tres a doce, de lunes a sábado. Necesito foto tipo carné, un número de cuenta para domiciliar el recibo de cada mes. La matrícula es de sesenta euros y la mensualidad de treinta y cinco, impuestos incluidos. La taquilla son cinco euros al mes, más un depósito de veinte, que se te devuelve el día que la dejes. Puedes venir a la hora que quieras y puedes estarte el tiempo que te dé la gana. No hay monitores ni nada de eso, cada uno se espabila como quiere o puede. ¿Entendido? —soltó de carrerilla.

—Creo que sí.

—¿A qué vienes?

—Pues a hacer un poco de deporte.

—Qué listo, ya me imagino. Pero ¿qué quieres? ¿Ponerte cachas? ¿Ganar elasticidad? ¿Resistencia?

—Un poco de todo, supongo.

—Guapo, si tú no lo sabes, yo menos. Bueno, te doy una tabla para ganar músculo, que te veo un poco fofo. Si no te gusta, ya me lo dirás.

—De acuerdo.

—Muy bien. Tienes que saber que la constancia es lo que te dará resultados. Yo te recomiendo que vengas entre tres y cuatro días a la semana, el músculo necesita también descanso. Empezaremos con ejercicios básicos y, si eres constante, ya verás cómo en doce semanas te pondrás como un toro.

—Eso me gusta.

—A lo que tienes que acostumbrarte es a tomar batidos cada día después de cenar. Ya sabes, sin proteínas no hay músculos. Duerme un mínimo de ocho horas diarias, come tres veces al día y no realices ejercicios aeróbicos. Y procura no tener sexo antes de entrenar. Después, el que quieras.

—Entendido.

—Toma, aquí tienes las rutinas. Ya me contarás.

Me entregó una hoja mal fotocopiada en blanco y negro, impresa a doble cara, donde constaban toda una serie de ejercicios que apenas entendí.

—¿Cuándo puedo empezar?

—Ahora, si quieres.

—Es que ahora no me va bien.

—Tú me has preguntado cuándo podías empezar y yo te he contestado. A partir de ahí puedes hacer lo que te dé la gana.

—Bien, empezaré mañana.

La Calva no contestó. Cogió el móvil y volvió a lo suyo. Yo me di la vuelta y me fui.

Dentro de la cabina del Roxette, veía cómo el local se iba llenando de gente. Era viernes, el mejor día de la semana desde el punto de vista del negocio. Parecía como si, de golpe, hubiera terminado un largo período de letargo y la gente saliera a que le diera el sol. Si un día cualquiera de la semana apenas conseguía llegar a ocupar los taburetes de la barra y alguna mesa, los viernes había bofetadas para hacerse con un sitio.

Tenía que estar satisfecho. En apenas unos meses, sin tener ninguna noción de cómo llevar un negocio, había sido capaz de levantar un algo desde la nada. Tal vez me había equivocado metiéndome a policía. A lo mejor hubiera podido hacer carrera en el mundo de la restauración.

Pero... siempre había un pero. Y ese era uno que no era menor: no podía sacarme de la cabeza a Conde. La desaparición de Albertí había pasado a un segundo plano. A Conde lo había dejado morir yo y eso era algo que me desparramaba el ánimo constantemente.

Intenté despejar las brumas de mi mente con el *rock and roll*, como tantísimas veces había hecho. Suerte tenía de él. Hoy iba a dedicar la sesión musical a lo que yo llamaba los Happy Songs, temas simples y fáciles, superficiales dirían algunos entendidos, pero que siempre ayudaban a remontar el estado de ánimo.

Comencé con el «Friday on My Mind», la pieza de los Easybeats que llegara a versionar gente de la talla de Bowie, Peter Frampton, Gary Moore o el mismo Springsteen. Aunque a este último, después de oírle hacer una *cover* del «Stayin' Alive» de los Bee Gees, tampoco era para tenerlo muy en cuenta. Después continué con el «Happy Man» que compusiera Iggy Pop allá por el 81 y con el siempre fresco «Home Town» de Joe Jackson.

Horas más tarde, después de cerrar, apagué la música y me puse a ayudar a Jessica y David a recogerlo todo. Me encontraba más resignado, aunque tampoco estuviera para irme a casa dando saltos por la calle. David barría y recogía las mesas, Jessica se ocupaba de la barra.

—Dime qué hago —le dije.

—Mira, puedes ir colocando las cosas sucias en el fregadero, yo las iré limpiando.

—A la orden.

Al cabo de un rato, mientras David continuaba con lo suyo, a su aire, Jessica me pidió que la acompañara al almacén a buscar algunas botellas de licor.

El acceso a la planta superior no era sencillo. Teníamos que subir por unas estrechas e interminables escaleras de madera que rechinaban a cada paso. La hija de Mariscal empezó a subir peldaños con soltura. Como iba dos escalones por delante, su trasero me quedaba a la altura de los ojos, por lo que no pude evitar clavar la

mirada en aquellas nalgas que se movían con graciosa cadencia. Jessica no era de una belleza exuberante, pero lo tenía todo en su sitio y, a sus treinta años, los efectos de la gravedad aún no habían hecho mella en su cuerpo. Además, su físico me recordaba vagamente a la mejor versión de Grace Slick, la que con su «Somebody to Love» encandilara a miles de *hippies* a finales de los sesenta. Y eso siempre era un valor complementario.

Al llegar arriba, Jessica pareció darse cuenta de mi fijación.

—Deja de mirarme el culo, viejo verde —dijo, riendo.

—¿Cómo?

—Venga, jefe, no te hagas el tonto. Me has estado mirando el culo mientras subíamos.

—Bueno...

—¿Te gusta mi culo?

—Sí... Claro.

Entonces me cogió ambas manos y las colocó encima de sus posaderas. Me vi en un aprieto. No supe cómo reaccionar, pero no me dio tiempo a pensar demasiado. Jessica se arrimó a mí y me clavó un beso húmedo que provocó un rápido motín en mi entrepierna. Se separó, abrió la puerta del almacén y me llevó consigo adentro.

—David está abajo —le recordé.

—No te preocupes. A estas horas se ha metido tanta *farlopa* que ya no se le levanta. Ven aquí.

Me cogió por la solapa de la camisa y me atrajo hacia ella. Sin tiempo para reaccionar, se me tiró al cuello y me dio un fugaz lametón que me erizó el vello de todo el cuerpo. Intenté contenerme, no quería más problemas. Ni con ella, ni con su novio, ni con su padre. Pero sucumbí con facilidad. Como siempre. Mi instinto animal pudo más que mi raciocinio.

Me olvidé de todo lo que no fuera aquella mujer que tenía delante. Le cogí las nalgas con fuerza, acerqué su cuerpo al mío y la besé en la boca con deleite.

—Espera —susurró.

Se dirigió hacia la puerta del almacén y corrió el pestillo. A continuación se me acercó de nuevo, se arrodilló y empezó a desabrocharme los botones de los vaqueros. Lo hacía con extrema lentitud, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sus manos, de dedos largos y puntas finas, se movían con deliciosa eficacia.

Cuando hubo desabrochado la botonera, me bajó los pantalones y los calzoncillos. Mi pene saltó con decisión. Me miró y lanzó una sonora carcajada.

—Nunca imaginé que nos encontraríamos así —dijo.

Sin contestar, la levanté. Decidido, pero con suavidad. Le desabroché los botones de la camisa blanca que llevaba. Ella misma se la quitó y después hizo lo propio con el sostén. Nos quedamos mirando, frente a frente. Yo con una erección majestuosa y ella con unos deliciosos pechos coronados por unos pezones oscuros que me miraban ufanos. La cogí en brazos y la senté encima de una especie de baúl antiguo que había

en un rincón del trastero. Volví a besarla en la boca y en el cuello. Le quité los pantalones y las pequeñas bragas que llevaba. Jessica sonrió y abrió las piernas. Acaricié sus muslos. Suaves, firmes, turgentes. Me puso dos dedos en la boca. Los lamí como si fuera la última cosa que hiciera en mi vida. Luego los retiró y bajó su mano a mi entrepierna. Con sus dedos húmedos, comenzó a entretenerse con mi pene. Aproveché para rozar su clítoris con la punta del índice. Su sonrisa se tornó jadeo. Sin pensármelo más, la cogí por debajo de las piernas, la atraje hacia mí y la penetré. Con decisión.

—No te muevas —me ordenó.

Entonces me agarró el cuello con ambas manos y comenzó a mover sus caderas adelante y atrás. A cada embestida de Jessica notaba cómo sus nalgas chocaban lujuriosamente con mis ingles. Al poco, empezó a respirar con más ímpetu. Abrió la boca, como si fuera en busca de aire fresco. Le introduje la lengua y la enlacé con la suya. Se me hizo imposible en aquel instante recordar un momento de semejante desenfreno. Le pellizqué delicadamente los pezones. Duros, pero extremadamente suaves. Estaba a punto de correrme, no aguantaría mucho más. Por suerte, Jessica se dio cuenta y aceleró sus movimientos. Una docena de embestidas después nos corríamos.

Tras unos instantes para recuperar el resuello, nos vestimos. Jessica me besó con calidez.

—Lo podríamos repetir, ¿no? —me dijo.

—No sé si es lo mejor —contesté.

—¿Por qué?

—Tú tienes novio.

—No tiene por qué enterarse, no hace falta decírselo.

—Ya lo hablaremos, ¿vale?

—No te mojas, ¿eh, jefe?

Pues no, no quería mojarme ni dar expectativas que no sabía si podría cumplir. En ese aspecto, intentaba ser coherente conmigo y con los demás. Prefería renunciar a un polvo que engañar a nadie. Aunque no siempre había sido así. En mis peores días de adicción, mentí más que hablé. Esperaba no tener que volver jamás a ello. Aunque no era un camino fácil.

—Ya veremos —me escabullí.

En aquel momento se oyó cómo golpeaban la puerta.

—¡Jessica! —gritó David—. ¿Estás aquí?

—¡Joder! —masculló Jessica en voz baja—. Escóndete detrás de las cajas de cerveza.

Obedecí lo más rápido que pude. La hija de Mariscal abrió la puerta y apareció el sucedáneo malo de Lemmy Kilmister. No parecía de muy buen humor.

—¿Qué coño haces aquí encerrada?

—Nada, he venido a buscar un par de botellas de *bourbon* y me he entretenido

más de la cuenta.

—¿Y por qué cierras la puerta?

—Hermoso, ¿quieres decir que no estás preguntando demasiado?

—¿Y Tiki?

—Yo qué sé, se habrá largado. Anda, vamos para abajo y deja de quejarte.

Cuando se marcharon, suspiré aliviado. Encendí un cigarrillo y esperé un rato antes de bajar. Cuando llegué a la planta de abajo, Jessica estaba llenando las neveras.

—¿Y David?

—Se ha ido. Mejor, así podré ir a dormir a tu casa.

—No creo que sea la mejor opción.

—Claro, como ya me has echado el polvo...

Tenía razón, un rato antes hubiera dado media vida por poseerla y ahora, después del frenesí, la dejaba de lado. Por un momento me sentí mal. Rectifiqué.

—Venga, termina, nos vamos —dije.

—No quiero que me invites por pena.

—No lo hago.

—¿Seguro?

—Bueno, ¿quieres venir o no?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Claro.

—Vale, pues vamos. ¿Podré dormir en tu cama?

—¿Conmigo?

—No, con el vecino de abajo.

—¿Con Jackson Browne?

—¿Qué dices?

—Nada, nada. Era un intento de broma sin ninguna gracia.

Cerramos el Roxette y fuimos andando en silencio hasta la Virreina. Imagino que cada uno debía de estar preguntándose qué hacía allí, si tenía sentido lo que estaba haciendo o si a la mañana siguiente nos levantaríamos con remordimientos de conciencia.

—Puedes dormir en mi cama, yo lo haré en el sofá —le dije cuando llegamos a mi apartamento.

—Jefe, ¿cómo voy a quitarte tu propia cama? Además, yo lo que quiero es dormir contigo.

—Bien, supongo que necesitarás algo de ropa para dormir.

—Me bastará contigo. —Y sin esperar respuesta, se dirigió a mi dormitorio, se desnudó y se tumbó en la cama.

Después de un momento de duda, hice lo propio. Jessica se volvió hacia mí, me dio un beso en la mejilla y apoyó su mano en mi pecho. Me dio las buenas noches. Poco después, se durmió.



Lo primero que me vino a la mente cuando me desperté era que tenía a Jessica tumbada a mi lado. Abrí los ojos y me giré. Allí estaba, durmiendo en su espléndida desnudez. Me levanté de la cama con sigilo para ir a la cocina. Me preparé un café muy cargado y encendí el primer cigarrillo del día. Al cabo de unos minutos apareció la hija de Mariscal. Se había puesto una camiseta mía de los Ramones. Le llegaba justo por debajo de las nalgas. Me miró de arriba abajo y lanzó un silbido que no supe si era de admiración o de burla.

—¿Qué miras? —le pregunté con un punto de vergüenza.

—Ese cuerpo que tienes. Te conservas bien, jefe.

—No me hagas la pelota.

—Digo lo que pienso.

—¿Y esa camiseta?

—¿Te gusta cómo me queda?

—Me gusta más lo que hay debajo —contesté mientras mi entrepierna reclamaba su justo protagonismo.

—¿Esto? —Se subió la camiseta hasta el cuello y dio una vuelta sobre sí misma.

—Por ejemplo.

—Anda, prepárame un café, que me voy. No quiero que David me eche de menos más de la cuenta.

Hice lo que me había pedido y me fui a la ducha. De buena gana habría cogido a la hija de Mariscal en volandas y me la hubiera llevado a la cama todo el día, pero entendí que no tocaba. Además, a las doce tenía que encontrarme con Elvira en la Barceloneta para ir a ver al Gordo. Y eran más de las once y media.

Cuando salí del baño, Jessica me esperaba sentada en el sofá. Sacó de su bolso la camiseta de los Ramones y me dijo:

—Me la quedo, ¿vale? Será mi recuerdo de esta noche.

Sin tiempo para contestar, me dio un fugaz beso en la boca, me acarició la mejilla y se fue.

Llegué a la Barceloneta veinte minutos tarde. Elvira, sentada en un banco público de la plaza del Poeta Boscà, no parecía estar de muy buen talante.

—Perdona, llego con retraso.

—¿Afirmas o preguntas?

—Pareces enfadada.

—Bueno, imagino que a nadie le gusta esperar —contestó con sequedad.

Algo raro le debía de rondar en la cabeza, pero preferí no preguntar. No solo yo tenía derecho a estar malhumorado.

Se levantó, rodeamos el mercado de la Barceloneta y enfilamos la calle de la Sal.

Luego torcimos a la izquierda por Ginebra hasta llegar a la esquina con Pizarro, donde se ubicaba la marisquería Barceloneta, el cuartel general del Gordo.

El Gordo se llamaba en realidad Diego Fernando Aristizábal. Era colombiano y estaba afincado en Barcelona desde hacía muchos años. Había empezado a trabajar de joven como camarero en restaurantes de la Barceloneta, y enseguida se dio cuenta de que con aquello no se haría rico, por lo que empezó a menudear, primero con hachís y más tarde con cocaína. Prosperó rápidamente, en buena parte de la Barceloneta y la Rivera, lo que le permitió montar la marisquería que regentaba desde hacía unos cuantos lustros. Desde siempre había procurado llevarse bien con la Guardia Urbana y los Mossos. A cambio de cierta inmunidad, el Gordo era una generosa fuente de información en aquellos siempre conflictivos barrios de la ciudad.

Aristizábal estaba sentado en la terraza de la marisquería, delante de una mesa de mantel blanco. Frente a él, una cubitera metálica barata contenía un par de botellas vacías de vino blanco. A su lado, una gran bandeja de pieles de gamba roja testificaba un banquete reciente mientras un mar de servilletas de papel, sucias y arrugadas, pululaban por toda la mesa. Una copa de vino llena de babas, a medio beber, completaba el bodegón.

Antes de que el Gordo se diera cuenta de nuestra presencia, nos sentamos en la mesa inmediatamente contigua a la suya.

—Hola, Gordo —saludé.

Aristizábal se sobresaltó. A pesar de las buenas relaciones que tenía en general con los Mossos, yo nunca le había caído bien. Quizás fuera porque en más de una ocasión le había apretado las clavijas más de la cuenta.

—Sargento, siéntese, está en su casa.

—Ya lo sé, siempre he sabido que esta era mi casa —contesté con sorna.

—Me alegra verle por aquí.

—No seas falso, Gordo. Te presento a la agente Sangenis.

—Mucho gusto, agente. Sargento, pensaba que se había retirado del negocio. ¿O acaso no viene por negocios?

—A ver, si no vengo por negocios, ¿para qué coño crees que puedo venir? ¿Para verte a ti? ¿Para comer la inmundicia que sirves en este antro nauseabundo que tienes?

—¿Qué quiere? Tengo todos los papeles en regla y paso todas las inspecciones de sanidad, pero esto es un negocio para los turistas y esos pagan gustosos todo lo que les des. Es solo gente de paso, que difícilmente van a repetir. Es lo mismo que pasa con los taxistas. ¿Usted ha conocido a algún taxista que sea amable? ¿A que no? Al taxista solo le interesa terminar lo más rápidamente posible el servicio, cobrar y a otra cosa. Se la suda si el cliente ha quedado o no satisfecho. ¿Me entiende? Yo hago igual.

—A mí sí que me la sudan tus teorías sobre los taxistas. He vuelto, Gordo, y necesito que me ayudes.

—Si está en mi mano...

—Y si no lo está, también nos ayudará.

—Claro, claro, sargento. Ya sabe que Diego Fernando Aristizábal está para lo que ustedes necesiten.

—Déjate de gilipollecés. Dime, ¿sabes algo de unos nuevos que mueven coca por ahí? Puede que sean mexicanos.

—A ver, déjeme pensar.

—No empieces a tocarme las pelotas, que ya sabes que la paciencia no es una de mis mejores virtudes.

—Bueno, no se enfade. He oído por ahí que hay una gente que va por los locales de ocio nocturno, que es donde está el gran pastel del negocio, ofreciendo los servicios de seguridad de una empresa. Tienen ofertas de precio muy agresivas, por lo que les cuesta poco hacer clientes. A partir de ahí colocan a su gente para mover la coca que se mueve por el interior del local.

—¿Quién te ha contado eso?

—Ya se lo he dicho, lo he oído por ahí.

—Gordo, no me cabrees.

—Sargento, no puedo dar nombres, ya lo sabe. Es secreto profesional.

—Al menos me dirás el nombre de alguno de esos locales que dices.

—Si me hace un favor.

—Gordo, aquí las normas las pongo yo.

—Claro, sargento, faltaría más. Pero es que lo que le voy a pedir le costará poco.

—Escupe.

—Últimamente, desde el cambio de gobierno municipal, los urbanos no dejan de tocar las pelotas. Que si tengo la música muy alta, que si mis clientes beben en la calle... Seguro que usted puede hacer algo.

—Lo intentaré.

—¿Seguro?

—¿Quieres que te firme una declaración jurada?

—No hace falta. Con su palabra me vale, sargento. Los hombres de honor no necesitamos ningún contrato para cerrar un trato.

—¿Y desde cuándo tú eres un hombre de honor?

—No, si lo decía por usted.

—No me vaciles, Gordo.

—Perdone, sargento. Usted sabe que Diego Fernando Aristizábal siempre ha sido muy respetuoso con la ley y los que la representan.

—¿Ha dicho que nos daría el nombre de un local? —terció Elvira, viendo que empezaba a irritarme.

—Sí, señorita, pueden ir al Luces de Bohemia. Está bajando Muntaner a la izquierda, después de Diagonal. El dueño se llama Arturo Clará.



Volví al día siguiente al Supergym. Pensaba encontrarme con un lugar de esos modernos, con espacios amplios y luminosos, llenos de máquinas raras por todas partes y esculturales mujeres tonificando sus cuerpos, enfundadas en ajustadas mallas. Pero no, el Supergym era un antro que tenía únicamente una sala para practicar ejercicio y las máquinas más evolucionadas que había allí eran unas mancuernas. Los vestuarios parecían haberse construido antes de que naciera Bob Dylan y las pocas mujeres que vi tenían unos brazos más anchos que los míos.

Con la fotocopia de las rutinas que me había dado la Calva, me coloqué en un rincón de la sala. Después de calentar un buen rato, cogí un par de mancuernas e intenté realizar los primeros ejercicios indicados en la hoja. Al cabo de poco rato se me acercó un mulato que mediría dos metros de alto por dos de ancho.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? —dijo.

—¿Se nota?

—Las piernas tienes que tenerlas ligeramente separadas, y encoge los hombros hacia arriba cuando eleves las mancuernas.

—Gracias, tío.

—No hay de qué, si necesitas algo estoy por aquí. Me llamo Eduardo.

—Eutiquio.

—Joder, tío —rio—, tus padres se cebaron contigo.

—Ya te digo.

Cuando el mulato se fue, continué con la rutina. Pocos minutos después empezaron a dolerme los brazos y lo dejé. Aquello, además de cansado, era más que aburrido. Realicé los estiramientos pertinentes y me fui a los vestuarios. Me metí en las duchas y me tiré un buen rato bajo el chorro de agua.

Cuando apagué el grifo, antes de salir, vi que la Calva entraba en la zona de duchas y se dirigía, como si fuera lo más normal del mundo, a la ducha contigua a la mía. Llevaba una llave inglesa en una mano y una pequeña silla en la otra. Sin dirigirme mirada alguna ni decirme nada, se encaramó a la silla y empezó a trastear con la alcachofa de la ducha. No me pareció que estuviera haciendo nada, más allá de mirar y remirar el sistema de aspersion del agua.

Sin prestarle más atención, me sequé con la toalla y salí de la ducha. Me dirigí a la taquilla y me vestí. Entonces llegó Eduardo, acompañado de otro mulato casi tan fornido como él.

—Eutiquio, te presento a Jackson. Un amigo.

—Encantado, Jackson.

—Lo mismo digo. Espero verte por aquí a menudo.

Me despedí de los dos mulatos y me fui. Cuando llegué a la recepción de la

entrada me encontré a la Calva sentada encima de su mesa. Me miró de arriba abajo.

—Te he visto en la ducha.

—Sí, yo a ti también.

—Desnudo ganas enteros. Solo falta que lo pulas un poco.

—Gracias, para eso me he apuntado al gimnasio.

—¿Sabes que soy diplomada en masaje deportivo?

—Ah, qué bien —contesté, evasivo.

—El próximo día que vengas, te regalo una sesión. Piensa que no lo hago con todos. Pero tú me gustas.

—Bueno... ya veremos. Ahora me voy, que me esperan. Adiós.

Salí lo más rápido que pude de aquella madriguera, antes de que las insinuaciones de la Calva fueran a más. Me fui a la terraza del bar de al lado del Supergym a tomar algo líquido. Encendí un cigarrillo mientras pedía una bebida de esas energéticas que tan mal saben.

Al poco rato, aparecieron Eduardo y Jackson.

—Hombre, el nuevo —dijo este último—. ¿Te molesta si nos sentamos contigo?

—Por favor, será un placer.

Los mulatos se sentaron y el camarero les trajo un brebaje espeso.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ni idea, tío —contestó Eduardo—. Lo prepara Raquel. Solo sé que está buenísimo. Además, dice que ayuda a reponer las sales gastadas.

—¿Quién es Raquel?

—La Pelona, la encargada del gimnasio.

—Esa mujer hace de todo —apunté.

—Sí —rio—. De todo y más. ¿A ti ya te ha dado el bautizo?

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Seguro que ha entrado en las duchas a ver si pillaba cacho contigo.

—Bueno, ha entrado, sí, pero nada más.

—Pues espera a que te coja confianza y verás. —Ahora la carcajada fue más sonora—. Una vez, a mí no me dejó salir del vestuario hasta que le di un beso con lengua. Todavía tengo pesadillas cuando me acuerdo de aquel día.

—¿Y tú? —preguntó Jackson—. ¿En qué local curras?

—¿Local?

—Sí, hombre. ¿En qué discoteca?

—Ah, sí —atiné a responder—. Ahora estoy en paro.

—No te preocupes —contestó Eduardo—. Julián ya te encontrará algo...

—Conoces a Julián, ¿verdad? —lo interrumpió Jackson, frunciendo el ceño.

—Ahora mismo no recuerdo.

—Y a ti, ¿quién te ha recomendado?

La conversación estaba derivando hacia derroteros que no conocía. Empecé a incomodarme. No tenía la más remota idea de quién era el tal Julián. Ni tampoco de

la recomendación a la que hacían referencia aquellos dos mastodontes. Sí que recordaba que me lo había preguntado la Calva cuando fui a informarme el día anterior, pero no pensé que fuera nada más allá de un formulismo sin importancia. Pareció ser que sí la tenía. Intenté pensar con rapidez. Tenía a dos tíos de ciento cincuenta kilos cada uno esperando mi respuesta.

—Marc Mencheta —contesté, sin ninguna seguridad.

—Ah, Marc —dijo Jackson—. ¿Y qué hace ahora? Hace días que no le vemos el pelo.

—Pues más o menos lo de siempre, ya sabéis cómo es.

—¿Lo has visto recientemente?

—Esta mañana he hablado con él.

Ahí fue cuando los dos mulatos se tensaron. Enseguida me di cuenta de que había metido la pata.

—Mencheta murió hace dos días. —Jackson lo dijo muy serio—. ¿Por qué nos mientes?

—Bueno, es que tengo la memoria un poco atrofiada.

—¿Quién eres y qué buscas? —quiso saber Eduardo.

—Oíd, amigos, todo esto no es más que una confusión. Era amigo de Marc desde hace muchos años. Me habló de este gimnasio y he decidido probar. Estoy en el paro y no tengo nada que hacer, así que me vendrá bien ponerme en forma.

—No te creo —sentenció Jackson—. Eduardo, este tío no es pieza legal, en estas cosas no me equivoco.

Estaba metiéndome en la boca del lobo. Las piernas comenzaron a temblarme y el corazón se me aceleró. Aquellos dos tipos se habían puesto muy serios.

—¿Eres madero? —preguntó Eduardo, mirándome muy fijamente.

—Pero ¿qué dices? Ya os lo he dicho, soy un tío normal y corriente que quiere hacer un poco de ejercicio. ¿Qué mal hay en ello?

—Vamos a entrar de nuevo al gimnasio —dijo Jackson—. Tenemos que hablar con calma de todo esto.

—Venga, levántate. —Eduardo me cogió del brazo.

Pensé que era ahora o nunca. Antes de que cualquiera de los dos mulatos tuviera tiempo para reaccionar, me levanté lo más rápidamente que pude, empujé la mesa contra ellos y eché a correr como un loco por Rosselló en sentido Llobregat. Crucé como un poseso Cartagena y Castillejos y, cuando llegué a Padilla, el fuelle se me terminó. De golpe. Si los mulatos habían sido capaces de seguirme, estaba acabado. Ya no habría excusas que valieran. Me apoyé en el capó de un automóvil aparcado y me giré. Afortunadamente, no vi ni a Eduardo ni a Jackson, pero las piernas aún me temblaban como un flan. Descansé unos minutos sin dejar de mirar por Rosselló por si aparecían. Me costó serenarme. Había pasado un miedo como no recordaba. La aventura del gimnasio se había acabado y no había avanzado nada. O casi nada, porque ¿quién era el tal Julián?



Le dije a Elvira que no hacía falta que me acompañara al Luces de Bohemia. A pesar de su insistencia, preferí ir solo. No es que me disgustara su compañía, al contrario, me sentía muy a gusto con ella. Pero uno necesita sus espacios vitales, y después de un día intenso en emociones me apetecía ir a la mía.

Entré en el Luces de Bohemia pasadas las doce. Conocía bien el lugar. Antes de abrir el Roxette me había dejado caer por el local con frecuencia. Uno podía encontrarse allí tanto a hijos de burgueses de los barrios altos, como a gente trabajadora de clase media. Y muchas féminas con ganas de pasarlo bien, que era lo que a mí más me interesaba. Además, la sala tenía una excelente programación de conciertos de bandas emergentes y sesiones de tributo a grandes clásicos.

En aquellos instantes, una banda estaba versionando el «Born to Run» de Bruce Springsteen. Sonaban bien. Me aposté en una de las barras del local y pregunté directamente por Arturo Clará.

—¿Quién pregunta por él? —dijo una camarera que quitaba el hipo.

—Un amigo.

—No sé si estará.

—Seguro que sí. Dile que hay alguien que quiere hablar con él de algo que le interesa mucho.

La camarera se fue sin demasiada convicción y apareció al cabo de unos instantes con un tipo de pelo canoso engominado. Llevaba una elegante chaqueta americana azul marino encima de una camisa blanca.

—Soy Javier de Pedro, el director del local. ¿En qué puedo servirle, señor?

—Quisiera ver a Arturo Clará.

—Lamento decirle que el señor Clará no está. ¿Usted es el señor...?

—Eutiquio Mercado —contesté, enseñándole la placa—, sargento de la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra.

El tipo pareció impresionado. Se deshizo en mil excusas y me pidió que esperara unos instantes, que iba a ver qué podía hacer. Volvió al cabo de unos minutos.

—¿Quiere acompañarme? El señor Clará lo recibirá en su despacho.

Lo seguí al piso de arriba hasta llegar a una discreta puerta sin identificar. De Pedro abrió la puerta y me ofreció pasar. El despacho era pequeño. Apenas una mesa de escritorio, un par de sillas, un sofá y una escueta barra de bar con dos taburetes altos. El tal Clará estaba de espaldas, delante de un gran ventanal desde donde podía verse toda la sala. Vestía unos simples pantalones vaqueros y un polo de color blanco.

—Señor Clará —dijo De Pedro—, el sargento Mercado.

El dueño del local se volvió. A pesar de ser un hombre de cierta edad, conservaba

una silueta más o menos juvenil. Llevaba la cabeza rapada y su piel estaba tostada por el sol. O por el UVA.

—Muy bien, Javier, gracias. Venga, sargento, siéntese aquí. —Clará me ofreció uno de los taburetes de la barra—. ¿Qué le apetece tomar? ¿Un *whisky*? ¿Un *gin-tonic*? ¿Una cerveza?

—Nada, gracias.

—Bueno, pues usted dirá.

—Estamos investigando un caso de tráfico de drogas y creo que usted puede ayudarnos.

—Aquí me tiene para lo que necesite, por supuesto. De todas maneras, ya le adelanto que aquí viene gente de todo tipo, desde personas anónimas, hasta políticos, artistas o deportistas. Los empleados tienen instrucciones muy concretas al respecto: cualquier persona que sea sospechosa de consumir droga es rápidamente expulsada del local.

—No dudo de sus principios, señor Clará, pero tenemos informaciones que dicen que en este local se trafica con cocaína.

—¡Eso no es posible! —contestó, visiblemente alterado.

—Iré por otro camino. Tengo entendido que desde hace un tiempo tiene contratada una nueva empresa que se ocupa de la seguridad del local.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo se llama?

—Ahora mismo, no recuerdo. Y mi secretaria, que es quien lleva todas estas cosas, ahora no está. Pero creo que se denomina algo así como Segurion. Sí, ese era el nombre. Seguro.

—¿Por qué cambió de empresa?

—Pues porque me ofrecieron una propuesta más económica por el mismo tipo de servicio.

—¿Mucho más económica?

—Sí, considerablemente. ¿Qué mal hay en ello?

—Supongo que en este sector, como en la mayoría, deben de existir unos precios de mercado más o menos similares.

—Mire, yo soy un empresario que tiene que mirar por su negocio. Intento llenar el local cada noche y comprar lo más barato que puedo. Siempre y cuando el producto o el servicio estén a la altura de la categoría del Luces de Bohemia, claro. Y, a día de hoy, no tengo queja alguna con el servicio de seguridad que he contratado.

El hombre parecía sincero, pero me fiaba completamente del Gordo. Si el colombiano había asegurado que en este lugar se traficaba con coca, no tenía por qué dudar. Así que, o Clará hacía muy bien su papel de no saber nada y me la estaba colando, o no se enteraba de lo que pasaba realmente en su local.

—¿Tiene las facturas de Segurion? —pregunté.

—Bueno, ya le he dicho que estos temas los lleva mi secretaria. —Noté cierta

vacilación en su respuesta.

—¿A qué hora la puedo encontrar mañana? Me gustaría hablar con ella.

—Verá, sargento, hay un problema.

—Soy todo oídos, señor Clará.

—Es que no sé si mi secretaria tendrá lo que busca.

—¿Ah, no? ¿Y eso? No me dirá que paga en negro.

—Pues, sí, señor —contestó, empuñecido—. Es eso. Espero que podamos arreglarlo bienamente.

—Pensaba que su negocio era legal y limpio.

—Lo es, se lo aseguro. Aunque, ya sabe, en la restauración se mueve mucho dinero sin declarar. Es práctica habitual de la mayoría de empresarios del sector.

—Ya hablaremos de este asunto. Dígame, ¿con quién habló de Segurion para la contratación de la seguridad de su local?

—Con un hombre. Me pareció que tenía acento sudamericano. Jamás lo vi, siempre hablamos por teléfono.

—¿Usted contrata a sus proveedores por teléfono?

—Depende del tipo de servicio.

—¿Le dio su nombre?

—Me dijo que se llamaba Julián Ramírez.

Otra vez un tal Julián. ¿Sería el mismo al que horas antes habían mentado los mulatos?

—Gracias, Clará. Antes de irme...

—¿Sí?

—¿Sabe que mañana mismo puedo ordenar una inspección en su local? Tengo la plena convicción de que el personal de seguridad que tiene suministra cocaína a los clientes del local.

—Eso supondría un palo muy gordo para la reputación del Luces de Bohemia.

—Mire, no sé si es usted un cándido o un cínico. En cualquier caso, haremos una cosa: compórtese como si yo no hubiera venido, tenga la boca cerrada y actúe como siempre. A cambio, yo no le registro el local. Creo que es un buen acuerdo.

—Me parece bien, sargento —contestó el empresario, después de unos instantes de duda.

—Bien, espero que cumpla su parte del trato.

—Espero lo mismo de usted.

El dueño del Luces de Bohemia llamó a De Pedro, que me acompañó abajo.

—Tómese algo, si le apetece —me dijo—. Paga la casa.

Después de pensarlo unos segundos, decidí quedarme un rato más en el local. Me acerqué a la barra principal y pedí un agua con gas. La banda tributo a Springsteen continuaba tocando piezas. A mi lado, un par de cincuentones parecían seguir el concierto con más o menos atención. Uno de ellos, de mirada despierta, tenía un agua con gas en la mano; el otro, visiblemente más perjudicado, sujetaba con cierta

dificultad un vaso de tubo lleno de algún licor oscuro.

Al poco rato, mientras estaba regalándome la vista con las féminas que pululaban por allí, el tipo del agua con gas me tocó el hombro y me dijo:

—Estamos en lo mismo, ¿eh?

—¿Lo dices por lo del agua con gas? Sí, no es lo más habitual en sitios como este.

—No, amigo, lo digo por lo de las tías.

A la mañana siguiente me dediqué a buscar todo lo que hubiera de Segurion. Después de dos horas de infructuosa búsqueda, lo dejé. No existía ninguna empresa con tal nombre, por lo que decidí seguir la pista del Supergym. Eso sí, como cliente no volvería al gimnasio. Cada vez que me acordaba de los mulatos, las piernas me flaqueaban.

Imaginé que la Calva, como encargada del negocio, sería quien cerraba el gimnasio, así que poco antes de las doce de la noche de ese mismo día aparcamos en doble fila en la esquina de Dos de Maig con Rosselló.

—A ver si sale la Calva —le dije a Elvira.

—¿Por qué la llamas «calva»?

—Espera a verla.

—Para ti todo el mundo tiene defectos.

—No son defectos, son realidades. De la misma manera que yo tengo surcos alrededor de los ojos, esa mujer tiene una importante falta de cabello en su cabeza. Nada más.

—¿Y yo qué defectos físicos tengo? —Elvira sonrió.

La miré de arriba abajo. Con cierto descaro. Noté que se ruborizaba. Elvira tenía unas facciones exquisitamente proporcionadas, una abundante cabellera pelirroja y un cuerpo perfectamente tonificado. Rascando, para mi gusto, quizás le faltara algún kilo de peso.

—Hay gente que no tiene defectos destacables —contesté.

Elvira no contestó. Bajó la cabeza y se miró las manos. También las tenía hermosas, a pesar de su afición a morderse las uñas.

Después de permanecer un largo rato en silencio, mientras en la radio del Altea iba sonando una canción detrás de otra, apareció la Calva por la puerta del gimnasio. Apagó las luces y bajó la persiana metálica.

—Es ella.

Nos aseguramos de que la Calva iba sola. Luego bajamos del coche y la seguimos. En la esquina de Rosselló con Independència, la abordamos.

—Raquel —llamé.

La Calva se giró y me miró. En su rostro se dibujó una gran sonrisa, a medio camino entre la sorpresa y la alegría. Pero cuando se dio cuenta de la compañía de Elvira, su gesto se torció.

—Eutiquio, ¿qué haces por aquí? Hoy no te he visto.

—Raquel, hoy no estoy aquí como cliente. Solo queremos hablar contigo.

—¿Quién eres tú? —respondió, nerviosa—. ¿Y esta chica?

—Soy el sargento Eutiquio Mercado, de los Mossos d'Esquadra, y ella es la

agente Elvira Sangenís.

La mujer nos miró, un tanto inquieta. Parecía no saber qué hacer. Por un momento pensé que iba a echar a correr, pero mantuvo una cierta calma.

—¿Qué queréis de mí?

—De momento, hablar contigo. Solo eso.

—No tengo nada que esconder.

—Mejor, entonces. ¿Quién es el dueño del gimnasio?

—Soy yo. Eso no es ningún crimen, supongo.

—Siempre y cuando todo lo que suceda dentro de tu negocio sea legal.

—Todo es perfectamente legal —contestó, sin mucha convicción.

—Mira, Raquel —dije en tono conciliador—, sabemos que dentro de tu gimnasio se comenten irregularidades. Tienes que ayudarnos si quieres mejorar tu situación.

La mujer vaciló. Miró a Elvira. Esta le sonrió. Después me miró a mí. Pude ver miedo en su rostro. Las manos le temblaban y su párpado izquierdo se había disparado. Entonces, después de dos largos suspiros entrecortados, se echó a llorar.

Mientras Elvira le cogía el brazo, en un intento por tranquilizarla, fui a buscar el Altea. Quería salir lo antes posible de aquel lugar. Volví a pensar en los mulatos y en el miedo que pasé.

Yo conduje. Elvira y la Calva subieron atrás.

Me las llevé lejos, arriba del paseo de la Font d'en Fargas, en Horta, y aparqué el coche en una esquina cualquiera. Bajé y encendí un cigarrillo. Abrí la puerta trasera y ayudé a Raquel a bajar del auto. Continuaba llorando. Elvira le pasó un brazo por encima del hombro.

—Tranquila, estás en buenas manos.

Dos cigarrillos más tarde, la Calva comenzó a serenarse.

—Raquel —arranqué—. No te va a pasar nada si colaboras con nosotros.

—¿Qué quieren que haga? —dijo, aún con lágrimas en los ojos.

—En primer lugar, me interesa saber quiénes son Eduardo y Jackson.

—Eduardo se apellida Smith y creo que es cubano, como Jackson. Jackson Pérez.

—Muy bien. Cuéntanos ahora cómo han ido a parar estos dos tipos a tu gimnasio.

—Mis padres abrieron el negocio allá por los años setenta. Mi padre había sido culturista profesional y cuando la edad ya no le permitió seguir compitiendo, montó el Supergym. Fue una buena época. Era el único gimnasio que existía por la zona, venía mucha gente del barrio. Aquello duró un tiempo, pero a finales de los noventa empezaron a montarse otros locales más amplios y modernos, con grandes equipamientos y profesores titulados. Y nosotros no podíamos seguir su ritmo. Además, el local era muy pequeño y poco se podía hacer. Nuestra clientela empezó a descender de forma alarmante, la gente quería una oferta más extensa y nosotros no se la podíamos dar. Hace cinco años estábamos prácticamente en la ruina. Y, encima, mis padres se habían hecho mayores, ya no tenían ganas ni fuerzas para seguir luchando. Fue cuando decidimos que me traspasaran el negocio. Yo había estudiado

Administración y Dirección de Empresas, creí que le podría dar el impulso que requería. Pero me equivoqué. Los clientes seguían bajando. Al final me vi obligada a poner el gimnasio en venta. Entonces apareció él.

—¿Quién? —pregunté.

Raquel Gómez tragó saliva. Sabía que iba a adentrarse en un camino del cual no podría recular. Y seguramente no era una senda hacia el paraíso.

—Julián Ramírez.

Bien. El tal Ramírez parecía ser el mismo tipo que había vendido a Arturo Clará el servicio de seguridad del Luces de Bohemia.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Ni idea.

—¿Te dejó algún número de teléfono? —intervino Elvira.

—No, nada, solo lo vi una vez. Hará unos meses. Me dijo que le interesaba el negocio, pero que no me iba a pagar ningún traspaso. Eso sí, me garantizaba clientela para que no tuviera que sufrir problemas económicos. Y así fue, en pocas semanas se apuntaron al gimnasio decenas de hombres.

—A cambio de algo —sugerí.

—Sí. A cambio de que le hiciera algunos recados. Yo le dije que sí a todo, en aquel momento estaba desesperada y cualquier vía de ingresos me interesaba.

—¿Qué tipo de recados?

—Cada día tenía que ir a un sitio con el coche e intercambiar una mochila con otra persona.

—¿Qué sitio? —inquirí—. ¿Con qué persona?

—Los lugares van variando. Y a la persona con la que intercambio la mochila no la conozco, ni ganas. Va siempre con un Volkswagen negro, de esos familiares. Yo me limito a abrir su maletero, dejar mi mochila y coger otra igual. En el coche siempre hay más mochilas, de diferentes colores, por lo que entiendo que el tipo del Volkswagen hará lo mismo con otras personas.

—¿Quién te da la mochila que intercambias? —preguntó Elvira.

—Eduardo o Jackson. Ellos me la dan cada mañana, yo les devuelvo después la que intercambio con el otro tipo.

—¿Sabes qué contiene la mochila? —insistió Elvira.

—No tengo la menor idea.

—¿Tampoco te lo imaginas?

—Supongo que nada muy legal.

—¿Nunca has abierto ninguna? ¿Nunca has sentido curiosidad?

—¿Para qué? Yo soy una persona práctica, siempre he intentado hacer lo que me han mandado, no tengo por qué entrometerme en cosas que no son de mi incumbencia.

—¿Sabes que puede haber droga, ahí? —dije—. Y de ser así, te podrían caer algunos años. Ya sabes, tráfico de estupefacientes.

—Ya lo he dicho, yo solo llevo las cosas de aquí para allá.

—Vale —no insistí—, muy bien. ¿Cuál es el lugar de encuentro ahora?

—La esquina de Bori i Fontestà con Pau Casals, debajo del Turó Park. Cada día, de lunes a viernes.

—¿Qué te pagan?

—Aparte de la cuenta de explotación corriente del gimnasio, cada semana Smith me da un sobre con quinientos euros.

—Unos recados muy bien pagados —recalqué.

—¿Y ahora? —preguntó Raquel, angustiada—. ¿Qué pasará?

—No lo sabemos. Por lo pronto, tú tienes que actuar como si no pasara nada. Seguirás con tu rutina habitual diaria. Más adelante te daremos nuevas indicaciones.

—¿Puedo perder el gimnasio?

—Es muy posible, no te voy a engañar, pero si colaboras no tienes que temer por acabar en la cárcel.

—Colaboraré, claro.

La Calva se había serenado. Había vomitado todo lo que le quemaba. Aunque su situación no era envidiable desde ningún punto de vista. Seguir como si no hubiera pasado nada no le sería fácil.

—¿Cómo es físicamente Julián Ramírez? —fue mi última pregunta.

—Parece mexicano, quizás peruano o colombiano, no sé. Tirando a bajo, sobre el metro sesenta y cinco, de complexión normal. Pelo corto, rizado. Y bigote.

Por fin había llegado el gran día. Fiel a su promesa, Mariscal había conseguido dos pases para el concierto de John Fogerty en el Club Sant Jordi. Y además, se las había apañado para que pudiéramos acceder al *backstage*. Seguramente podía haber días mejores, pero en ese momento se me hacía difícil imaginarlos: poder ver de cerca al gran Fogerty interpretando la flor y nata del repertorio de la Creedence Clearwater Revival era algo que no admitía comparación de ningún tipo.

El concierto empezaba pronto, a las ocho y media, costumbre que se estaba arraigando últimamente entre los grandes dinosaurios del *rock and roll*, que, huyendo de los excesos cometidos en el pasado, procuraban llevar una vida más cercana a horarios escolares que a grandes fiestas canallas.

El *backstage* habilitado para la ocasión era un espacio reducido por donde deambulaban músicos, auxiliares y algún que otro fan afortunado. A diferencia de lo que había imaginado, allí no vi ni espectaculares *groupies* bebiendo los vientos por los músicos, ni botellas de alcohol ni bandejas repletas de rayas de coca. Solo algunas fuentes con fruta, botellas de agua mineral por doquier, los instrumentos preceptivos y tres mujeres más próximas a la jubilación que Mariscal.

Era evidente, el *rock and roll* había perdido la esencia que lo convirtiera en algo salvaje y explosivo. Los grandes que habían sobrevivido eran ahora venerables *seniors*. Llevaban una vida sana, alejada de adicciones de todo tipo. Su trabajo ya solo consistía en subir a un escenario e interpretar con profesionalidad aquellas piezas añejas que los habían encumbrado a la cima del mundo. Sin pasión ni estremecimiento alguno.

Pero a mí eso me daba igual. Fogerty era uno de los más grandes que había dado el negocio y poder estar ahí era una de las razones por las que merecía la pena vivir. Incluso, por momentos, me olvidé de Albertí y de Conde.

Mariscal me tocó el hombro por detrás. Me giré. Con un cigarrillo en una mano y un vaso de tubo lleno hasta los topes de *bourbon* en la otra, me dijo:

—Chaval, después de lo de hoy, me tendrás que hacer un monumento. He conseguido que nos pusieran un par de sillas en un rincón del escenario. Así podremos ver el concierto en primera línea.

—Joder, ¿cómo lo has conseguido?

—Ser amigo de Keith Richards abre muchas puertas. —Y una sonrisa de suficiencia se le dibujó en los labios.

Subimos al escenario. Nos sentamos en un par de sillas plegables de madera que nos había preparado un auxiliar. Encendí un cigarrillo, di un sorbo de agua de un botellín que me había agenciado y me dispuse a disfrutar de aquel momento único.

Mientras Fogerty daba un último repaso al *setlist* junto a los miembros de su

banda, miré al aforo. Me dio pena. Si en tres días las quince mil localidades del Palau Sant Jordi se habían agotado en pocas horas para ver el concierto de una joven cantante que poco mérito tenía más que presentar un concurso televisivo de futuras promesas y haber sido sobrina de un gran guitarrista, el Club Sant Jordi, con un aforo bastante inferior, apenas presentaba media entrada.

—El *rock and roll* está en crisis, Tiki —siempre decía Mariscal—. Solo lo aguantamos los veteranos.

No podía negarle la razón al viejo. Los veinteañeros de hoy preferían el pop enlatado comercialmente por las grandes discográficas que el sonido sin artificios de una Gibson Les Paul. En fin, ya vendrían tiempos mejores. O no.

El concierto empezó. Fogerty se puso a rasgar los primeros acordes del «Born on the Bayou», toda una declaración de intenciones. Siguió con «Green River» y la *cover* de «Midnight Special». Cuando comenzó a sonar «Fortunate Son», me giré para mirar a Mariscal. Tenía el vaso de *bourbon* vacío y los ojos vidriosos, no sé si debido al alcohol o a la emoción. O a las dos cosas a la vez. Varios temas después, un *roadie* se acercó y volvió a llenar el vaso de mi amigo. Si alguna vez alguien me hiciera dibujar cómo es la felicidad, sin duda retrataría el rostro de Mariscal en ese momento.

Después de cerca de dos horas de concierto, Fogerty se retiró durante unos minutos. Se sentó en una silla, se puso una toalla por el cuello y bebió un par de botellines de agua. Ni alcohol, ni coca, ni nada por el estilo. Definitivamente, aquellos tiempos donde los conciertos de *rock and roll* eran auténticas fiestas de la desmesura y excesos habían quedado atrás para siempre. Ya no veríamos a Pete Townshend destrozando su guitarra a golpes, ni a Jim Morrison arrastrándose por el escenario borracho a reventar, ni a un Ringo Starr que apenas se tenía en pie cuando en los conciertos de Bangladesh se olvidó, a media canción, de la letra de su «It Don't Come Easy». Habían sido otros tiempos. Tal vez mejores.

Al cabo de unos minutos, el californiano y su banda volvieron al escenario para interpretar la tanda de bises. Arrancaron con «Rockin' All Over the World», aquella pieza que con tan poco garbo versionaran los Status Quo. Siguieron con «Travelin' Band» y terminaron con el clásico «Proud Mary».

Y entonces, mientras el público aplaudía con entusiasmo y pedía más canciones, fue cuando lo vi: a mi lado, de pie, con una guitarra acústica en la mano, un hombre de complexión fuerte, de unos setenta años, barba muy blanca y cinta en el pelo, esperaba a que su amigo anunciara su presencia. Se me puso la piel de gallina. Sin tiempo para pensar si aquello era real o simplemente un sueño del cual me despertaría en breve, mientras empezaban a sonar los compases de «Who'll Stop de Rain», Fogerty anunció:

—*And now, ladies and gentlemen, mister Bob Seger!*

Una vez acabado el concierto, tomamos un taxi y nos dirigimos al Roxette. Mariscal, que se había fundido él solo una botella de *bourbon*, iba un poco justo, pero

mantenía la dignidad. Al entrar en el local, Jessica se fue directa a su padre:

—Papá, has bebido. Se te ve en la cara.

—No, hija, solo estoy cansado. Me parece que ya me retiro, ha sido un concierto muy especial.

—Y una mierda. Hueles a *bourbon* que apesta. ¿Y tú? —dijo, señalándome—, ¿es que no puedes controlarlo? Vaya par de inconscientes.

—Jessica, tu padre ya es mayorcito para saber qué tiene que hacer.

—Sí, claro, para que luego le dé otro infarto. ¿Tú eres su amigo? Pues no lo parece.

—Vale, vale, tienes razón. Te prometo que delante de mí tu padre no beberá jamás ni una gota de alcohol.

—Hombre, Tiki, tampoco te pases —se quejó Mariscal—. Un chupito de vez en cuando.

—Ni chupitos ni leches, papá. Y ahora, vete a dormir.

Mariscal no rechistó. Le dio un beso a su hija y se despidió.

—¿Cómo va la noche? —le pregunté a Jessica, para cambiar de tema.

—Tirando. Ah, aquella tía pregunta por ti. —Y señaló a una chica que estaba sentada en una punta de la barra—. Le he dicho que quizás no vendrías hoy, pero se ha quedado igualmente.

No me pareció conocer de nada a la chica en cuestión, pero me acerqué a ver qué quería. Era latina, aunque su rostro tenía aires orientales. Y era realmente guapa.

—Me han dicho que me estabas buscando.

—¿Eres Tiki?

—Sí. ¿Nos conocemos?

—No, pero me han hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Quim.

—¿Quim?

—Sí, Quim Albertí, tu amigo.

—¿De qué lo conocías?

—Éramos amigos.

—Me extraña, nunca me habló de que tuviera una amiga como tú.

—Supongo que porque la nuestra era una relación especial, no se podía contar.

—¿Qué entiendes tú por relación especial?

—Éramos amantes.

—No me lo creo. Quim Albertí estaba felizmente casado y era padre de tres críos.

—¿Y eso significa que no pudiera tener una amante?

—Eso significa que no sé qué es lo que quieres. Entiendo que has venido aquí buscando algo, ¿no? Pues venga, dime qué quieres y márchate lo antes posible.

A la chica se le escapó una lágrima. Quizás debiera haber sido más amable. Al fin y al cabo, no me había hecho nada. Y si se había entendido con Albertí, yo no era

nadie para entrometerme en el asunto.

—¿Quieres tomar algo? —me eximí—. Paga la casa.

—Nada, gracias.

—Bueno, dime por qué me buscabas.

—Verás... Quim siempre me dijo que si algún día a él le pasaba algo te buscara.

Eras su mejor amigo.

—Bien, ya me has encontrado.

—Necesito dinero.

—Me parece que has ido a parar a mal lugar.

—No será mucho, lo justo para pagar el alquiler del apartamento de Diagonal Mar mientras no encuentre otra cosa. Como Quim ahora ya no está...

—¿Te pagaba el apartamento?

—Sí, y todo lo demás.

—¿Hacía mucho de eso?

—De lo del apartamento, casi un año, aunque nos conocimos algunos meses antes. Al principio nos veíamos en hoteles y *mueblés*. Yo lo dejé todo por él.

—¿Qué es todo?

—Yo trabajaba como *escort*. O de puta, como prefieras llamarlo. Quim me sacó de aquello y me dio una vida mejor. Ahora me temo que deberé volver a lo único que sé hacer. No tengo dinero, ni papeles ni familia. ¿Qué otra solución tengo?

—No lo sé, pero yo poco puedo ayudarte.

Y era verdad. Pero, por alguna razón, sentí compasión por aquella muchacha. O quizás fuera la pena que me acompañaba desde la desaparición de mi amigo. Así que me dirigí a la caja registradora, cogí trescientos euros y se los di.

—Toma esto —dije—. No puedo darte más.

—Gracias, Tiki. Si alguna vez quieres algo de mí, aquí te dejo mi teléfono. —Garabateó los números en una servilleta y me guiñó un ojo.

—¿Qué quería? —vino a preguntarme Jessica, cuando se fue la latina.

—Nada, nada. Tuvimos un amigo en común una vez y quería saber de él.

Pensativo, me senté en el taburete alto donde había estado sentada la que dijo ser amante de Albertí. Aquello no terminaba de cuadrarme. Siempre había tenido a Albertí como alguien de costumbres monógamas, más ocupado por su familia y su trabajo que por posibles veleidades mujeriegas.

Y luego estaba lo del dinero, porque por mucho que Naraia se ganara bien la vida en el puesto de pescado de la Boqueria, se me antojaba hartamente difícil que los ingresos de la familia Albertí dieran para mantener una casa de cinco miembros, además de costear la vida de una querida.

No, había algo que no encajaba.

Como era domingo, me levanté tarde. Encendí un cigarrillo y abrí el cajón de la mesilla de noche. La bolsita de coca seguía ahí. Quizás lo más oportuno fuera desprenderme de ella, tenerla ahí no me aportaba nada bueno, por mucho que intentara convencerme de que poder enfrentarme a ella podía hacerme más fuerte. No, la maldita bolsita lo único que me daba era un colchón de seguridad por si tenía otra crisis de angustia. Y nada más.

Salí al balcón y miré la Virreina. Era un día gris. El cielo estaba tapado por una de esas típicas neblinas que a menudo invaden la ciudad. Me entró una ligera añoranza. Recordaba con nitidez los cielos limpios de mi infancia en tierras de Castilla. Y los echaba de menos. Quizás si me hubiera quedado allí, hoy sería un campesino ocupado y preocupado por su cosecha. Tal vez me habría casado con una lugareña y tendría hijos. Tres o cuatro. Y, acaso, cuando llegara a casa, cansado de una dura jornada laboral, tendría un buen plato preparado alrededor de una mesa sencilla. Y, probablemente, jamás hubiera probado la coca.

Procuré sacudirme aquellos pensamientos que no llevaban a ninguna parte e intenté afrontar las cosas en positivo: tenía todo un día por delante sin nada más que hacer que vagar. Simple y deliciosamente. Iría a correr por la mañana al parque de Cervantes. O quizás tomara la Scoopy y me acercara a Montjuïc para recordar mis inicios en eso del correr, cuando apenas después de cuatro zancadas tenía que sentarme varios minutos para recuperar el fuelle perdido. Después me compraría un par de periódicos y me sentaría en alguna terraza cualquiera a leer y tomar el sol. No sería la Virreina, eso seguro. Ya no volvería a sentarme en aquellas sillas que tanto disfruté. Para siempre me recordarían la muerte de Quim.

Tal vez iría a la plaza del Diamant, a apenas unos metros de mi casa. Sí, haría eso. Y me tomaría un biter sin alcohol, aquel punto amargo siempre resultaba más placentero que cualquier bebida edulcorada o que una simple y sosa agua mineral. Luego iría a comer a Casa Manolo, me regalaría una buena siesta y dedicaría la tarde entera a escuchar música.

Me duché, tomé un café muy cargado y me puse la ropa de correr. Entonces sonó el teléfono. Era Elvira.

—¿Podemos vernos? —fue lo que dijo a modo de saludo.

—Hoy es domingo, agente, el día que Dios descansó.

—No es por trabajo...

—¿Pasa algo? Te noto una voz rara.

—Digamos que no estoy en mi mejor momento. ¿Esta tarde?

—Claro, siempre que quieras. ¿Dónde quedamos?

—¿Va bien en tu casa?

—Eh... claro, pero después de la siesta, ¿vale?

Le di la dirección del apartamento y colgué. Si no era por trabajo, ¿por qué Elvira querría verme? ¿Y por qué en mi casa?

Después de una corta siesta, me levanté del sofá, inquieto. La inminente visita de Elvira no dejaba de producirme una ligera inquietud. También cierta aprehensión. Mi compañera nunca había estado en mi casa. ¿Qué le parecería? ¿Le gustaría? ¿Creería que era demasiado pequeña? ¿Estaría suficientemente limpia y ordenada? En la nevera no tenía nada, más allá de algún yogur a punto de caducar o de un par de botellas de agua del grifo. ¿Pensaría de mí que era algo así como un asceta estropeado?

El timbre de la portería del edificio me sacó de mis cavilaciones. Me levanté y abrí. Mientras Elvira subía las escaleras, entré en el lavabo, me lavé los dientes tan rápido como fui capaz y me peiné. Cuando salí del baño, Elvira ya estaba bajo el quicio de la puerta de entrada. No tenía buena cara. La hice pasar al comedor. Luego fui a la cocina y preparé un par de cafés. Cuando volví, estaba mirando las estanterías donde tenía los cedés y los vinilos.

—Aquí tienes una fortuna en música —dijo.

—Sí, a veces pienso que con todo lo que me he gastado, quizás podría tener un apartamento más amplio. O un coche.

—Pero si a ti no te gusta conducir.

—Ya, pero es lo que se suele decir siempre. Anda, siéntate y cuéntame.

Se sentó en el sofá. Yo tomé una silla y me senté frente a ella, a una distancia cortés.

—No estoy muy bien, Tiki.

—¿Curto? —me aventuré.

—No, soy yo. Me noto rara.

—¿Y eso?

—No sé. Mi madre dice que estoy en una edad proclive a las crisis existenciales.

—Me parece que todas las edades lo son.

—Ya, pero yo nunca había pasado una.

—¿Te llama la maternidad?

—No creo que sea eso. Además, aunque me llamara, no creo que Bernat estuviera por la labor, le gusta demasiado la fiesta.

—¿Ves como Curto tenía algo que ver?

—Bueno, solo un poco. ¿Tú cómo ves a Bernat?

—Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Eres amigo suyo, es cliente de tu bar...

—Está como siempre.

—Y cuando va a tu bar, ¿qué hace? Me refiero a si está con chicas o esas cosas.

—No sabría responderte, Elvira. Cuando estoy en el bar, bastante trabajo tengo con lo mío, no me fijo demasiado en lo que hacen los demás. Además, procuro no

inmiscuirme en la vida de la gente. Lo que haga Curto no es de mi incumbencia.

Elvira se levantó y fue de nuevo a las estanterías. Después de trastear un rato en silencio, cogió un cedé. *Mad Dogs and Englishmen*, de Joe Cocker.

—¿Es bueno?... Siempre me gustó su voz rota. Lástima que ya no esté.

—Ley de vida, Elvira. Todos los grandes se van yendo. Dentro de poco ya no quedará ni uno de los que crearon todo eso del *rock and roll*. Aunque particularmente nunca he pensado que Cocker fuera nada del otro mundo, más allá de haber tenido cierto éxito con algunas versiones de clásicos. Una voz peculiar, eso sí.

Colocó el cedé en el reproductor y, después de una breve introducción, comenzó a sonar la *cover* del «Honky Tonk Women» de los Stones.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Tiki?

—Claro, lo que quieras.

—Es personal.

—No me importa.

—¿Te gustaría tener hijos? —me soltó, mirándome fijamente a los ojos. No atiné a saber a qué venía aquella pregunta, pero le contesté.

—No lo sé. Nunca me lo he planteado.

—Pero con la edad que tienes...

—¿Qué insinúas? —reí.

—Perdona, no quería ser grosera. Quiero decir que todo el mundo se plantea el tema de los hijos en algún momento de su vida.

—Pues yo no. Supongo que vivo demasiado encerrado en mi mundo como para tener tiempo en pensar en los demás. Y, como dices tú, a mi edad, creo que es algo que uno ya no contempla.

—Quizás me estoy metiendo donde no me llaman.

—Tranquila. No es que me emocione hablar de estos temas, pero tampoco me molesta. Yo he vivido en un pozo muy hondo. Cuando medio sales de ahí, tus prioridades vitales quizás son diferentes al del resto de las personas. Mi vida es una lucha constante para no volver a caer otra vez, no llego a más cosas.

—Tiene que ser duro.

—Es lo que hay, yo me lo busqué.

—¿Y nunca has tenido pareja estable?

—Durante un tiempo largo, no.

—¿Y eso?

—¿Esto es un interrogatorio? —dije, intentando esbozar una sonrisa.

—No, no, perdona, es que soy muy curiosa, ya lo debes de haber visto.

—Te contestaré: hasta hoy nunca he tenido relaciones de pareja que duraran más allá de unos meses. ¿Por qué? Muchas veces me han dejado; en otras he sido yo quien ha decidido tirar por otro camino. No sé, yo no quiero un amor civilizado, tener que compartir cama con la misma mujer toda mi vida o domingos por la tarde en el sofá sin nada que decirnos. No, no quiero eso.

—Eres un tipo curioso, Tiki.

—Cada uno tiene sus cosas, supongo. ¿Quieres otro café? —le ofrecí, con ganas de dar por terminada aquella conversación.

—Vale, que sea largo.

Fui a la cocina a preparar los cafés y volví al comedor. Me dirigí a la estantería, quité el cedé de Cocker y busqué el *Sticky Fingers* de los Stones, la versión original en vinilo. Lo saqué cuidadosamente de la funda, le pasé un paño y lo coloqué en el plato por la cara A. Cogí el brazo y lo deposité con precisión en el surco de la canción número tres: «Wild Horses».

—Esto te va a gustar —le dije.

Cuando la canción empezó a sonar, no pude evitar notar un delicioso estremecimiento. Cada vez que oía esa pieza me preguntaba: ¿qué debían de haber tomado Jagger y Richards aquel día para componer semejante enormidad de tema?

—Pues sí, me gusta. ¿Quién la canta?

—El señor Jagger.

—¿De los Rolling?

—Esos mismos. ¿Has visto esta portada? —Le acerqué la funda.

—Anda. ¿Y esa cremallera?

—Esta es la cubierta que diseñó Andy Warhol para la edición original. Pero eso de la protuberancia en la entrepierna no gustó a la censura española de la época, que la consideró ofensiva. Entonces, la compañía tuvo que recurrir a toda prisa a John Pasche, el diseñador que había creado el logo de la banda, el de la lengua burlona, para que ideara una versión alternativa.

—Pues a mí no me parece ofensiva. Creo que es muy original.

—Estamos hablando del año 71. Parece ser que en aquella época escandalizó a algunos.

—Eres una enciclopedia andante.

—Una afición como otra, no tiene mayor mérito —dije, mientras observaba cómo la novia del Sonrisas, divertida, subía y bajaba la cremallera de la funda del álbum.

Cuando «Wild Horses» terminó, apagué el reproductor.

—Me voy, debes de tener cosas que hacer —dijo Elvira, con su prudencia habitual.

—Bueno, he de arreglar algunos temas, sí —afirmé.

—¿Hacia dónde tiraremos ahora, respecto a la investigación? —preguntó, cambiando de tercio.

—La siguiente estación es el tal Julián Ramírez ese al que se refirió la Calva. Es muy probable que pueda ser el cabecilla de una red que suministra coca en locales de ocio nocturno de la ciudad.

—¿Cómo has deducido esto?

—¿Recuerdas lo que nos dijo el Gordo del Luces de Bohemia?

—Sí, claro.

—Cuando fui a ver a Clará, el dueño, me dijo que el tipo que le prestaba los servicios de seguridad era un tal Julián Ramírez.

—¿Una coincidencia?

—Lo dudo. Intenta averiguar quién es realmente ese Ramírez, tenemos que ir a por él. Y para eso no nos queda más remedio que seguir los pasos de la Calva. La seguiremos en uno de sus recados diarios. Ella nos llevará al tipo del Volkswagen familiar. Y espero, por ahí, llegar al mexicano.

—¿Y si Raquel cuenta que hemos hablado con ella?

—No lo hará.

Para seguir a la Calva, decidí coger la Scoopy. Elvira hizo lo propio con el Altea.

Cuando llegué a la intersección de Bori i Fontestà con Pau Casals, aparqué la moto entre dos coches, me quité el casco y me quedé mirando un escaparate de ropa de hombre. Encendí un cigarrillo. El Altea de Elvira estaba aparcado unos metros más allá. Faltaba poco para el mediodía. Al rato apareció un Opel pequeño con Raquel Gómez al volante. Estacionó en doble fila, enfrente de la entrada principal del Turó Park. No salió del coche.

Unos minutos después, un Volkswagen Passat familiar azul oscuro paró detrás del automóvil de la Calva, que, entonces sí, salió del coche con una mochila en la mano. Se dirigió a la parte posterior del Passat, abrió el portón, dejó la mochila y cogió otra del mismo color. Cerró de nuevo el portón y, sin mirar al conductor del coche, volvió a subir al Opel y se fue por Tenor Viñas.

El conductor del Passat, que no había bajado del coche en ningún momento, arrancó y se fue Pau Casals abajo. Elvira dejó que pasaran un par de coches y lo siguió. Yo arranqué la Scoopy, me coloqué el casco y fui detrás de ella. En el semáforo de Francesc Macià paramos los tres y me situé al lado del Passat. El tipo que lo conducía tendría unos treinta y largos años, caucásico, pelo corto y gafas de sol. Uno de tantos.

Cuando el semáforo se puso en verde, el Volkswagen tomó la avenida Josep Tarradellas y bajó hasta llegar a la parada de taxis de la estación de Sants. Aparcó detrás de una furgoneta, de la que bajó un tipo con un mono de trabajo azul, con una mochila idéntica a la de la Calva pero de otro color. Abrió el portón trasero del Passat, la depositó allí y cogió otra. El Volkswagen arrancó y tomó la avenida de Roma en sentido Besòs. Siguió por València hasta el paseo de Sant Joan. Después giró a la derecha hasta Arc de Triomf. Paró y volvió a repetir el mismo ritual que había seguido con Raquel Gómez y el de la furgoneta. En este caso, el vehículo era un veterano Renault Clio de color blanco y la mochila la trasladó una mujer que por edad hubiera podido ser mi madre.

La operación se repitió cinco veces más en diferentes puntos de la Barceloneta, la Verneda, el Clot, el Eixample y Les Corts.

A partir de la Verneda había perdido a Elvira, el intenso tráfico de la ciudad no perdonó.

Cuando el Passat arrancó después del último intercambio en la confluencia de Diagonal con la avenida de Sarrià, siguió por la Diagonal en sentido Llobregat. Ahí me preocupé. Si la circulación era fluida y empezaba a encadenar semáforos en verde, lo iba a perder irremediabilmente. Y así sucedió. A pesar de que enrosqué a fondo el puño de la Scoopy, los setenta kilómetros por hora que alcanzó a marcar el

velocímetro se mostraron insuficientes para seguir al Volkswagen, que cada vez se iba haciendo más pequeño en el horizonte. Al final desapareció por completo. Eso sí, pude ver que enfilaba la autopista B-23, la que va en dirección Tarragona.

Pensé que tal vez había llegado el momento de pensar en cambiar de moto. De segunda mano, había visto motos gordas a precios razonables. Con un aparato de mayor potencia hubiera podido seguir al Passat sin problema. Y además me serviría para poder realizar alguna salida dominguera fuera de la ciudad. Aunque, pensándolo bien, tal vez fuera una temeridad. Mis habilidades para todo lo que fueran aparatos con ruedas eran tendiendo a pobres. Y si con la Scoopy había ido por el suelo en más de una ocasión, con una moto grande las posibilidades se multiplicaban hasta el infinito. Mejor dejar las cosas tal como estaban, la Scoopy era suficiente.

A todo eso eran ya las tres de la tarde, tenía el culo cuadrado, llevaba una eternidad sin fumar y la luz de reserva de gasolina se había encendido algunos kilómetros atrás.

Bajé de la Scoopy, encendí un cigarrillo y llamé a Elvira.

—¿Cómo te ha ido? —contestó.

—Mal, he perdido al Passat.

—Mierda.

—Pues sí. ¿Dónde estás?

—Tomando algo en el Bar Mut.

—¿Dónde está eso?

—En Pau Claris, tocando a Diagonal.

—Espera ahí, llego en diez minutos.

Terminé el cigarrillo y fui al encuentro de Elvira. Estaba sentada delante de una pequeña mesa tomando un refresco de cola. Me senté.

—Pensaba que los deportistas profesionales no tomabais bebidas azucaradas de estas —dije, señalando la cola.

—¿No fuiste tú el que una vez dijiste que las normas estaban para saltárselas de vez en cuando?

—¿Eso dije yo? No lo recuerdo, pero me parece una buena frase.

—¿Quieres tomar algo?

—Pues sí, me muero de hambre y de sed.

—Puedes pedir un variado de montaditos, están deliciosos.

—Me parece que a esta hora me parecerá todo estupendo.

Miré la carta que había sobre la mesa. Me lo hubiera comido todo, pero escogí unos huevos de gallina libre con *foie* y un platillo de morcilla. El olor de la morcilla me retrotraía directamente a mis tiempos de infancia en La Horra, a cenas alrededor de la chimenea, vaso de vino cosechero y amaneceres de frío intenso.

—¿Te pasa algo? —preguntó Elvira.

—No, nada. Estaba pensando.

—¿Qué pensabas?

—En el tío del Passat —mentí.

—Mañana podemos volver a por él, seguro que no se nos escapa.

—Eso espero, Elvira.

Devoré con rapidez la comida que me sirvieron y me tomé dos cafés. Después dije:

—Me voy, tengo que ir al gestor a arreglar algunos papeles del negocio. Mañana recógeme por casa a primera hora. Iremos los dos en el Altea.

La verdad es que lo del gestor no era cierto, pero la morcilla me había hecho decaer el ánimo. Me acordé de mis padres. De continuar con vida, ahora habrían pasado de los setenta y llevarían una vida relajada en el pueblo. Quizás tendrían un pequeño huerto, como la mayoría de los lugareños. Y un perro para que les hiciera compañía. En verano, los iría a ver. Acompañaría a mi padre a cazar o a tomar un clarete a alguno de aquellos bares para los que el tiempo se había detenido muchas décadas atrás. Y pasearía con mi madre con las luces del alba, como le gustaba a ella.

No pude reprimir, entonces, pensar en los padres de Jesús Conde. Lo mío, a su lado, era de risa. Ellos jamás vivirían en paz. La amargura sería para siempre su compañera de viaje. Nadie les aliviaría sus días de vejez. Y todo porque un día su hijo se cruzó conmigo.

Esa noche tocaba concierto en el Roxette. Siguiendo las indicaciones de mi amigo Mariscal, me las había apañado para contactar con un tipo del Ayuntamiento, que me había dado una licencia para programar conciertos *enchufados*. Eso sí, previo pago de dos mil euros y la garantía de barra libre para él y sus acompañantes siempre que se dejara caer por el bar. Seguramente no era el procedimiento más apropiado que debía seguir un *mosso d'esquadra*, pero el negocio era el negocio, al fin y al cabo.

—¿Quién viene hoy? —me preguntó David.

—Unos tíos que se llaman The Eighties. Hacen *covers* de los ochenta.

La verdad es que los ochenta, por lo que se refería al *rock and roll*, no habían dado para mucho. Más bien para poco. Y eso siendo magnánimo. Había sido una década marcada por subgéneros musicales como el techno-pop, el *reggae* o el heavy metal más mediocre. Aunque también, todo hay que decirlo, años donde nacieron gente como Green Day, Nirvana o REM.

Pero, en realidad, el *rock and roll* había comenzado a languidecer años atrás: hacia finales de los setenta, a los Stones y a los Led Zeppelin, las dos bandas más grandes de la historia, se les había acabado el fuelle. La partida de Mick Taylor, después de grabar el magnífico *It's Only Rock 'n' Roll*, fue el principio del viaje a ninguna parte para los Stones. Y la publicación del *Black and Blue*, ya con Ronnie Wood, la certificación de que aquello no daba para más. Y lo mismo pasó con la banda liderada por Jimmy Page y Robert Plant. Aunque estos fueron más honestos: después de la publicación de su octavo álbum de estudio, aprovecharon la muerte de John Bonham para deshacer el grupo para siempre. Algunos dicen que el punk fue el culpable de acabar con la época dorada de Stones y Led Zeppelin. Tal vez tengan razón. La irrupción espontánea de Ramones, The Clash o Sex Pistols devolvió, afortunadamente, al *rock and roll* aquella contundencia primitiva que nunca debió perder. Y frente a eso, las dos grandes bandas no supieron reaccionar.

—¿Son buenos esos The Eighties? —preguntó el aspirante a Lemmy.

—Mira, pregúntaselo a ese que viene. —Le señalé a un tipo que acababa de arrimarse a la barra—. Es el bajista y voz principal de la banda. ¿Es así, Gabi?

—Así es, amigos. The Eighties, el mejor grupo de versiones de canciones de los ochenta.

—¿Tenéis preparado algo de Motörhead? —le dijo David.

—Pues no, pero tenemos AC/DC para dar y tomar.

—Vale, pero no es lo mismo. Los Motörhead son mucho más cañeros que esos *puretas* de AC/DC.

—Muchacho —intercepté—, tampoco te pases. Los Motörhead están bien, pero para escuchar un par de temas; después todo suena más o menos igual.

—Estoy con lo que dice Tiki —apuntó Gabi—. Realmente es de admirar la caña que son capaces de meter con solo bajo, guitarra y batería, pero la base rítmica siempre es la misma.

—No estoy de acuerdo con vosotros.

—Vale, lo que tú digas —dije, para no eternizar la conversación—. Y ahora, ¿por qué no ayudas a Gabi y a sus amigos a montar el escenario?

—Ya voy, ya voy, pero que conste que no lo compro.

Cuando Gabi y el novio de Jessica se fueron, abrí un botellín de agua mineral y fui a cambiar de música. Cogí un cedé repleto de *rock and roll* que había preparado días atrás y empezó a sonar la voz de cazalla de Lee Brilleaux y su «Back in the Night». Luego aproveché para ir a fumar un par de cigarrillos a la calle.

Estuve a punto de tropezarme con una morena que pasaba por ahí. Era una mujer de esas que solo ves en las películas americanas, que nunca llegas a pensar que existan en la realidad. Esa sí existía. Alta, delgada, de pelo muy negro y exquisitos ojos azul claro. Un trueno.

—¿Vas al Roxette? —le dije, con mi sonrisa de las mejores ocasiones.

—¿Qué?

—¿Si vas a entrar en el bar? —Y le señalé la entrada del local.

—¿Me invitas?

—Claro. El dueño es amigo mío, le diré que te dé barra libre.

—¿Conoces al dueño? No me fiaría yo de tipos que tienen bares, suelen ser unos guarros.

—Este no, lo conozco bien.

En ese momento se abrió la puerta del Roxette y apareció la cabeza de Jessica.

—Jefe, ¿entras o qué? El bar se está llenando y no doy abasto.

—Voy —contesté, resignado.

—Vaya —dijo sonriendo la morena—, ¿seguro que no eres un guarro?

—¿En qué aspecto?

—Te lo digo con una copa en la mano.

Abrí la puerta a la morena para que entrara. Se sentó en un taburete en el rincón más cercano a la cabina de música. Le serví un *gin-tonic* mientras Gabi me indicaba con la mano, desde el escenario, que ya estaban preparados para empezar.

Apagué el cedé y los primeros acordes del «So Lonely» de The Police empezaron a llenar el Roxette. La voz de Gabi no era la del Sting de las mejores épocas, pero no distorsionaba en exceso.

Al cabo de un rato, cuando empezaba a sonar el «Just Like Heaven» de Robert Smith y los suyos, llegó el Sonrisas. Me saludó con la mano y se apoyó en la barra al lado de la morena.

—Vaya, Tiki —dijo, mirándola fijamente—, veo que hoy tienes clientela de primera categoría.

—¿Qué quieres tomar, Curto?

—¿Tú qué tomas, morena?

—Un *gin- tonic*.

—Pues yo tomaré otro. —Tenía los ojos enrojecidos, hablaba con cierta dificultad y apeataba a alcohol.

—Curto, ¿no será mejor que tomes algo sin alcohol?

—Vaya —contestó, sin dejar de mirar a la morena—, ¿tú crees que ahora los camareros tienen que aconsejar a los clientes qué es lo que pueden tomar? Venga, ponme un *gin- tonic* muy cargado, que hoy estoy que me salgo.

—Pues no te salgas tanto y ve con prudencia.

—Ahora resulta que tú me vas a dar clases de prudencia. El tío que se ha fundido toda la *farlopa* de Colombia en una noche...

—Eso es un golpe bajo.

La morena nos miró a los dos. No parecía entender gran cosa. Cogió su *gin- tonic*, se levantó y se fue hacia el escenario.

—¿Tú me vas a dar clases de lo que es un golpe bajo, cabrón? ¿Qué hacía ayer Elvira en tu casa? ¿Te la tiraste?

—Curto, yo no me tiré a nadie, ¿vale? Elvira me pidió venir a mi casa porque quería hablar conmigo. Y no pasó nada de lo que tengas que preocuparte.

—Sí, claro, y yo soy Rockefeller. Te conozco muy bien, Mercado, y sé perfectamente que si llevas a una tía a tu casa no es para otra cosa que para follar.

—Me molesta que pienses eso de mí. Elvira es una compañera de trabajo. Punto.

—No te creo.

—Piensa lo que quieras, estás en tu derecho. Y ahora es mejor que te vayas, no vamos a sacar nada en claro y quizás digamos cosas de las que mañana podamos arrepentirnos.

—No me voy, no me da la gana. Me quedaré aquí, tomándome los *gin- tonics* que quiera hasta que reviente.

—Lo que tú digas, es tu problema.

Le serví el *gin- tonic* a Curto y me fui al otro lado de la barra para atender a otros clientes. No era habitual verlo tan bebido. Tampoco nunca había estado desvariando como esa noche.

Mientras Gabi cantaba el «Come on Eileen» de los Dexys Midnight Runners, vi que la morena, junto al escenario, me miraba. Aquella boca parecía estar pidiendo a gritos que la mordiera. Le hice una señal para que se acercara a la barra de nuevo.

—¿Ya has acabado de discutir con tu amigo? —dijo al llegar.

—Eso espero. ¿Te está gustando el concierto?

—Sí, está bien, aunque no conozco ninguna canción.

—¿Quieres que les pida que canten algo que te guste?

Entonces, Jessica, que pasaba detrás de mí, me dio un empujón que no me pareció fortuito.

—Perdona, jefe —masculló.

—¿Por dónde íbamos? —le dije a la morena, intentando retomar la conversación.

—Lo de la música.

—Ah, sí. Pues eso, si quieres, les pido algo.

—No, no hace falta. Ya me va bien lo que está sonando.

Jessica, que volvía a pasar por detrás, volvió a empujarme, pero esta vez con volcado de cerveza incluido.

—Jefe, cuánto lo siento —dijo, sin esforzarse en mostrar preocupación alguna—. Te he dejado la camiseta empapada. Casi será mejor que vayas arriba a cambiártela, no sea que pilles un resfriado.

No quise decir nada, pero le dirigí una mirada furibunda. Como me estropeara el plan de la noche, la echaba a la calle. A ella y al idiota de su novio.

—Sí, será mejor que vaya.

Subí al almacén y me cambié la camiseta por una de publicidad de una marca de ginebra. Cuando bajé de nuevo, la morena continuaba en el mismo lugar. Me dirigí una sonrisa cómplice. Curto había desaparecido.

—¿Dónde está Curto? —le pregunté a Jessica.

—Acaba de irse, más borracho que una cuba.

—Mejor así.

El concierto terminó poco después. Aunque no pude prestarles la atención que quise, los Eighties habían sonado más que dignamente. La clientela se lo había pasado bien y había dejado buena recaudación. Una noche redonda. Y lo mejor aún estaba por llegar.

Cuando la banda de Gabi acabó de recoger sus bártulos, me afané en intentar que la gente fuera desfilando hacia la calle.

—Chicos —les dije a Jessica y a su novio, después de que se fuera el último cliente—, ya os podéis marchar. Hoy me encargaré yo de recoger.

—¿Te ayudará la tía esa? —A Jessica le salían chispas de los ojos.

—Es posible —zanjé.

Después de que Jessica y David se hubieron largado, me quedé solo con la morena. Frente a frente, sentados en sendos taburetes:

—¿Así que no eres un guarro?

—¿Yo? Para nada. Siempre he tenido especial cuidado con mi aseo personal.

—No hablo de eso.

—¿Ah, no?

—No. Hablo de sexo, guapetón.

—Aquí tal vez me cojas en un renuncio.

—Vale, eso me gusta. ¿Y tienes algo cerca donde practicar?

—Apenas a diez minutos andando. Déjame un minuto, voy arriba a cambiarme.

Me dirigí al piso de arriba subiendo los escalones de dos en dos. Mi corazón daba volteretas de júbilo. Tenía ante mí a una mujer de nivel superior dispuesta a cualquier cosa. Entré en el almacén, me quité la camiseta de propaganda y me coloqué una

camisa vaquera que tenía ahí guardada para las grandes ocasiones. Esta lo era.

Con una deliciosa inquietud recorriéndome el cuerpo, volví abajo. Me disponía a salvar el último peldaño cuando la vi: la morena tenía las manos metidas en la caja registradora.

—¿Qué coño haces? —le pregunté.

—Ah —dijo, sobresaltada—, perdona, estaba cambiando la calderilla.

—¿Me has tomado por gilipollas?

—No, no es lo que piensas.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué es? Anda, vete de aquí, antes de que me ponga de más mala leche.

—Guapo, ¿me estás acusando de algo?

De pronto, aquella mujer me había dejado de parecer un casi inalcanzable objeto de deseo y había pasado a convertirse en algo que quería perder de vista de inmediato. La noche acababa de torcerse irremediabilmente.

—No me busques las cosquillas. Lárgate y no vuelvas más.

La morena dejó los billetes en la caja y salió de la barra. Pasó delante de mí, me miró por encima del hombro y dijo:

—Eres un cretino, hubieras podido pasar la noche de tu vida y lo has estropeado todo. No pensaba cobrarte nada. Hoy no.

—Anda, vete a la mierda si no quieres tener más problemas.

—A mí no me amenaces, que llamo a la policía y te ponen firme. Mi novio es cabo de los Mossos d'Esquadra.

—Y yo sargento.

—Adiós, imbécil.

—Adiós.

Después de que la morena se largara, cerré el Roxette y me fui a casa. Me sentí jodido. No tanto por lo de la morena, que también, sino especialmente por el Sonrisas. Había estado tirante conmigo a pesar de que yo no le había dado motivo objetivo para ello. Pero lo entendía, a nadie le gusta que su novia pase la tarde de un domingo en casa de su mejor amigo, por mucho que este sea de fiar.

Esperaba que se le pasara pronto el enfado. Podía vivir en la más estricta soledad social sin que me importara un bledo, pero el cariño de los pocos amigos que tenía era algo de lo que no podía prescindir.

Al día siguiente regresamos a la intersección de Bori i Fontestà con Pau Casals. Más o menos a la misma hora que la vez anterior apareció la Calva con su Opel. Minutos después, el Passat familiar. Realizaron el intercambio de mochilas pertinente y el Volkswagen tiró Pau Casals abajo. Le dije a Elvira que dejara únicamente un auto entre él y nosotros. No quería volver a perderlo.

El Passat siguió exactamente igual recorrido que el día anterior, realizó las mismas paradas e intercambió mochilas con los idénticos contactos. Aproveché para anotar las matrículas de todos los vehículos.

Después del último intercambio, el Passat enfiló la ruta en dirección a la B-23 y lo seguimos. Dejamos atrás la salida de Sant Just Desvern y tomamos la A-2, dirección Lleida. El tipo del Volkswagen conducía con prudencia, siempre por el carril del medio, sin exceder en ningún momento la velocidad máxima permitida.

Al cabo de unos veintitantos minutos, después de dejar atrás Martorell, Abrera y Esparreguera, cuando ya se divisaba la inmensidad de las montañas de Montserrat, el Passat tomó el desvío de Collbató. Entró en la población, rodeó un hipermercado y atravesó la B-23 por debajo. Siguió por una carretera paralela a la autovía en sentido Barcelona y, unos centenares de metros después, torció a la derecha. Entró en un pequeño polígono industrial, cruzó un par de calles y se detuvo frente a una nave con el rótulo de TRANSPORTES GALLART. NACIONAL E INTERNACIONAL. La edificación era de dimensiones considerables, pude contar hasta nueve puertos de carga. El Passat se dirigió hasta el final de la nave y desapareció por una rampa de acceso para vehículos pequeños.

Le dije a Elvira que estacionara el Altea unas decenas de metros más allá, delante de una fila de coches aparcados.

—¿Y ahora qué hacemos? —se impacientó Elvira.

—Esperar, no nos queda otra.

Por suerte, no tuvimos que esperar demasiado. Apenas diez minutos después, el Passat asomaba de nuevo por donde había desaparecido. Tomó otra vez la B-23 y puso rumbo a Barcelona, siguiendo el mismo camino que a la ida.

Al llegar a Barcelona nos introdujimos en el denso tráfico de la Diagonal de las cinco de la tarde. Le dije a Elvira que estuviera al tanto, perderlo entonces hubiera sido otro día de trabajo desaprovechado. El Volkswagen tomó el lateral de la avenida y, a la altura de Gran Via de Carles III, torció a la derecha. Ahí fue cuando casi lo perdemos. El Passat había pasado el semáforo de la Diagonal en ámbar y el coche que llevábamos en medio paró.

—Tira, tira —la apremié.

Entonces, Elvira giró el volante hacia la izquierda, dio un zapatazo al pedal de

gas, esquivó por escasos centímetros al coche de delante y lo rebasó, justo en el momento que un guardia urbano nos daba el alto.

—¿Qué hago? —dijo, inquieta—. ¿Paro?

—Y una mierda. ¡Sigue!

Elvira obedeció. Giró a la derecha y siguió al Passat. A pocos metros, el Volkswagen torció a la derecha y tomó la rampa del garaje privado de CapitalBank. Hasta ahí habíamos llegado.

Le dije a Elvira que continuara hacia delante, pero en ese instante nos avanzó una escúter de la Urbana y nos hizo parar. Un pitufo bajó de la moto y le pidió la documentación a mi compañera.

—Señorita, ¿ya sabe que se ha saltado un semáforo en rojo después de realizar una maniobra brusca que casi le hace colisionar con el vehículo que tenía delante?

—Sí, agente, perdone. —Elvira le enseñó la placa—. Somos el sargento Mercado y la agente Sangenís. Estábamos persiguiendo a un automóvil sospechoso.

—Agente, esto no es Hollywood. Aquí no valen las carreritas de coches. A ver si por seguir a un sospechoso va a causar un accidente. Tiene que ir con más cuidado.

—Claro, agente, claro. Me sabe mal.

—Es que ya es suficientemente duro tener que controlar el tráfico de estas horas como para que encima los tengamos a ustedes jugando a películas.

El pitufo me estaba empezando a poner de los nervios. O tenía muy poco trabajo o era tonto. O las dos cosas. Abrí la puerta, bajé del coche y me dirigí hacia él.

—Chico, podrías dejar de dar por culo, ¿no te parece?

—¿Perdone? —contestó, como si no creyera lo que estaba oyendo.

—¿Por qué no vas a vigilar la grúa? Mi compañera ya te ha dicho que estábamos trabajando, así que súbete a la moto y lárgate de aquí.

—Pero ¿usted quién se ha creído que es?

—El sargento Eutiquio Mercado, de los Mossos d'Esquadra. Y tú un pitufo que no sabe sonarse los mocos.

—Esto es una falta de respeto intolerable, sargento. Informaré a mis superiores, téngalo por seguro.

El urbano se fue refunfuñando hacia la moto mientras yo volvía al Altea. Elvira no parecía especialmente contenta.

—Esto te va a traer problemas, Tiki. Y, si me lo permites, te diré que con razón.

—Te lo permito, agente.

—El urbano estaba haciendo su trabajo, como nosotros. Además, nos hubiera podido poner una multa y no lo ha hecho.

—Sí, quizás tengas razón.

—Yo creo que sí.

—Bien, será como tú dices —dije, dando por acabada la conversación—. Ahora ve hasta Francesc Macià y me dejás allí. Y averigua quién ha entrado en el garaje privado de CapitalBank a las cinco y seis minutos de la tarde.

Después de que Elvira me dejara en la esquina de Urgell con Francesc Macià, enfilé Diagonal abajo, procurando no ser atropellado por alguno de esos ciclistas cafres que piensan que el carril para las bicicletas es un velódromo. Encendí un cigarrillo mientras pensaba en el episodio del pitufo. Elvira tenía razón, mi comportamiento no había sido el adecuado, como en tantas otras ocasiones. Quise justificarme a mí mismo pensando en lo inútiles que en ocasiones llegaban a ser los urbanos. Pero, como bien decía Elvira, simplemente hacían su trabajo. Y yo no tenía por qué juzgarlo. No, no había estado bien.

Tiré el cigarrillo y encendí otro. Algún día tendría que dejarlo. Si había sido capaz de esquivar la coca y el alcohol, no debería serme difícil deshacerme del tabaco.

Volví a acordarme de la bolsita que tenía en mi mesilla de noche. Y aquel pensamiento me turbó.

A la mañana siguiente fui al encuentro de Elvira, que estaba tomando un café en su mesa. Tenía información sobre Ramírez.

—Es posible que se trate de Julián Ramírez García —dijo—, un mexicano originario de Morelia, en el estado de Michoacán de Ocampo, sobrino de Gerardo Ramírez Peña, uno de los grandes capos del cártel de Sinaloa. Tiene cuarenta años. Casado, tres hijos adolescentes. Es de origen muy humilde, parece ser que apenas sabe leer y escribir. Aun así, llegó a convertirse en un personaje de cierta relevancia dentro del narcotráfico mexicano. Allí lo apodaban *el Sierras*, imagino que ya habrás adivinado el porqué. La Interpol lo dio por desaparecido hace tres años. Puede ser que acabara asesinado como consecuencia de algún enfrentamiento con otros clanes rivales, pero no hay constancia. Es, o era, un tipo sanguinario. Cuentan que él mismo acabó con la vida de más de treinta campesinos cultivadores de coca que no quisieron ponerse de su parte.

—¿Los decapitó con una motosierra?

—Uno por uno.

—Tiene que ser él: México, la coca, la motosierra. Todo cuadra.

—Tengo una foto suya. Está borrosa, pero creo que puede servir.

La imagen, ciertamente, no tenía mucha calidad, pero en ella se podía ver a un tipo de tez morena, con el pelo corto rizado y bigote. La descripción encajaba con la que nos había dado la Calva. Me dieron ganas de escupir a la foto. Con toda probabilidad, aquel tipo borroso había sido el responsable de dejar a tres niños sin padre. Y de robarme una parte importante de mi vida.

—¿Estás bien, Tiki?

—Sí, Elvira.

Subí al despacho de Boira. Una estancia que quitaba el hipo de lo grande que era: una gran mesa de escritorio, otra inmensa para reuniones, dos sofás, estanterías repletas de libros e incluso un discreto mueble bar.

—Quién te hubiera dicho que llegarías a tener un despacho así...

—Son cosas del cargo, con menos haría lo mismo. A veces echo de menos el trabajo de calle.

—No me seas falso, Boira. A ti siempre te ha ido esto.

—No empecemos a discutir. ¿Cómo vamos?

—Avanzando. Borja Tintoré estaba metido en un asunto de drogas y parece que quiso pasarse de listo. Le cortaron las alas, como a su amigo Jesús Conde. Igual que a un tal Marc Mencheta, que había sido su camello.

—¿Sabemos quién hay detrás de todo esto?

—Todavía no, pero todo apunta a una banda de narcos que opera en la ciudad

desde hace unos meses. Distribuyen la coca a través de porteros de discoteca.

—Eso ya pasó con unos búlgaros en Madrid hace unos años, ¿recuerdas? En poco tiempo se hicieron con el control del tráfico de drogas. Era gente muy violenta, que no temblaban ante nada. Palizas, muertes, de todo. Al final pudieron con ellos.

—Pues algo similar puede estar ocurriendo aquí, ahora. Estamos detrás de un tal Julián Ramírez, que parece que pueda ser uno de los capos de la organización.

—Bien, bien. A ver si terminamos pronto.

—Eso espero yo también, ya tengo ganas de volver a mi casa.

—¿Todo bien con Carreras? ¿Y con la agente esa que me pediste?

—Todo bien. Con todos.

—¿Y tú? ¿Cómo estás después de lo del otro día?

—Bueno, ahí estamos.

—No parece esta una respuesta muy convincente. Tiki, por lo que más quieras, ve con cuidado.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Siempre lo he hecho.

—Claro, como cuando me utilizaste con lo del caso Canals. ¿O es que no te acuerdas?

—Eso es agua pasada. No remuevas la mierda, por favor. ¿Por qué no vienes a cenar a casa algún día? Isabel siempre me pregunta por ti.

—Miraré a ver. Te llamo.

—Se lo diré a Isabel, se va a poner contenta.

—Tu mujer es un encanto. Dale un beso de mi parte.

—Así lo haré. La pelota está, ahora, en tu tejado. Y, por favor, modera tus impulsos, no se puede repetir lo de ayer con la Urbana.

La conversación ya no daba para más, así que me fui. Quizás sí tendría que ir algún día a cenar a casa de Boira, aunque me diera pereza por él. Isabel era un lujo de mujer y no tenía ninguna culpa de que su marido se hubiera convertido en el más alto cargo de la Policía de Catalunya, más preocupado por su carrera que por otra cosa. En fin, ahora lo que me preocupaba y ocupaba era acabar con tanta muerte sinrazón. Estábamos en la pista buena y el siguiente paso era identificar al conductor del Passat. Él nos llevaría a Ramírez.

Al salir del despacho de Boira volví al piso de abajo. Elvira me esperaba.

—Ya sé quién entró en el garaje privado de CapitalBank a las cinco y seis de la tarde del día de ayer.

—Muy bien.

—Pero no veas cómo me ha costado.

—¿Y eso?

—Esa gente de CapitalBank parece que sean de una raza superior.

—Suele suceder con los banqueros. Se creen que el dinero lo fabrican ellos y no dejan de ser más que un hatajo de chupatintas.

—Tuve que pasar una infinidad de filtros. Finalmente me pasaron con una tal Marta Martín, del departamento de Recursos Humanos. Me dijo que esa información no me la podía dar, que necesitaba autorización de no sé quién narices.

—¿Y qué hiciste?

—Yo, nada. El subinspector Carreras me estaba escuchando y, al ver cómo me toreaban, me quitó el teléfono de la mano y se encerró en su despacho. No sé qué es lo que habló con la de Recursos Humanos, pero cuando me devolvió el aparato, la chica estaba suave que daba gusto.

—Cuando quiere, el jefe es expeditivo. Bueno, cuéntame.

—El hombre del Volkswagen Passat se llama Víctor Recoder y hace algo más de un año que trabaja en CapitalBank, en el departamento de Inversiones Internacionales. Treinta años, casado y con dos niños pequeños. Antes era camarero en un restaurante del Born.

—¿Y qué hace un camarero en el departamento de inversiones de un banco?

—Eso mismo me pregunté yo.

—¿Antecedentes penales?

—Ninguno.

—¿Sabes quién es el jefe del departamento donde trabaja Recoder?

—Un tal Ramon Campo.

—Bien. Coge tus cosas, nos vamos. Interceptaremos a Recoder antes de que entre en el garaje de CapitalBank.

Elvira cogió la chaqueta y el bolso y me siguió camino de la puerta de salida. En ese instante entraba Carlos Carreras.

—¿Adónde va la parejita feliz? —dijo.

—A ver qué nos cuenta el mensajero.

—¿Qué mensajero?

—Víctor Recoder —terció Elvira—, subinspector, el empleado por el que preguntamos ayer en CapitalBank.

—Chicos, me temo que llegáis tarde.

—¿Por? —le pedí.

—Me acaban de informar que han encontrado a un tal Víctor Recoder, trabajador de CapitalBank, reventado en un descampado de la Verneda. Imagino que no debe de haber muchos Víctor Recoder en CapitalBank, ¿verdad?

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Elvira.

—Lo han molido a palos con un bate de béisbol o algo parecido.

—Joder, otro más —dije, quejumbroso.

—Dos hijos pequeños... —suspiró Elvira.

—Agente —respondió Carreras—, él se lo debe de haber buscado. En esta vida hay que escoger muy bien las compañías y procurar no ser demasiado ambicioso. Chicos, os dejo, tengo una reunión.

Carreras desapareció. Elvira se quedó cabizbaja. Yo también. Bajo la imagen de

la Barcelona moderna y cosmopolita, se escondía demasiado a menudo un mundo de cloacas, turbio y descorazonador. Y mi trabajo consistía en estar en primera fila de tan tétrico espectáculo.

Ahora nos tocaba averiguar el papel que había jugado en aquello Víctor Recoder, un imbécil que había dejado a una viuda y a dos pequeños sin padre.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo la agente Sangenís.

—Nos vamos a la Verneda.

Dejamos el Altea en la esquina de Ramon Llull con Neus Català, detrás de tres coches patrulla. Dos auxiliares del SEM estaban transportando hacia la ambulancia una camilla con un cuerpo tapado. Detrás, una mujer seguía como una autómatas a la comitiva. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Más allá del perímetro policial, decenas de curiosos intentaban ver qué sucedía. Me dirigí a Piedra, el cabo que estaba al mando del operativo.

—¿Qué ha sucedido, Piedra?

—Al hombre le reventaron la cabeza con ese palo de ahí. —Y señaló una barra de metal que sostenía una agente de la Científica—. Luego le clavaron una docena de puñaladas en el abdomen y la espalda.

—¿Algún testigo?

—Estamos en ello, aunque no será fácil. La muerte se ha producido en plena noche, en una zona muy poco transitada.

—¿Esa es su esposa? —preguntó Elvira, mirando a la mujer que iba detrás de la camilla.

—Sí, no sé por qué la han hecho venir. Se hubiera ahorrado un mal trago.

—Era su marido...

—¿Y qué, Elvira? —replicó Piedra—. El tío ya está muerto, no se puede hacer nada por él. Mejor verlo después de que lo arreglaran un poco. La visión de un cuerpo en semejante estado dura muchos días en el cerebro. Si además es alguien cercano, o muy cercano, como es el caso, ni te cuento.

En aquel momento vi que Curto se aproximaba.

—¿Qué ha sucedido?

—Bernat —se avanzó a decir Elvira—, ¿qué haces aquí?

—Carreras me ha dicho que se había producido otro asesinato.

—Pero tú no trabajas en este caso.

—Ya, pero he venido a ver si podía echar una mano.

—Pues a mí me da la sensación de que nos estás siguiendo —replicó ella.

—Y si es así, ¿hay algún problema?

—Sí, claro que lo hay. En primer lugar, no tienes por qué meterte en un caso que no es de tu incumbencia, y luego, me disgusta profundamente que me estés vigilando a todas horas. Déjame en paz, ¿quieres?

—Bueno —intervine—, dejémoslo aquí, si os parece.

—Tú, sabelotodo —dijo Curto—, ¿te importaría no meterte en nuestras conversaciones?

—Vale, Bernat —se interpuso Elvira—, no seas quisquilloso.

—Soy lo que me da la gana, ¿vale?

—A mí no me hables así.

—¿Y cómo quieres que te hable?

—Con respeto, Bernat, con mucho respeto —dijo ella, alzando la voz—. A mí no me chilla ni mi padre, ¿me oyes?

Mientras Piedra asistía desconcertado a la discusión, cogió a Elvira por el brazo y me la llevé en dirección donde estaba la mujer de Recoder. Curto dio media vuelta y se fue con los de la Científica.

Le dimos el pésame a la mujer del muerto y nos presentamos.

—Era un final esperado —dijo, cabizbaja.

—¿Por qué? —intenté saber.

—La vida que llevaba, la mala compañía.

—Explíquese —dijo Elvira.

—Mi marido era un buen hombre. Durante muchos años trabajó de camarero en diferentes locales de la ciudad. Hasta entonces llevábamos una vida austera pero digna. Creo que éramos felices. Todo cambió cuando entró a trabajar con su tío en el banco. Se compró un coche descapotable y una moto grande. Y le dio por el juego. Entre semana, más o menos, se comportaba, pero al llegar el fin de semana desaparecía. Se gastaba lo que tenía y lo que no tenía. Yo se lo advertí en muchas ocasiones, pero jamás me hizo caso, siempre me decía que no era otra cosa que un pasatiempo, que necesitaba desconectar. Pero era más que eso, era una adicción que no controlaba. Como el que toma drogas y cree que es dueño de la situación. No sé si me explico.

—Perfectamente —respondí.

—Y miren cómo ha acabado. Supongo que atrapado en alguna deuda que no pudo pagar.

—¿Tiene idea de dónde jugaba y con quién?

—No, nunca me contó nada. Pero pregunten a su tío, él quizás les diga cosas que yo no sé.

—¿Cómo se llama su tío?

—Ramon Campo.

Después de darle las gracias por su tiempo, dejamos a la mujer con su dolor y nos fuimos a un aparte.

—Ramon Campo —dijo Elvira—. Tío y jefe de Víctor Recoder.

—Bingo.

Llevaba algunos días dándole vueltas a lo de Albertí. El asunto cada vez me cuadraba menos y el policía que llevaba dentro me empujaba a saber más, así que llamé al número de teléfono que la latina de rasgos orientales me había dado y le pedí que me diera la dirección de su casa para ir a verla.

Cuando llegué y vi la morada donde Albertí se divertiera en sus aventuras extraconyugales, terminé de convencerme. Aquello no era un discreto apartamento, era un señor ático de dos plantas y una terraza inmensa con vistas al Mediterráneo. Y para pagar el alquiler de semejante residencia hacía falta mucho dinero.

La exnovia de Quim me recibió con exagerada calidez. Tenía el pelo mojado y llevaba puesto un albornoz atado por la cintura. Enseñaba un generoso escote e iba descalza.

Me invitó a sentarme en una silla en la terraza. Ella se sentó enfrente, demasiado cerca de mí. Cruzó las piernas y se mesó el cabello.

—Así que te lo has repensado —dijo.

—¿El qué?

—¿Te apetece estar conmigo? —disparó, mientras colocaba su pie desnudo encima de mi tobillo.

—Me apetece que me quites el pie de encima.

La latina lo apartó lentamente, pero no se molestó. Seguramente llevaba mucho tiempo jugando a eso.

—No te enfades, Tiki. Entiendo que si has venido hasta aquí, será por algo especial. ¿O me equivoco?

—No te equivocas. Por cierto, no me dijiste cómo te llamabas.

—Puedes llamarme Diana. ¿Te gusta?

—Ni me gusta ni me deja de gustar. Me da igual cómo te llames. Y sí, he venido aquí por algo especial. Algo en lo que tú me vas a ayudar con todas tus ganas. ¿Oyes? Todas tus ganas, porque si no lo haces así, me voy a enfadar y eso te puede costar caro. No sé si me explico bien.

—Perfectamente —replicó la tal Diana, que cambió de semblante.

—Dime, ¿de dónde sacaba Quim el dinero para pagar todo esto?

—No lo sé, no tengo ni idea.

—Igual no me he explicado con suficiente claridad. Vuelvo a preguntártelo: ¿cómo hacía Quim para mantenerte?

—No tengo ni idea —repitió, con sonrisa maliciosa, volviendo a la carga—, pero, si quieres, podemos pasar un buen rato en la cama que tengo arriba. Te garantizo que no te vas a arrepentir.

Entonces puso de nuevo su pie sobre mi tobillo mientras el escote del albornoz

tomaba cada vez proporciones más notables. La verdad es que no me extrañaba que Albertí cayera prendido en las redes de aquella mujer. Además de hermosa, sabía ejecutar su papel a la perfección.

—Déjate de juegos, muchacha. Conmigo no te valdrán.

—No me dirás que eres una mariquita chupapollas. No tienes el aspecto.

—Lo que sea o deje de ser no te interesa. Quiero que me cuentes cosas de Albertí. Cuándo venía, cuánto dinero te daba, de dónde lo sacaba...

—¿De verdad que no quieres que antes pasemos un rato juntos? —Se desabrochó completamente el albornoz y dejó a la vista unos pechos que rozaban la perfección—. No te voy a cobrar un duro y lo vamos a pasar bien, ya verás.

Un tumulto estaba empezando a organizarse en mi entrepierna. De seguir por ese camino, tardaría poco en tener un problema de espacio.

—Tápate y responde a lo que te pido. Imagino que no querrás que diga a ciertos compañeros míos que conozco a una muchacha muy linda que no tiene papeles...

Aquello pareció surtir efecto. La sonrisa de la chica desapareció de golpe y se tapó con el albornoz hasta el cuello.

—Vale, tú ganas, madero.

—Buena chica. ¿Cada cuánto venía Quim?

—Depende, pero generalmente entre semana. Varias veces. Solía llegar a media tarde y se iba antes de la hora de cenar. A veces echábamos un polvo y a veces hablábamos.

—¿De qué hablabais?

—Yo qué sé... de todo. De la familia, el trabajo... y cosas de esas.

—¿Qué te contaba del trabajo?

—Pues que era un policía que se dedicaba a perseguir a los malos.

—¿No dormía aquí?

—Nunca.

—¿Cuánto dinero te daba?

—Él corría con el alquiler y los gastos del apartamento, y además me daba mil euros a la semana.

—Pocos polvos en tu vida los habrás cobrado tan bien.

—¿Y qué, madero? Si alguien los paga, ¿por qué no tengo que aceptarlos? Además, en la cama soy muy buena.

—¿Seguro que no sabes de dónde sacaba la pasta?

—Ni puta idea.

—Vamos, con tantas tardes de charlas, alguna cosa te contaría.

—Ya te he dicho que no.

—Mira, Diana, no me gusta tener que recordarte lo de los papeles, ya sabes...

—Eres un cerdo, madero. Te abro las puertas de mi casa, te ofrezco un polvo gratis y encima me amenazas.

—Haz memoria, se me van a acabar las buenas formas.

—Vale, vale, no te enfades. A ver, Quim siempre decía que los sueldos de los policías eran una mierda y que o te espabilabas haciendo otras cosas o no llegabas a fin de mes.

—¿Hablabas con alguien por teléfono mientras estaba contigo?

—Habitualmente no. Cuando llegaba, acostumbraba a poner el móvil en silencio hasta que se iba.

—Diana, ya sé que tú y yo no hemos empezado con muy buen pie, pero necesito averiguar de dónde sacaba tanto dinero. Y tú me tienes que ayudar.

—¿Y con eso qué vas a conseguir? En mi país siempre dicen que es mejor no remover la mierda de los muertos, no lleva a ningún sitio y en cambio produce mal olor.

—Puede que tengas razón, pero Quim era amigo mío y quiero saber qué hay detrás de todo esto. Llámame si recuerdas cualquier cosa, todo me sirve.

Le dejé una tarjeta y me fui en dirección a la puerta. Antes de salir me giré con disimulo, no quería marcharme sin antes haberle echado un último repaso visual a aquella maravilla de mujer. La latina se percató enseguida. Sonrió con malicia.

—Madero, si cambias de opinión, te estaré esperando.

—Descuida —contesté, marchándome a toda prisa antes de perder la cabeza.

No hizo falta tener que ir a ver a Ramon Campo a su despacho de CapitalBank, él mismo vino a buscarnos. Al día siguiente de la aparición del cadáver de Recoder, antes de las ocho de la mañana, se presentó en la comisaría de Les Corts preguntando quién llevaba la investigación por la muerte de su sobrino. De allí llamaron a Carreras, que fue quien me avisó. Luego telefoneé a Elvira para que fuera directamente a la comisaría.

Al llegar, aparqué la Scoopy justo delante de la puerta de acceso. Bajé de la moto y me quité el casco. En ese momento se me acercó un agente joven. Me dijo que allí no se podía aparcar.

—Soy el sargento Mercado, de la División de Investigación Criminal.

—¿Puede identificarse, por favor?

—Chico, estoy aquí por trabajo y llego tarde. Si quieres, me puedes vigilar la moto hasta que vuelva.

—Repito, ¿puede identificarse, por favor? —insistió el agente, nervioso.

—Ya te lo he dicho, me están esperando ahí dentro para un asunto importante.

—Si no se identifica, tendré que detenerle.

Mala suerte. Había topado con uno de esos recién graduados que seguían al pie de la letra todos los protocolos habidos y por haber. Suerte que en aquel momento pasó por allí Aparicio, un cabo con el que había trabajado tiempo atrás. Se me acercó y me dio un fuerte abrazo.

—Mercado —dijo, efusivo—, tú por aquí. ¿A qué se debe tal honor?

—Ya ves, Aparicio, cosas de trabajo. ¿Cómo te va?

—Vamos tirando. Con la que está cayendo por todas partes, no me puedo quejar.

—Me alegro. ¿Te casaste al final con aquella rubia de ojos verdes?

—No, qué va. Me dejó. Me dijo que me quería mucho, pero que se iba con otro. ¿Y tú? Debes de ser, por lo menos, inspector.

—Nada de eso, Aparicio. Continúo de sargento, pateándome las calles como he hecho siempre...

Entonces vi que llegaba Elvira, así que me despedí de Aparicio. El agente, que ya había entendido que no suponía ningún peligro para la seguridad de la comisaría, aceptó que dejara la Scoopy aparcada allí y siguió con lo suyo.

—¿Y cómo es que Campo ha venido hasta aquí? —saludó Elvira.

—Ahora nos lo explicará. Venga, vamos, tengo muchas ganas de hablar con él.

Ramon Campo estaba sentado frente a una mesa, en una de las salas de espera de la comisaría. Vestía un elegante traje gris marengo, camisa azul cielo y una sobria corbata de tonos oscuros. Con los codos apoyados sobre la mesa, sostenía la cabeza entre sus manos.

—Señor Campo, soy el sargento Mercado, el responsable de la investigación de la muerte de su sobrino. Mi compañera, la agente Sangenís.

—Mucho gusto —dijo, levantando la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y su semblante denotaba fatiga.

—¿Qué quería decirnos?

Campo se tomó su tiempo. Se pasó la mano por la cara varias veces y se rascó la nuca. Estaba agobiado. Nos miró a Elvira y a mí. Resopló. Parecía tener que armarse de valor para lo que nos iba a decir. Al final lo soltó:

—Creo que soy culpable de haber provocado la muerte de mi sobrino.

Elvira fue a decir algo, pero le hice una seña para que esperara. Al cabo de unos segundos, Campo continuó:

—Vengo a contarles todo lo que sé. Graben lo que quieran, no quiero ningún abogado, y después pueden hacer conmigo lo que les dé la gana. Ahora mismo, me da todo igual.

—Cuenta —dije.

—Colaboro con una organización dedicada al tráfico de drogas.

—¿Desde cuándo?

—Hará unos once o doce meses.

—¿Quién integra la organización?

—No lo sé con certeza. Yo solo me ocupo de recibir el dinero y de blanquearlo.

—¿Quién lo contrató? —intervino Elvira.

—Joan Gallart.

—¿El de la empresa de transportes? —quise saber.

—Ese mismo.

—¿Quién mató a su sobrino?

—Desconozco quién fue el autor material. Gallart debe de saberlo. Yo lo avisé de que ustedes se habían interesado por Víctor. Me lo dijeron de Recursos Humanos.

—¿Conoce a un tal Julián Ramírez?

—No me suena ese nombre. ¿Debería conocerlo?

—Puede ser el cabecilla de la organización.

—Ya les he dicho que yo solo me ocupaba de limpiar el dinero. Mi único contacto era Gallart. Tampoco quise saber más.

—¿Cuánto le pagan? —preguntó Elvira.

—Tres mil a la semana. En negro, claro.

—¿De qué conoce a Gallart?

—Me llamó un día al banco. Fue directamente al grano. Me dijo que sabía de mí que era un experto en blanqueo de capitales. No sé, alguien se lo debió de decir, pero no me dijo quién. Tampoco se lo pregunté. Me ofreció colaborar con él.

—Explíquenos eso del blanqueo de dinero —dije.

—Se trata de transformar activos procedentes de actividades ilícitas para que se puedan mover por el sistema financiero legal, así de simple. Se transfiere dinero a

todos los lugares del mundo, se compran y venden productos de inversión y se realizan transacciones comerciales ficticias con otros bancos e instituciones. Básicamente, es cuestión de que el dinero se mueva de un sitio a otro muy rápidamente con el fin de que sea muy difícil seguir su rastro. Una vez el dinero está blanqueado, ya se puede hacer con él lo que se quiera.

—Muy instructivo —convine.

—Reconozco que es una vergüenza —admitió Campo.

—Pensaba que CapitalBank era un banco serio —apunté.

—Pues ya ve que no. Dudo que haya ninguno que lo sea. Por definición, todos los bancos son corruptos. Todos. ¿Le suena el nombre de HSBC?

—No —contesté.

—El HSBC es uno de los mayores bancos del mundo. Durante años fue la puerta de entrada al sistema financiero de los Estados Unidos. Criminales de todo el mundo utilizaron sus servicios para lavar dinero procedente tanto del narcotráfico como de operaciones terroristas. Se saltaron todas las regulaciones del Gobierno norteamericano. Si eso lo hace un banco como el HSBC, imaginen qué no harán otros bancos de menor calado.

—Usted ha hecho en CapitalBank lo mismo que el banco ese que dice.

—Sí, señor. Igual, aunque a menor escala. Soy un estúpido que por cuatro duros ha echado su vida a perder.

—Y la de su sobrino —apuntó Elvira.

—Y la de mi sobrino —repitió Campo como un autómatas—. Yo lo metí en esto.

—Víctor Recoder hacía de mensajero —dije—. Repartía la droga y recaudaba el dinero. ¿Conoce usted a la gente con la que se veía? ¿Sabe sus nombres?

—No. De eso se encargaba Gallart. Él le decía qué debía hacer y cuándo.

—¿Quién más estaba al tanto en el banco? —preguntó Elvira.

—Solo yo. Mi cargo tiene las atribuciones necesarias para no tener que dar excesivas explicaciones a nadie.

—¿Y dónde va a parar finalmente el dinero negro? —incidí.

—A varias sociedades radicadas en las Islas Caimán.

—¿Quién está detrás de esas sociedades? —remachó Elvira.

—No tengo ni idea. A mí Gallart me indicó las cuentas que finalmente debían recibir el dinero. No sé nada más, se lo prometo.

—Necesitaremos ver el nombre de esas sociedades —le exigí, con firmeza.

—Claro, en mi despacho tengo una Moleskine donde están anotados todos los movimientos del dinero blanqueado.

—Muy bien. Hoy pasará la noche en comisaría a la espera de lo que diga el juez. Mañana lo acompañaremos a la sede del banco a recoger la documentación.

—Lo que ustedes digan —contestó un Ramon Campo hundido.

—Una última pregunta, Campo: usted es una persona que goza de una posición profesional más que envidiable. Imagino que no debe de tener que pasar excesivas

penurias económicas. Entonces, ¿qué lleva a un hombre como usted a meterse en un lío como este?

—El dinero, sargento. Nunca tienes suficiente.

Al salir de la comisaría de Les Corts, llamé a la Calva.

—¿Alguna novedad, Raquel?

—Sí —dijo—, ayer me comentó Eduardo que de momento no hacían falta más recados, que ya me avisaría dentro de unos días para reemprender el asunto. Imagino que no sospecharán de mí, ¿no? Tengo miedo.

—No temas. Es solo que el tío del Passat ha causado baja. Supongo que cuando haya sustituto te avisarán. Mientras tanto, tú sigue como si nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tiki...

—¿Sí?

—Cuando todo esto termine, podríamos quedar algún día para tomar algo.

—Claro, yo te llamo —contesté, evasivo.

Ahora tocaba ir a por Gallart. Sin perder tiempo. Acompañé a Elvira a buscar el Altea y pusimos rumbo a Collbató.

Campo había dejado claro que Gallart era el que manejaba la organización. Él solo era el peón del entramado que blanqueaba el dinero sucio. Ahora bien, ¿dónde encajaba Julián Ramírez en todo esto? ¿Era alguien al servicio de Gallart? ¿O tal vez era al revés? Teníamos que llegar a Collbató cuanto antes.

—¿No corre más este trasto? —le dije a Elvira.

—Claro que sí, pero si voy más deprisa me echas la bronca.

—Hoy haremos una excepción. Dale más caña.

Con una amplia sonrisa por contestación, Elvira apretó a fondo el pedal del acelerador.

Aproveché para llamar a Carreras. Le dije que necesitábamos refuerzos y una orden judicial para registrar la nave industrial de la empresa de transportes.

Cuando llegamos, paramos en la gasolinera contigua al hipermercado de la entrada de la población. Mientras Elvira se ocupaba de reponer combustible en el Altea, me aparté unos metros a fumar un pitillo. Noté una punzada de inquietud. Íbamos a entrar en la fase decisiva de la investigación, mi trabajo estaba llegando a su fin. Estaba cerca de descubrir quién había asesinado a Quim. Iría a ver a Naraia y le diría que el que se había cargado a su marido dormiría entre rejas durante mucho tiempo. Y podría mirar a sus hijos con la tranquilidad de quien ha hecho todo lo que está en su mano para que la memoria de su padre descansa en paz. Apagué el cigarrillo y me fui hacia el coche.

Estaba abriendo la puerta cuando pasó por mi lado un monovolumen de esos que parecen más furgoneta de reparto con asientos traseros que coche para personas normales. Lo conducía un tipo de treinta y tantos años, pelo negro rizado y barba cuidada. Llevaba una camiseta roja con el dibujo de una pistola. Me miró y sonrió.

Parecía como si me conociera de toda la vida. Pero a mí su cara no me sonaba de nada, así que desvié la mirada y me metí en el Altea. Quizás el tipo me había confundido con alguien. O tal vez estuviera medio loco. A saber.

Elvira arrancó y nos dirigimos a la empresa de Gallart. Estacionamos el auto delante de la puerta principal y entramos.

—¿Qué desean? —nos preguntó una espigada joven.

—Venimos a ver al señor Joan Gallart —le informó Elvira.

—¿Tienen cita concertada?

—No, pero le puede decir que están aquí los Mossos d'Esquadra y quieren hablar con él.

La joven pareció impresionada. Nos dijo que esperáramos un momento y desapareció por una puerta situada a sus espaldas. Al cabo de medio minuto volvió, acompañada de un hombre cercano a los sesenta. Se le veía inquieto.

—Soy Joan Gallart —dijo con sonrisa nerviosa—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Ella es la agente Sangenis. Yo, el sargento Mercado. ¿Podemos hablar con usted?

—¿Pasa algo, sargento?

—No me diga que no sabe por qué estamos aquí. ¿Se lo cuento aquí, en el vestíbulo, o prefiere algo más discreto?

—Claro, claro, acompáñenme —contestó—. Utilizaremos una de las salas de reuniones que tenemos aquí abajo.

Nos guio hasta una pequeña estancia, en la que había una mesa y cuatro sillas.

—Ustedes dirán —dijo, después de sentarse.

—Es usted sospechoso de pertenecer a una banda criminal que trafica con drogas —le expliqué—. En pocos minutos llegarán compañeros con una orden judicial para registrar la empresa.

—Ya, sabía que esto acabaría mal.

—Pues sí, ha acabado mal para usted. Y puede acabar peor.

El hombre no respondió. Colocó las manos encima de la mesa y suspiró. Parecía estar meditando qué papel adoptar. Tenía una mirada que me pareció inteligente.

—Gallart —continuó—, está metido en un buen lío. Ramon Campo ha confesado que él era el encargado de blanquear el dinero proveniente de la venta de la cocaína. Y que usted le daba las instrucciones precisas de lo que debía hacer. Eso solo ya es motivo para que pase una buena temporada en prisión. Además, ha habido muchas muertes. Y queremos llegar al fondo de todo.

—Yo no he matado a nadie, se lo juro.

—Me parece usted un hombre lúcido. Por favor, no me defraude. Tiene dos opciones. Solo dos. Si nos ayuda en la investigación, le garantizo que el juez que le toque será benévolo con usted. ¿Sabe? En la cárcel el tiempo pasa muy despacio. Y con la edad que tiene usted, quizás cuando salga lo haga en silla de ruedas. O con los

pies por delante. No le quiero engañar, a la cárcel irá seguro, pero de usted depende el tiempo que quiera pasar allí. Sea práctico.

—Colaboraré —contestó al cabo de unos segundos.

—Bien, empecemos: ¿quién es Julián Ramírez?

—Un tipo al que conocí hará poco más de un año. Nos presentaron en un club donde se organizan partidas de póquer.

—Siga —lo apremié.

—Al principio no teníamos ninguna relación más allá del juego, pero a medida que fueron pasando los días empezamos a intimar. Un día me dijo de vernos en otro lugar, quería hablarme de un negocio. Yo ya le había contado a qué me dedicaba, por lo que supongo que mi perfil le encajaba con lo que necesitaba. Así que un día vino a verme aquí y me propuso colaborar en una red de tráfico de drogas. En un primer momento le dije que yo no quería saber nada de esas cosas, que era un empresario honesto y no quería problemas. Pero él insistió, me aseguró que se iba a ocupar de todo y que el riesgo era nulo. Yo tan solo tenía que preocuparme de contactar con la persona encargada de blanquear el dinero y de reclutar a un mensajero que repartiera la mercancía y recogiera la recaudación. Del resto de cosas se encargaba él. Me pareció todo muy fácil. Dinero rápido y abundante a cambio de casi nada.

—¿Qué era el resto de cosas?

—Por una parte, el aprovisionamiento de la droga. Tengo varios camiones que cada día parten de Algeciras rumbo a diferentes destinos de Europa. Ramírez se encargaría de colocar la droga en los vehículos. Una vez llegaran aquí, solo haría falta traspasar la mercancía al coche del mensajero para que la distribuyera al por menor. Y es lo que hemos hecho durante meses, cada día.

—¿Conocía usted a Ramon Campo antes de empezar con todo esto?

—No. Fue Ramírez quien me dijo que me pusiera en contacto con él. Al parecer, sabía que era un hombre que fácilmente colaboraría con nosotros. A cambio de dinero, claro. Luego, Campo me propuso a su sobrino para realizar el reparto.

—Sobrino que ya no está con nosotros —apuntó Elvira.

—Sí, me he enterado. Pero, créanme, yo no soy culpable de la muerte de nadie.

—Sin embargo —insistió Elvira—, se debe de haber enterado de todas las muertes que se han producido gracias a su lucrativo negocio: Borja Tintoré, Jesús Conde, Marc Mencheta, Víctor Recoder. También la del sargento de los Mossos, Joaquim Albertí. ¿No tiene pesadillas?

—Sí que las tengo, claro. No soy una bestia.

—Claro —respondí—, pero mientras el dinero iba llegando a sus bolsillos, miraba a otra parte. Me da usted asco, Gallart. Si no fuera por la institución a la que represento, le daría ahora mismo tantas hostias que no se iba a reconocer usted mismo en años. ¿Sabe cuánta desolación ha dejado? Niños sin padre, mujeres sin marido, padres sin hijo. ¿Vale la pena todo eso por un puñado de euros? ¡Dígamelo!

—Supongo que no —musitó Gallart.

—¿Cómo dice? —dije, elevando la voz—. ¡No le oigo!

—No, claro que no...

—¡Más fuerte, imbécil! —grité.

Elvira, viendo que me estaba ofuscando por momentos, intervino:

—¿Qué participación tenía usted?

—Depende de las ventas. Unos cien mil euros al mes, más o menos.

—¿De quién son las cuentas a las que Ramon Campo hace las transferencias?

—No lo sé. Me las dio Ramírez.

—¿Cómo contacta con él? —pregunté, ya más sereno.

—De ninguna manera. Es él quien me llama, cada vez desde un teléfono distinto.

Tampoco sé dónde vive.

—Pero se ven en el club donde juegan a cartas —apuntó Elvira.

—Ahora ya no. Por prudencia, decidimos que era mejor que yo dejara de asistir a las partidas.

—¿Qué club es ese? —le exigí.

—El Club de Fumadores de Habanos. Está en los bajos de un estanco, en el paseo de la Bonanova, en Barcelona.

—¿Qué día son las partidas de póquer? ¿Y a qué hora?

—Siempre son los viernes. Suelen empezar hacia las diez de la noche y se alargan hasta la madrugada.

Me levanté y abandoné la sala. No quería permanecer más tiempo en el mismo sitio que una mierda como Gallart. Además, ya tenía la certeza de lo que realmente me interesaba: Julián Ramírez era el cabecilla de la banda de narcotraficantes. Y eso lo convertía en el responsable de la muerte de Albertí. Y de la de Conde.

—Estáis haciendo un buen trabajo, chicos —dijo Carreras, sentado detrás de su mesa—. Ya nos queda menos.

—Tengo ganas de meterle mano al mexicano ese —contesté.

—Calma, Mercado, todo llegará.

—Jefe, parece que se haya olvidado de que ese hijo de puta se cargó a Albertí.

—No lo olvido, tenlo por seguro. Pero ahora nos toca hacer nuestro papel. El de policía, no el de amigo. Detendremos al mexicano, claro que sí. Y nos contará de dónde saca la droga, quiénes son sus camellos, dónde va a parar el dinero recaudado. Hemos llegado arriba del todo, ahora no vayamos a estropearlo. ¿Entendido?

—Más o menos —dije de mala gana.

—Quiero eliminar toda la organización. Toda. Y no quiero violencia injustificada. ¿Queda claro?

El episodio con Gallart me había enfurecido sobremanera. No estaba para monsergas.

—Mercado, ¿queda claro? —insistió Carreras.

—Queda.

—Claro —remarcó.

—Claro —acepté.

—Muy bien. Ahora nos toca esperar hasta el viernes, no tenemos alternativa.

No, no la teníamos. No quedaba otro remedio que esperar al viernes e intentar dar con el mexicano en el club de fumadores. Pero no las tenía todas conmigo. A estas alturas debía de estar al tanto de las detenciones de Campo y Gallart. Y sabría que el siguiente de la lista sería él. Si Ramírez era un hombre medianamente avisado, en estos instantes estaría escondido en el lugar más recóndito que hubiera. La cosa no pintaba bien. La única opción que teníamos era seguir la pista de Eduardo Smith y Jackson Pérez. Raquel Gómez nos había dicho que eran quienes le suministraban las mochilas con la coca y a quienes les entregaba la recaudación. Carreras pareció leer mi pensamiento.

—Pediré una orden para detener a los mulatos del gimnasio —afirmó.

En aquel instante sonó el móvil de Elvira. Escuchó con atención durante unos segundos y colgó. Su semblante estaba lívido.

—Era... Silvia, una compañera de la comisaría del Eixample.

—¿Y? —pregunté, ansioso.

—Han encontrado muerta a Raquel Gómez.

—¿Qué?

—Hace media hora, en el gimnasio. Dos tiros en la cabeza.

—¡Joder!

Aquello me dejó sumido en la desazón. Quizás se le había ido la lengua sin querer. O tal vez Ramírez se había cobrado venganza por las detenciones de Campo y Gallart. Al mexicano no le temblaba la mano. Recordé la foto borrosa que me había enseñado Elvira. Y sentí una cólera profunda. Visceral.

—Tranquilo, Mercado —dijo Carreras—. Nosotros no tenemos la culpa. Ya os lo he dicho antes, estamos haciendo las cosas como tocan.

—¿Está seguro, jefe? Si tan bien lo hiciéramos, tal vez no se hubieran producido tantas muertes.

—No te machaques, ¿quieres?

La situación me estaba superando por momentos. Procuré hacer acopio de fuerzas para poder seguir. Me levanté y me fui a tomar un café a la máquina expendedora. Para no variar, el líquido negro sabía a todo menos a café, aunque mejor era eso que nada. Como no había nadie allí, encendí un cigarrillo. Habíamos llegado lejos, pero nos quedaba un último peldaño que no iba a ser fácil de superar. Cada año había decenas de casos que quedaban sin resolver, algunos de ellos por asesinato. Eran muchos más de los que el Cuerpo reconocía. Desde arriba siempre se habían obsesionado con eso de las estadísticas. Era como una competición absurda con otros cuerpos policiales por ver quién escondía más cadáveres. Una pena.

Aunque este caso no iba a quedar impune. Yo no había vuelto para fracasar.

Aquella noche me tumbé en el sofá de mi apartamento con la Moleskine donde Ramon Campo había anotado las transacciones que había realizado con el dinero que le entregaba su sobrino. De fondo, el *The Stranger* de Billy Joel. No es que el del Bronx fuera uno de mis imprescindibles, pero cada momento tenía su música para casar. Y ahora tocaba esa.

Cuando comenzaron a sonar los primeros acordes del «Movin' Out (Anthony's Song)», me llevé un pitillo a la boca y abrí la Moleskine.

No tenía demasiadas ganas de mirar aquello, el tema de los números siempre se me hacía cuesta arriba. Pero tocaba meterse en ello, así que empecé.

La libreta de Campo estaba infestada de anotaciones sobre transacciones, bancos, fundaciones, empresas, fechas, lugares. Costaba seguir el hilo de todo aquello. Fui pasando hojas hasta que llegué a la página donde figuraban los números de cuenta del banco de las Islas Caimán, ahí donde finalmente iban a reposar los ingresos provenientes de la coca. Eran siete cuentas de otras tantas sociedades. Y el dinero transferido superaba los treinta y dos millones de euros.

Dejé la libreta encima de la mesa y encendí otro cigarrillo. En aquellos momentos sonaba el «Only the Good Die Young». Pensé en Julián Ramírez. Elvira había dicho que era casi un analfabeto, que a duras penas sabía leer y escribir. De ser así, se me hacía complicado imaginarlo dirigiendo todo aquel entramado financiero. ¿Tal vez Ramírez no era realmente tan inculto como Elvira había leído en los informes de la Interpol? ¿Campo o Gallart habían mentido? ¿Había alguien más detrás de todo aquello?

Cuando, pasada la medianoche, llegué con la Scoopy al Club de Fumadores de Habanos, Elvira me esperaba junto a dos agentes vestidos de paisano. Los saludé con un ligero arqueado de cejas y me dirigí a la puerta del estanco. Los semblantes eran graves, había nervios. Yo también estaba alterado. Notaba la excitación propia del que va a enfrentarse a una situación de excepción.

El estanco estaba a oscuras, pero al fondo del local se distinguía una luz tenue que se filtraba por debajo de una puerta. Llamé al timbre y esperé unos instantes. Nada. Volví a llamar. Segundos más tarde, la puerta se abrió y apareció por ella un tipo calvo y orondo, vestido con un traje que en otra horma hubiera resultado elegante. Se acercó con gesto de fastidio.

—Está cerrado —gritó desde dentro.

Saqué del bolsillo la orden de detención de Ramírez y la estampé contra el cristal de la entrada. El hombre miró el papel y enseguida entendió qué era aquello. Presuroso, abrió la puerta.

—Aquí no hacemos nada malo —dijo.

—¿Quién es usted?

—El dueño del estanco.

Aparté al calvo sin demasiadas contemplaciones y avancé hasta el fondo del local. Detrás de la puerta, una escalera de madera descendía al piso inferior. Elvira y los dos agentes fueron tras de mí. Cuando llegué abajo, me encontré ante un espacio amplio, de paredes empapeladas, grandes sofás abotonados en cuero y lámparas de araña. En primer plano, una mesa de billar americano. A la derecha, dos grandes sofás Chesterfield de terciopelo azul. Más allá, una barra de bar con dos tiradores de cerveza. Detrás, una inmensa chimenea atiborrada de flores. Y al fondo, una mesa redonda cubierta con un tapete verde poblada de cartas, ceniceros, vasos y seis tipos a su alrededor. Se nos quedaron mirando. Todos menos uno. Estaba de espaldas y no se movió. Tenía el pelo negro. Corto y rizado. Un fogonazo me fulminó el ánimo. *Era él*. Intenté calmarme, no quería cometer errores.

—Mossos d'Esquadra. Traemos una orden de detención contra Julián Ramírez García —dije, alzando la voz.

Ramírez no se movió. Me acerqué.

—¿Es usted Julián Ramírez García?

—Depende —contestó, con voz queda.

—Levántese.

El mexicano retiró su silla muy despacio y se levantó. Se giró y me miró. Sus ojos no eran corrientes. Parecían no tener vida.

—¿Puedo saber de qué se me acusa?

—Se lo diré encantado. Caballeros —dije, mirando a los demás—, ya pueden irse. La partida ha terminado.

El resto de jugadores se levantaron a toda prisa, cogieron sus chaquetas y se fueron hacia las escaleras.

—Muy bien, Ramírez, ahora nos vamos a ir a comisaría y nos lo vas a explicar todo, todo, todo. ¿Entendido?

Ramírez no se inmutó. Parecía como si nada de lo que estuviera pasando fuera con él.

—¿Qué quiere saber, policía?

—Por lo pronto, me gustaría conocer cómo alguien puede dejar tantas muertes tras de sí.

—Son solo negocios, jefe —respondió con un cinismo que me enervó sobremanera—. No se lo tome de otra forma. Como imagino que si han llegado hasta aquí es porque deben de estar al tanto de casi todo, le diré lo que usted quiere saber. Al hijo del banquero me lo cargué personalmente porque quiso pasarse de listo y esto es una cosa que Julián Ramírez García no puede consentir de ninguna manera. Lo de su amiguito fue distinto. Mencheta me dijo que había recibido una llamada del chico que le pareció extraña. Y yo soy de los que, ante la duda, tiro por el camino más recto, me ahorro disgustos innecesarios. Así que me lo cargué también. Con Mencheta sucedió, más o menos, lo mismo. Había estado en comisaría con ustedes y no sabía si el tipo había hablado más de la cuenta. La mejor solución era cargárselo. El problema fue que no pude usar la motosierra, demasiado ruido. ¿Quién más? A ver, déjeme pensar.

El mexicano parecía estar divirtiéndose con su monólogo delirante.

—Ya recuerdo —continuó el mexicano—, después vino Recoder. Una lástima, ahí tampoco pude utilizar la motosierra. La culpa fue de su tío. Le dijo al inepto de Gallart que ustedes habían preguntado por su sobrino en el banco. No me quedó más remedio que borrarlo del mapa. Sí, ya sé que me estaba cargando el operativo, pero ya lo reconstruiría. Eso sí que no es problema. A la que enseñas cuatro billetes, la gente vende hasta a su madre. Es triste, ¿no?

—Lo que es triste es que en el mundo haya anomalías como tú —contesté.

—¿Quiere que le cuente cómo me los cargué? ¿Ha rebanado el cuello de alguien con una motosierra? El primer contacto con la piel es extremadamente suave. Hay que ir con cuidado porque, si te pasas un poco, la sangre enseguida te salpica por todas partes. Después, a medida que se van seccionando nervios y músculos, hay que ir incrementando la fuerza. Eso sí, siempre con extrema delicadeza. Lo mejor viene al final, cuando das con el hueso. Por encima del ruido del motor se puede escuchar un crujido inconfundible, algo así como una melodía quebrada. Yo creo que en este punto la persona aún es consciente del dolor que sufre. ¿No cree?

—Eres un monstruo, Ramírez.

—Y después está lo de Raquel —siguió, ajeno completamente a mis palabras—.

Pobre chica. Después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que si habían dado con Recoder era porque la Pelona les había puesto sobre la pista. No podía ser de otra manera. Les tuve que decir a mis chicos que la eliminaran.

—¿Qué chicos?

—Los del gimnasio, Eduardo y Jackson —rio—. Usted ya los conoce, ¿verdad? Me dijeron que le hicieron marcharse por piernas de allí. Son buena gente.

Para el mexicano, todo aquello parecía un juego. No le importaban un bledo los asesinatos que había cometido. Tal vez tampoco le importara la suya. Sus escalas morales no eran las mías. Afortunadamente.

—¿Dónde están ahora esos dos? —le pregunté, no sé si con sensación de rabia o sencillamente de pena.

—Se habrán ausentado una temporada, hasta que todo esto se calme.

—Ramírez, esto no es México, aquí te van a caer muchos años de cárcel.

—No se preocupe por mí, jefe. Con dinero en el bolsillo, las cosas siempre son más fáciles. Y yo tengo mucho, créame. Además, he pasado más de la mitad de mi vida entre rejas, nada me vendrá de nuevo.

—¿Y lo de Joaquim Albertí, el sargento? —inquirí.

Antes de que tuviera tiempo de responder, se oyeron unos pasos. Alguien estaba bajando las escaleras. Me giré. Era Curto. Detrás suyo, Narváez, Puigdemont, Cerezo y Singla. Todos habían sido compañeros de Albertí. Sus semblantes eran hoscos, duros. Menos Curto, el resto eran veteranos que las habían visto de todos los colores, gente que había tenido que lidiar con situaciones límite en demasiados casos. Aquello no me gustó, no iba a suceder nada bueno.

—¿Este es Ramírez? —preguntó Curto, señalándolo.

—¿Qué coño hacéis aquí?

—Tú cállate, Mercado. Elvira y vosotros dos —dijo, mirando a los agentes que me habían acompañado—, ya os podéis ir. Nosotros nos ocuparemos de él.

—Yo no me voy hasta que no me lo diga el sargento Mercado —respondió Elvira, que había abierto la boca por primera vez desde que entramos.

—Bueno, pues haz lo que te dé la gana. Nosotros, a lo nuestro.

Narváez, Puigdemont y Cerezo se acercaron al mexicano. Los dos primeros lo sujetaron por los brazos. Cerezo se colocó a su espalda, lo cogió por los pelos y le tiró la cabeza hacia atrás. Sacó de su chaqueta un enorme cuchillo y se lo colocó en el cuello.

—Bueno, hijo de la gran puta —voceó con odio—, esto no es una motosierra, pero servirá igualmente para cortarte la cabeza.

El mexicano no se movió. Ni siquiera pestañeó.

—Dejadlo, eso no es asunto vuestro —dije, sin demasiada convicción. Aquella gente tenía claro a qué venía.

—¿Qué te pasa, Mercado? —inquirió Curto—. ¿Te has vuelto maricón?

—Hay otros caminos.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles, listillo? ¿Ya no te acuerdas de que esta inmundicia acabó con la vida de uno de los nuestros? Te estás haciendo viejo.

No contesté. Quizás Curto tenía razón. Aquel mexicano no merecía ningún tipo de compasión.

—De acuerdo, pero no os paséis con él. Nos ha de contar aún muchas cosas. Vamos, Elvira, esperaremos arriba.

—¿Qué dices? ¿Vamos a dejar al detenido aquí con todos estos? Estamos vulnerando sus derechos, no podemos hacerlo.

—Elvira —terció Curto—, haz caso a tu jefe.

Cogí a Elvira por el brazo. Aunque de mala gana, cedió y se dejó llevar. Detrás nos siguieron los dos agentes.

—Elvira —dije, al llegar a la calle—, al mexicano no le va a suceder nada que no pueda remediarse. Deja que los compañeros salden cuentas.

—No es justo, Tiki.

—Hay situaciones en las que no sé cuál es el término justo de las cosas. Y esta es una de ellas.

—Y te lavas las manos, claro.

—Imagino que sí.

—Yo te creí siempre como alguien que afrontaba los problemas de frente. Un hombre seguro.

—Las apariencias engañan, Elvira. No es más que fachada.

—Odio las injusticias, y lo que están haciendo con Ramírez lo es. Yo pensaba que todo lo que decían de que los Mossos se extralimitaban en sus funciones eran inventos de los medios de comunicación.

—Pues ya ves que no siempre es así.

—No es justo —insistió.

—¿Es justo que mataran a Albertí? ¿Es justo que el mexicano ese asesinara a Tintoré hijo y a todos los demás?

—No, imagino que no.

—Demasiado a menudo nos encontramos en situación de extrema precariedad. Luchamos con gente que no se rige por código alguno. No es fácil.

Elvira no contestó. Seguramente se le había venido abajo toda la imagen de los Mossos como cuerpo policial modélico. Era algo a lo que, tarde o temprano, tendría que acostumbrarse, por mucho que le pesara. A ella y a mí.

Pensé en el mexicano. Ahora mismo estaría recibiendo una buena sopa de hostias. Lo había sobrestimado. No era un tipo inteligente. Tal vez listo, pero nada más. Un charlatán que debió haberse esfumado mientras estuvo a tiempo. Todas aquellas muertes le iban a suponer muchos años de cárcel.

—Tardan mucho —dijo Elvira, nerviosa, al cabo de unos minutos.

—Sí, volvamos.

En el sótano, Ramírez estaba tendido boca arriba sobre la mesa de billar. El tapiz

verde del tablero se había convertido en una piscina llena de sangre. Tenía la cara desfigurada por los golpes. Los ojos sin vida que había visto minutos antes habían desaparecido por las hinchazones de pómulos y cejas. Y tenía un gran corte en el cuello del que manaba sangre en abundancia. Alrededor de la mesa, cinco hombres, impávidos, miraban la escena. Ni una muestra de piedad.

—Pero ¿qué es esto? —bramé mientras colocaba una mano en la herida del mexicano, en un intento vano de detener la hemorragia—. ¡Lo vais a matar, idiotas!

Nadie se movió. Nadie contestó. La suerte estaba echada. El pulso del narcotraficante era extremadamente débil. Entonces, mientras se escapaba aquella vida que tanto mal había hecho, Ramírez balbuceó algo que no entendí. Acerqué el oído a su boca:

—¿Qué has dicho?

Y me dirigió una última mirada. Me pareció que intentaba sonreír. En un último esfuerzo, me sujetó la mano y susurró:

—Albás.

Y dejó de respirar.

Cuando me desperté, permanecí tumbado en la cama un largo rato. No tenía prisa alguna. Mi trabajo de policía había terminado aunque la muerte de Ramírez hubiera supuesto una contrariedad notable para la resolución total del caso. Sin él, sería extremadamente complicado identificar a proveedores, distribuidores, clientes y conocer dónde iba a parar el dinero blanqueado. A pesar de la colaboración incondicional de Campo, se haría difícil identificar quién estaba detrás de las cuentas donde se transfería el dinero. Pero eso sería ya un problema de Carreras.

Para mí todo había finalizado. Con la desaparición del mexicano, mi compromiso quedaba finiquitado. Solo quedaba despedirme de los que habían vuelto a ser mis compañeros.

Encendí un cigarrillo. Después de fumarme la mitad lo tiré, pero enseguida cogí otro. Lo de dejar de fumar debería esperar mejor ocasión.

Con el pitillo en los labios, me levanté y fui a poner algo de música. Escogí el *Younger Than Yesterday* de The Byrds, el cuarto álbum editado por la banda. Con los McGuinn, Crosby y compañía era difícil equivocarse.

Después de ducharme, tomar tres cafés y fumar otros tantos cigarrillos, cuando la superlativa versión del «My Back Pages» de Dylan llegaba a su fin, bajé a la Virreina. Me acordé del día en que Boira me enseñó la fotografía del cuerpo mutilado de Albertí. Y me entró un escalofrío.

Lo primero que hice al llegar a La Central fue subir arriba a ver a Boira. Estaba en su despacho, hablando por teléfono. Me indicó con la mano que esperara. Me senté en una silla frente a su mesa. Un par de minutos después colgó.

—Perdona, Tiki. Era el director general de la Policía. Precisamente le estaba informando de la resolución del caso. Bueno, cuéntame, estarás contento.

—Podría estarlo más.

—¿Por qué? El tipo que se cargó a Albertí ya está fuera de juego. Has cumplido con tu compromiso. Eres un héroe.

—Déjate de adulaciones inútiles. Un héroe salva vidas. Yo no.

—Esa autoestima, Tiki. Tienes que creer más en ti mismo.

—Supongo.

—Bien, nosotros cerraremos el tema. Abriremos una investigación oficial para determinar cómo ha ocurrido la muerte del mexicano, más que nada por si algún juez quisquilloso quiere meter las narices donde no toca. Concluiremos que fue en defensa propia o algo parecido, ya lo acabaré de pensar. Tampoco creo que los amigos de la Interpol tengan muchas ganas de saber más. Una escoria menos en la sociedad. A los chicos les hemos dado una semanita de vacaciones que les va a sentar la mar de bien. Y al dueño del club de fumadores lo mandaremos un mes de crucero por el Caribe

con su familia.

—Lo tienes todo controlado, como siempre.

—Solo hago mi trabajo. ¿No estás de acuerdo?

—Yo no soy quién para opinar sobre la decisión del comisario jefe de la Policía de Catalunya.

—¿Adivino cierto sarcasmo en tu tono o son solo imaginaciones mías?

—Tienes dos opciones para escoger.

—Joder, Tiki —se exasperó Boira—. ¿Podremos tener algún día una relación más o menos serena? No te digo que volvamos a ser íntimos, pero algo normal, no sé, como dos personas que hace media vida que se conocen.

La verdad es que Boira no dejaba de tener razón. Me estaba comportando como un borde con él. Y no se lo merecía. No tanto, al menos. Aflojé:

—Sí, perdona. No estoy muy centrado.

—No te preocupes. Tienes que estar feliz, has hecho un buen trabajo, amigo.

—Gracias. Ahora me voy, quiero despedirme de la gente de abajo.

Al llegar a la planta de mis compañeros, vi que Elvira estaba sentada en su mesa. A juzgar por su aspecto, no parecía que hubiera dormido especialmente bien. Fui a su encuentro.

—Me voy, Elvira.

—Ese era el trato, ¿no? —contestó, seria, sin mirarme.

—Sí. Quería agradecerte el trabajo hecho estos días.

—No tienes que agradecerme nada.

—Te deseo lo mejor.

—Y yo a ti.

No quise alargar más aquel momento. Di media vuelta y me dirigí al despacho de Carreras.

—Pasa, Mercado, siéntate —dijo él, parapetado detrás de su escritorio—. ¿Así que nos vuelves a dejar?

—Bueno, jefe, ahora es diferente a la vez anterior. He cumplido con mi compromiso, ya nada me retiene aquí. Volveré a dedicarme a tiempo completo al bar, que si no estoy yo allí, las cosas no funcionan como deberían.

—¿Te lo has pensado bien? Tú eres un policía de raza.

—Tal vez lo fui en una época. Ahora ya no, jefe. Tiempo atrás, nada de lo que está sucediendo me hubiera afectado como ahora. Emocionalmente no soy el mismo, me siento débil, vulnerable.

—¿La coca?

—Supongo.

—Pero ahora estás limpio.

—Nunca estás limpio de eso. Ni yo ni nadie. Y los que dicen lo contrario es que no lo han vivido en sus propias carnes.

—Mercado, dale una vuelta, te necesitamos. El caso todavía no está cerrado.

Tenemos que dismantelar la red de distribución que se utilizaba.

—Tiene las matrículas de los vehículos a los que Recoder entregaba la droga. Le será muy fácil tirar del hilo.

—También necesitamos conocer dónde cargaban la droga los camiones de Gallart.

—En Algeciras, ya nos lo dijo.

—¿Y quién la cargaba?

—Yo qué sé. En cualquier caso, eso será competencia de la Policía Nacional o de la Guardia Civil. Páseles el asunto a ellos.

—¿Y qué hay de los dos mulatos? Andan campando por ahí.

—No creo que le sea muy complicado dar con ellos.

—Ya veo que no hay manera, Mercado. Eres terco.

—Le estoy contestando a sus preguntas.

—¿Y qué me dices de las cuentas a las que Campo hacía las transferencias? ¿Adónde va ese dinero? Tenemos todavía mucho trabajo.

—Le queda trabajo a usted, jefe. Yo ya he terminado. Albertí y el hijo del banquero fueron asesinados por el mexicano. Punto final.

—Ramírez ha muerto, pero vendrán más detrás de él.

—Eso ya no será asunto mío.

—Mercado, la coca es una plaga que pisa todos los espacios de nuestra sociedad, pero especialmente la de nuestros jóvenes. Ellos son el blanco de todos estos traficantes de mierda. Ayúdame a combatirlos.

—Usted mismo dijo el otro día que nosotros poca cosa podíamos hacer.

—Pero es más que nada. De acuerdo, nosotros solos no vamos a erradicar el tráfico de coca, pero podemos intentarlo. ¿Quién, si no, lo va a hacer?

—Jefe, la coca mueve demasiados millones en el mundo, hay muchos intereses creados y acabar con todos ellos es una utopía. Además, ya tengo una edad y me apetece hacer otras cosas en la vida.

—¿Como pasarte el resto de tus días detrás de una barra de bar?

—Hay opciones peores.

—Mercado, a este mundo no hemos venido solo para pasar el rato. Tenemos una responsabilidad social que no podemos eludir. Y tú no eres una excepción. Déjame que te diga una cosa.

—Las que quiera, jefe, no tengo nada que hacer en todo el día.

—Ya sé que a ti esto de la paternidad te queda lejos, pero a mí, que he sido padre, me duele una barbaridad que todos los progenitores del mundo se partan el alma por la educación de sus hijos para que después venga un hatajo de facinerosos a destrozarlo todo. Piensa en ellos.

—Jefe, en la vida llega un momento en el que hay que elegir. A mí ya me ha llegado y he tomado la decisión que me ha parecido mejor para mí.

—Estoy seguro, pero déjame que te diga que no es la postura más altruista que he

oído.

—Lo sé, pero es la mía y es la que vale. Y ahora, si me deja, me voy.

—Claro, claro. Te acompañaré abajo.

Después de salir de su despacho, lancé una última mirada a Elvira. No pareció percatarse de mi atención. Y si lo hizo, lo disimuló muy bien.

—¿Has venido en coche? —dijo Carreras en la puerta principal de La Central.

—No, con la Scoopy —respondí, señalando la vetusta escúter que estaba aparcada encima de la acera.

—Joder, Mercado, ¿este hierro ya puede contigo?

—En las subidas sufre un poco, pero a la que coge un poco de pendiente, no vea cómo se embala.

—Con la edad que comienzas a tener, lo más prudente sería que cogieras un coche.

—Ya sabe que la prudencia es un vocablo que no está en mi diccionario.

—También es verdad, no sé en qué estoy pensando.

Nos quedamos mirando el uno al otro. Quizás aquella fuera la última ocasión que tuviéramos de estar cara a cara. Ambos sabíamos perfectamente que una vez fuera del Cuerpo, nuestras vidas irían por caminos muy diferentes. Me entró una ligera morriña. Quise pensar que a él también.

—Jefe.

—Carlos.

—Prefiero llamarle jefe.

—Como quieras.

—Algún día podría dejarse caer por el Roxette. Se lo pasará bien, y prometo presentarle a alguna clienta interesante.

—¿Qué quieres decir?

—Sexo, jefe, sexo —reí—. ¿O es que ya no se acuerda?

—Vagamente, la verdad. No sabría por dónde empezar.

—Usted venga un día y ya verá como enseguida coge el hilo.

—Lo haré, Mercado. Y si alguna vez te lo repiensas, ya sabes, te estaré esperando.

Después de abandonar La Central, fui a Casa Manolo a reponer fuerzas. Me acordé del mexicano. Continuaba pensando que no había sido un tipo especialmente avisado. En su lugar, después de las detenciones de Campo y Gallart, cualquiera con un mínimo de sentido común hubiera puesto tierra de por medio ante la situación que se le presentaba. Con los treinta y dos millones que había recaudado, podía vivir cincuenta vidas más a todo trapo.

Y si había sido tan tonto como para no hacerlo, estaba claro que difícilmente era un tipo con las suficientes luces como para montar aquel entramado financiero de blanqueo de capitales. Por mucho que Campo le hubiera hecho el trabajo administrativo. No, definitivamente, no veía a Ramírez capaz de haber manejado semejante tinglado. Entonces ¿quién?

Miré de no darle más vueltas al tema y me concentré en el cocido gallego que me esperaba en mi restaurante de cabecera. A partir de ahora volvería a mis rutinas habituales: buenas comidas, tres días de correr a la semana y sesiones vespertinas en el Roxette. Quería convencerme de que era un hombre afortunado, que trabajaría en lo que me apetecía, sin tener que rendir cuentas a nadie más que a mí mismo. Pero el agobio continuaba ahí. La muerte de Conde me fustigaba el pecho constantemente.

Llegué a Casa Manolo y me senté en la barra. Carmen se acercó, solícita como siempre.

—¿Qué será, Tiki?

—Cocido gallego.

—Muy bien. ¿Y de segundo?

—Lo mismo.

—¿Dos veces cocido?

—Eso mismo. Y para beber, agua con gas.

—Chico —rio—, te vas a empachar.

—No te preocupes, tu cocido no empacha. Como mucho, engorda.

—Eso poco, que lo hago con aceite de oliva virgen y le voy quitando pacientemente todas las capas de grasa que se van formando mientras hierve.

Me comí los dos platos de cocido y media barra de pan para acompañarlo. La lástima fue lo del agua con gas. Con un vaso de vino, aquello hubiera sido el paraíso. Aunque fuera un culín de nada. Pero era lo que tocaba, no había otra.

Cuando me marché de Casa Manolo, fui a mi casa. Me tumbé en la cama y me quedé dormido.

Cosas del cocido, desperté con la sensación de haber dormido una vida entera. Miré el reloj. Las ocho y media. Momento de ir al Roxette.

En el local, solo un par de mesas y algunos taburetes estaban ocupados. Me apoyé

en la barra, como un cliente cualquiera. Me apetecía vivir el Roxette desde fuera. Jessica me vio. Me guiñó el ojo y se señaló el pecho: llevaba mi camiseta de los Ramones. A pesar de que le iba claramente holgada, le quedaba estupenda. Se acercó: —¿Qué desea tomar el caballero? ¿Quizás a una moza hambrienta de cariño como yo?

No estaba para demasiadas historias, aunque el recuerdo de su cuerpo desnudo me soliviantó por unos instantes.

—Creo que será una tónica, de momento.

—¿Está usted seguro? Le prometo que quedará usted contento con el bocado.

—Gracias, Jessica, pero hoy no estoy para muchas alegrías.

—Como quieras, jefe —contestó con un mohín de disgusto—. Pero quizás otro día ya no estés a tiempo.

—Correré el riesgo.

Jessica se fue, airada, en dirección al lerdo de su novio. Le dio un beso en la boca, de esos de alto voltaje, mientras me miraba de reojo. Si quiso darme celos, no lo consiguió. Al menos ese día. Volví a pensar en el mexicano, en lo que dijo antes de morir: «Albás», me había parecido entender. ¿Qué podía significar esa palabra? ¿Algún lugar? ¿Alguna persona? ¿Había sido solo producto del delirio?

De repente me di cuenta de que estaba sonando algo de Supertramp. Aquel sonido era inconfundible, por horroroso. Abandoné aquella barra de bar que tantas confidencias habría vivido y me dirigí a la cabina, donde en ese momento el sucedáneo de Lemmy sujetaba la caja del cedé de Supertramp. La cubierta, con una camarera gorda delante de algo parecido a un *skyline* de Nueva York construido a base de saleros, tazas, platos y cubiertos, era tan horrible como la música del grupo.

—Chico —me abalancé—, no sé si te lo he dicho antes, pero, si no, te lo digo ahora. Y no lo repetiré más: en el Roxette solo se puede pinchar la música que hay en la cabina, que es la que escojo yo. Y no creo recordar que haya nada de Supertramp.

—Vale, vale, no te enfades, jefe. Ya pongo otra cosa.

Cogí una tónica de la nevera y volví a la barra. Quizás me había pasado con el chaval. Tenía que aprender a controlar de una vez por todas aquel maldito impulso. Ni era bueno para mí ni para los que me rodeaban. Y desde lo de Conde, había ido a más. Quizás fuera oportuno volver al psiquiatra, tal vez me diera algún tipo de medicación que me ayudara. Pero no dejaría de ser algo pasajero. El verdadero problema era yo. Mi manera de ser, de pensar, de actuar. Siempre tendiendo al límite. Y eso no era fácil de cambiar.

Y fue entonces, mientras me trituraba inútilmente el ánimo, cuando me acordé: Albás era una de las fundaciones vinculadas al Opus Dei. Nos lo había contado José Manuel Ruipérez la última vez que fuimos a verlo. Podía ser eso. Pensativo, salí a la calle, saqué el móvil del bolsillo y llamé al Colegio Mayor Pedralbes.

José Manuel Ruipérez estaba ahí, erguido, delante de su pequeño huerto. A pesar de la sotana, o tal vez gracias a ella, la figura de aquel anciano irradiaba una elegancia especial, de esas que van en el paquete básico de uno. Me acerqué.

—Doctor.

—Sargento Mercado —contestó sin mirarme—. Hace días que no sé nada de usted.

—Veo que ha reconocido mi voz a la primera.

—No se extrañe. Cuando a uno le falta alguno de sus sentidos, agudiza los otros. Siempre recuerdo una voz. ¿Ha venido solo?

—Sí, hoy sí.

—Tiene suerte de tener una compañera como la suya. Tiene una voz dulce y franca. Debe de ser guapa.

—Lo es.

—¿Hay algo entre ustedes dos?

—¿Perdone?

—Me pareció advertir una química especial, pero no me haga caso. Tantas horas solo, a veces se me va la cabeza. ¿A qué debo su visita?

—Quería hablar con usted, creo que me puede ayudar.

—Claro, lo que necesite, aunque debiera regañarle. Me aseguró que me mantendría al tanto de sus investigaciones. Y no lo ha hecho.

—Bueno, hay cosas que es mejor llevar con discreción.

—Ha muerto mucha gente, sargento. Demasiada.

—¿Cómo lo sabe?

—Uno se entera de muchas cosas aunque no quiera. ¿Han terminado ya la investigación? ¿Han dado con los culpables que acabaron con la vida de Borja Tintoré y Jesús Conde? Pobres chicos. He rezado mucho por ellos. Y también por los otros. Espero que Dios les haya reservado un buen lugar a su lado. ¿Usted cree en Dios?

—Imagino que creo en algo, pero nunca me he detenido a analizarlo.

—Pues debería hacerlo.

—Cuando tenga tiempo.

—Bien, bien, por su contestación ya veo que difícilmente nos vamos a poner de acuerdo en este aspecto. Dígame, pues, qué necesita de este pobre viejo.

—La última vez que vine a verle con la agente Sangenís, me pareció entenderle algo de una fundación vinculada al Opus Dei. Creo recordar que habló usted de Albás.

—Cierto, la Fundación Albás. Albás es el segundo apellido de San Josemaría. Se

dedica a la integración social de niños en riesgo de exclusión social a través de la música.

—Sí, ya nos lo dijo. ¿Qué me puede contar de ella?

—¿Por qué le interesa saber de la Fundación Albás?

—Alguien la nombró, aparte de usted.

—¿Y eso tiene que ver con las muertes de Borja y Jesús?

—No estoy autorizado a hablar de estas cosas.

—Por el tono que utiliza, adivino que sí tiene relación.

—¿Le sorprendería?

—No, joven, a mi edad es difícil que algo me sorprenda. ¿Sabía que durante muchos años yo fui el responsable de las cuentas del Opus Dei en España? Podría contarle muchas cosas de las finanzas de la Obra, no todas muy ortodoxas. Pero eso ya no viene al caso. Hace tiempo que lo dejé.

—¿Y eso?

Ruipérez bajó la cabeza. Permaneció unos instantes en silencio. Un silencio tenso, espeso.

—Cuando perdí la vista, me dejaron de lado. Era lógico.

—¿Cómo perdió la vista?

—Un glaucoma.

Otro silencio prolongado. El recuerdo de algo estaba turbando al capellán. Se giró hacia mí, como si pudiera verme.

—Con la muerte de Álvaro del Portillo se perdió irremediabilmente la esencia de San Josemaría. Javier Echevarría, el actual prelado de la Obra, ha dejado que todo lo que se había construido durante muchos años se haya depauperado. Tal vez para siempre. El Opus Dei es hoy una organización que ha perdido el norte. Los supernumerarios son burgueses, políticos y aristócratas que solo persiguen dinero y poder, y los numerarios han perdido toda guía espiritual. Ya nadie sabe qué es el Opus Dei, excepto algunos viejos como yo, a los que nadie escucha.

—¿Y por qué no se marcha?

—¿Y dónde quiere que vaya un anciano ciego como yo? Aquí tengo un plato en la mesa y una cama. E intento realizar con los alumnos la labor apostólica que hubiera querido San Josemaría. Mientras espero el día en que Dios me llevará con él, a su lado. Y, créame, rezo cada noche para que sea cuanto antes.

—Hablabamos de la Fundación Albás —recapitulé, intentando reconducir la conversación.

—No me he olvidado, no tema. Una de tantas fundaciones que están vinculadas a la Obra. Algunas con propósitos estrictamente altruistas. Otras, no tanto. Por eso intentaba explicarle cómo es, o no es, a día de hoy el Opus Dei. Todas esas fundaciones que en su momento se crearon para ayudar a la Obra, hoy ya no se sabe qué finalidad concreta tienen, y han perdido su sentido original completamente.

—Siga, por favor.

—Las fundaciones son instituciones con un grado de opacidad fiscal muy elevado. ¿Me entiende?

—Le agradecería que me concretara un poco más.

—Pues eso, que en una fundación se puede hacer de más y de menos con los dineros.

—¿Como por ejemplo manejar dinero sin declarar?

—Entre otras cosas.

—¿Y usted cree que la Fundación Albás es una entidad que realiza malas prácticas?

—No lo sé. Y si lo supiera, tampoco se lo diría. Le corresponde averiguarlo a usted.

—¿Sabe quién la dirige?

—Sé que la presidenta del Patronato de la Fundación es Dolors Pérez-Trías.

—Me suena ese nombre.

—Fue la primera esposa de Leandro Tintoré.

A la salida del colegio pensé en la conversación que había mantenido con Carreras el día anterior. Quizás tuviera razón. Tal vez había llegado el momento de comprometerme seriamente con algo. De una vez por todas. Sin condiciones. De afrontar mi existencia con un objetivo nítido y real. La vida tenía que ser algo más que sexo, drogas y *rock and roll*. Sí, tenía que intentarlo. Aunque fuera por algo tan egoísta como mi propia supervivencia emocional. Respiré hondo y llamé a Carreras.

—Jefe, tal vez había alguien por encima de Julián Ramírez.

—Tiki, ¿eso significa que te quedas?

—Vamos a probarlo, si le parece.

—Ya sabes que estaré encantado. Oye, ¿y quién puede ser ese alguien?

—Todavía no lo sé, necesito un poco de tiempo.

Cuando llegué a mi apartamento, lo primero que hice fue dirigirme hacia la estantería del comedor. Busqué entre los discos el *Ziggy Stardust* de Bowie. Lo coloqué en el reproductor y seleccioné el último corte, el número once: «Rock'n'Roll Suicide», el tema cuyo comienzo se inspiraba en aquellos primorosos versos de Manuel Machado: «La vida es un cigarrillo: humo, ceniza y candela». Subí el volumen a todo trapo.

Y cuando las notas de la guitarra acústica del londinense llenaron mi ánimo de vida, comencé a vociferar:

*Time takes a cigarette, puts it in your mouth  
You pull on your finger, then another finger, then your cigarette  
The wall-to-wall is calling, it lingers, then you forget  
Ohh how how how, you're a rock 'n' roll suicide*

Después fui a la mesilla de mi habitación, abrí el cajón y cogí la bolsita de coca.

Me la llevé al lavabo. Abrí la tapa del váter y la tiré. Sentí como si una gran losa hubiera dejado de oprimirme. Y me sentí a gusto conmigo mismo. Después de mucho tiempo.

La imagen de austeridad que Ruipérez me había dibujado del Opus Dei saltó hecha añicos cuando me planté en casa de Dolors Pérez-Trías. Porque una mansión en la calle Iradier, con árboles frutales, piscina exterior y una cancha de tenis, no era precisamente algo modesto.

Me recibió una criada.

—¿Qué desea?

—Desearía ver a la señora Pérez-Trías. ¿Está en casa? Soy el sargento Mercado.

La sirvienta desapareció y volvió al cabo de un par de minutos.

—Acompáñeme, por favor.

La seguí por un corredor interminable hasta llegar a una pequeña galería que daba a un plácido jardín.

Dolors Pérez-Trías estaba sentada delante de un piano. Interpretaba una pieza clásica que me sonó vagamente. En el suelo, a su lado, un gato blanco inmenso parecía escuchar atentamente.

—¿Le gusta Liszt, sargento? —dijo—. «La Campanella» es una obra que me encanta, aunque tengo que confesarle que lo que toco yo es una adaptación para pianistas que no tenemos la habilidad de Liszt.

—Suenan bien —contesté.

—Berlioz cuenta que una vez Liszt tocó un *adagio* de Beethoven completamente a oscuras, sin partitura. Era un virtuoso del piano. Un genio, en el sentido más amplio.

—Seguro que lo era.

—¿Le gusta la música?

—Sí, mucho.

—¿Qué suele escuchar?

—Rock and roll.

—¿Esa música de jóvenes melenudos?

—Bueno, los que empezaron con todo eso son ya abuelos, en su mayoría. También hay algún bisabuelo.

—¿Y continúan haciendo lo mismo?

—Muchos de ellos continúan dando conciertos, sí.

—¿A su edad? ¿Y cómo lo hacen para seguir dando brincos por el escenario?

—Señora, el *rock and roll* da mucha vida.

—Ya veo, ya veo.

La mujer se levantó, tomó asiento en un mullido balancín y colocó al gato en su regazo. A pesar de algunas arrugas alrededor de los ojos que denotaban que hacía tiempo que había entrado en la madurez, tenía unas facciones angulosas y bien

proporcionadas. Tiempo atrás debió de ser una mujer bella. «Lástima de haber llegado tarde», pensé.

Después de rechazar un café, tomé asiento en un confortable butacón frente a la mujer.

—¿En qué puedo ayudarle, sargento?

—Estamos investigando un caso y quería hacerle unas preguntas.

—¿Qué caso?

—Lo siento, no puedo darle más detalles.

—No empezamos con buen pie, sargento.

—Lo sé, pero no puedo decirle más.

—Bueno, pues tendremos que jugar con sus cartas. ¿Qué desea saber?

—¿Conoce usted a un tal Julián Ramírez?

—Ese nombre no me dice nada.

—¿Y a Ramon Campo?

—Tampoco me suena, aunque no me haga demasiado caso. Acostumbro a olvidarme del nombre de las personas con facilidad.

—Usted es la presidenta del Patronato de la Fundación Albás, una institución vinculada al Opus Dei.

—¿Y qué tiene que ver esto? —dijo, esbozando un mohín de disgusto—. ¿Qué hay de malo en pertenecer al Opus Dei? ¿Es malo ir a misa cada día? ¿Es un delito dedicar abnegadamente toda una vida al trabajo y a la oración? Estoy harta de que se nos etiquete de forma malintencionada. La Obra no es ninguna organización criminal ni ninguna secta. Nosotros no obligamos a nadie a nada. La gente ingresa en el Opus Dei por voluntad propia y se va si no le convence. Así de claro y de sencillo. Y todo lo demás son bulos de personas ruines.

Me acordé entonces de lo que Isabel Vallejo nos había contado a Elvira y a mí: cilicios, mortificaciones, presiones, vejaciones. Para una, el Opus Dei había sido un infierno; la otra lo defendía ahora con vehemencia. A saber. La verdad es que no sé por qué malgasté tiempo pensando aquello. Si hacía un repaso a mis preocupaciones vitales, la religión y todo lo que tuviera que ver con ella no figuraba en ninguna parte.

—Sí, hace tiempo que soy la presidenta del Patronato de la Fundación Albás —siguió—, ahora no recuerdo con exactitud. Usted aún es joven y quizás no me entienda, pero conforme van pasando los años la noción del tiempo cada vez es más corta. Debe de hacer unos treinta años, más o menos. La Fundación se ocupa básicamente de que todos los niños del país con cualidades naturales para tocar el piano tengan la oportunidad de hacerlo, tengan o no tengan dinero. Es muy gratificante, de verdad. Vemos niños y niñas sin medios económicos pero con talento que, gracias a la ayuda que les ofrecemos, pueden llegar a ser intérpretes de primer nivel. Y el Patronato es el instrumento que vela por el correcto cumplimiento de los estatutos de la Fundación.

—¿Cómo se financia la Fundación? —pregunté, intentando llegar a la raíz de lo

que realmente me interesaba.

—Básicamente, de donaciones de mecenas particulares, gente que cree en lo que hacemos. También recibimos legados de personas que han decidido que el dinero que han ganado en vida lo empleemos para una buena causa una vez ya no estén. Y luego están las empresas que siempre nos han ayudado de forma totalmente desinteresada.

—¿Puede decirme el nombre de esas empresas y lo que aporta cada una?

—Mire, yo de la parte de gestión conozco poco, la verdad. Esos asuntos los llevan los profesionales que tenemos contratados para tal fin. Yo me ocupo principalmente de la parte artística, de seleccionar a los niños y niñas que acogerá la Fundación y de contratar a los profesores que se ocuparán de su formación.

—¿Cuántas personas hay en el Patronato?

—El Patronato está formado por doce miembros que se reúnen cada tres meses. Aunque algunos son ya muy mayores y, por una causa u otra, causan baja a menudo. Por eso, desde hace un tiempo, se ha incorporado Jordi, mi hijo mayor.

—Entiendo.

—Él ha puesto orden a la parte administrativa de la Fundación. Nos hacía buena falta. Además ha conseguido incrementar las fuentes de financiación de forma considerable. Con más dinero podemos atender a mayor número de alumnos.

—Es evidente.

—Mi hijo Jordi vale mucho —dijo la mujer, con evidente satisfacción maternal.

—Estoy seguro, señora.

Al salir de la casa de Dolors Pérez-Trías, llamé a Elvira.

—Tienes que echarme una mano.

—Claro, lo que necesites. —Su voz me pareció alegre—. Pero ¿es de trabajo? ¿No habías terminado?

—Parece ser que no, ya te contaré. Necesito dos cosas: que averigües todo lo que puedas de Jordi Tintoré, el hermanastro mayor de Borja, y que me redactes un informe pormenorizado de las cuentas de una fundación. ¿Apuntas?

—Dime.

—Fundación Albás. ¿Te lo delecteo?

—Albás, me ha quedado claro.

—¿Lo tendrás listo para mañana a primera hora?

—Sí, lo intentaré.

—A las nueve en La Central.

Me encontraba en la cabina del Roxette preparando la sesión musical de la noche cuando sonó el móvil. Era Elvira.

—Creo que ya tengo lo que necesitas —me informó.

—Bien. Mañana nos vemos y me cuentas.

—Verás, había pensado, si tú quieres, que podía pasarme después por tu bar. Te cuento lo que he averiguado de Jordi Tintoré y te doy los informes de la fundación esa.

—Me sabe mal...

—No, tranquilo. Tengo ganas de conocer el famoso Roxette.

—No esperes gran cosa, es un lugar modesto.

—Seguro que me encantará. Imagino que me vas a invitar a una copa, ¿verdad?

—Tendrás barra libre.

Serían las diez cuando Elvira franqueó la puerta de entrada del Roxette. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

—Bienvenida al Roxette —la saludé—. ¿Qué tal? ¿Te gusta?

—Mucho. Me lo había imaginado distinto.

—¿Cómo?

—No sé, algo más oscuro, tenebroso.

—Como su dueño, ¿no?

—No, qué va —contestó riendo—, no me he explicado bien.

—No te preocupes. ¿Qué quieres tomar?

—¿Puede ser un zumo de naranja con una pizca de vodka?

—Claro. ¿Mesa o barra?

—Mejor barra.

—Bien, siéntate ahí. —Le indiqué el taburete más cercano a la cabina—. Ahora Jessica te prepara el combinado.

Dejé a Elvira y fui a buscar a la hija de Mariscal.

—¿Le preparas un vodka con zumo de naranja a la chica del fondo? Que no esté muy fuerte.

—¿Tiene que ser zumo de naranja? ¿No puede ser naranjada embotellada?

—Quiere zumo.

—Vaya con tu amiga, sí que es selecta.

Era evidente que Jessica no estaba con el mejor de sus humores. Opté por no contestar y volver con Elvira, que miraba con curiosidad cuanto la rodeaba.

—¿Y todas esas fotos?

—¿Las de desnudos masculinos, quieres decir? Son de Jessica, la chica de la barra. Están bien, ¿no?

—Para mí sí, pero no sé qué dirá el personal masculino heterosexual.

—Para ellos está *ella*. —Y señalé la foto de Debbie Harry que me había prestado Mariscal.

—¿Quién es?

—La cantante de Blondie, alguien a quien me hubiera gustado conocer cuarenta años atrás.

—Me temo que llegas tarde —rio.

—Como casi siempre. ¿Quieres escuchar algo especial?

—Imagino que no tienes nada de Beyoncé.

—Imaginas bien.

—Pues lo que sea, me da igual.

Mientras Jessica le traía de mala gana el combinado a Elvira, aproveché para meterme en la cabina y pinché el «Wild Thing» de The Troggs, una de las más famosas *one hit wonders*, bandas que se habían distinguido por tener un único gran éxito en su carrera. Después le tocó el turno al «My Sharona» de los californianos The Knack, un tema que casi cuarenta años después de su publicación continuaba sonando por todas partes. Volví con Elvira.

—¿Qué sabes de Curto? —intenté indagar—. Hace días que no aparece por aquí.

—No mucho. La verdad es que no estamos en un gran momento. La culpa es mía. Ya te lo dije días atrás, estoy muy desorientada en estos momentos, no sé muy bien lo que quiero.

—El Sonrisas es un buen chico.

—No me gustó lo que hizo el otro día con Julián Ramírez.

—Era un hijo de puta —lo disculpé.

—Ya, pero no me gustó su actitud. Tampoco la tuya, ya te lo dije.

—Me equivoqué. No pensé que aquello acabaría de esa manera.

—Pero sí estabas de acuerdo con que le dieran una paliza.

No quise ahondar en el tema, no nos hubiéramos entendido.

—Bueno, ¿qué me cuentas de Jordi Tintoré?

—Cincuenta años. Casado, cuatro hijas. Vive en Barcelona, aunque tiene residencias en la Costa Brava, la Cerdanya y Menorca. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Stanford, es el propietario de una empresa llamada Barcelona Inversiones 65, S. L.

—¿A qué se dedica la compañía?

—A la gestión de patrimonios.

—¿Y qué factura?

—El año pasado cerró con una facturación de poco más de ochenta mil euros, pero lleva tres ejercicios seguidos con unas pérdidas acumuladas de cerca de treinta mil.

—Pues con esos números se hace difícil imaginar cómo puede mantener tantas casas.

—También tiene una fabulosa colección de coches clásicos deportivos. Parece ser que compite con ellos.

—Mejor me lo pones.

—No cuadra mucho, ¿no?

—Más bien poco, por no decir nada. Habrá que ir a verlo para que nos lo explique bien. Y de la Fundación Albás, ¿qué has encontrado?

—La verdad, no me ha dado tiempo a estudiarlo demasiado. Te dejo la carpeta con la información que he recopilado. Números, números y más números.

—Vale, me lo quedo y lo miro.

Tomé la carpeta, volví a la cabina y seguí pinchando. Varios temas después, cuando empezaba a sonar el «I Want You to Want Me» de los Cheap Trick, apareció Curto por la puerta del local. No estaba de buen talante, su cara daba fe. Se apoyó en la barra, al lado de Elvira. Me miró y me saludó con un leve alzamiento de cejas.

—Hola, Curto.

—¿Qué hay, Mercado?

—Ya ves, ganándome el jornal.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Elvira.

—He venido a traerle unos papeles a Tiki.

—¿Y no se los podías dar en el trabajo?

—¿Tengo que darte explicaciones de lo que hago?

—Pues no estaría de más.

—No empieces otra vez, ¿vale?

—Si tú no provocaras, no pasaría nada.

—Aquí el único que provoca eres tú.

—¿Ah, sí?

Viendo que la conversación iba subiendo de tono, opté por retirarme y dejar que arreglaran ellos solos sus problemas. Retorné a la cabina y seguí con lo mío.

La noche terminó con Curto y Elvira marchándose del Roxette agarrados de la cintura. Después de una agitada discusión, parece que habían llegado a un punto de entendimiento. A ver cuánto duraba. El Sonrisas me dio un abrazo al despedirse y me prometió que volvería a frecuentar el Roxette más a menudo. Elvira, más comedida, me dio un beso en la mejilla.

Cuando se fue el último cliente, les dije a Jessica y David que se fueran también. Tenía ganas de echar mano a los informes de la Fundación.

Me senté en el primer taburete que pillé. Cogí la carpeta que me había traído Elvira y la coloqué encima de la barra. Saqué de mi bolsillo la Moleskine de Campo y la puse al lado. Encendí un cigarrillo y abrí un botellín de agua. Noté una vaga inquietud. Entre aquellas dos piezas que tenía enfrente debía estar la solución.

La carpeta contenía diez cuartillas grapadas: beneficio, margen bruto, impuestos, intereses, pasivo circulante. En momentos así no sabía si sentir admiración o pena por los chupatintas que manejaban todo aquello.

Cuando llegué a la penúltima página y leí el título, el pulso se me aceleró: «Donaciones», rezaba. A continuación aparecía un listado de una veintena de empresas con las donaciones que habían efectuado durante el último año a la Fundación. Comencé a comprobar en la Moleskine cada una de ellas, estaba seguro de poder encontrar alguna concordancia.

No me equivoqué. La novena de aquella lista, Calibri Partners Ltd., radicada en las Islas Caimán, era la sociedad que figuraba también en la Moleskine de Campo.

Había donado cerca de tres millones de euros a la Fundación Albás.

Con la carpeta de los informes de la Fundación Albás en la mano, entré en el despacho de Carreras y le puse al tanto de las últimas novedades.

—¿Lo ves, Mercado? Tenías que quedarte con nosotros. Sin ti no habiéramos llegado al punto donde nos encontramos.

—Hubieran llegado por otro camino.

—Tienes que trabajar esa autoestima.

—Es la segunda vez que me lo dicen en poco tiempo.

—Pues ya sabes, tendrás que aplicarte el cuento. Uno puede equivocarse, dos ya es más difícil.

—Lo intentaré.

—Bien, veamos: la Fundación Albás está presidida por la exesposa de Leandro Tintoré y su hijo maneja la parte financiera. ¿Es así?

—Sí, más o menos.

—Y una de las sociedades donde iba a parar el dinero del tráfico de coca de la banda de Ramírez coincide con una de las empresas que ha efectuado mayores donaciones a la Fundación durante este último año.

—Correcto.

—Pues el tema es claro: Jordi Tintoré es la persona que manejó todo el tinglado, la que estaba por encima de Ramírez y el destinatario final del dinero de la coca. Por lo que respecta a proveedores, distribuidores, camellos y demás, estamos trabajando en ello y creo que vamos por el buen camino. Confío en que en un par de semanas la organización quedará totalmente desmantelada. Tenemos que felicitarnos, Mercado.

—No se olvide de que fue Albertí quien comenzó la investigación.

—No me olvido, no —contestó Carreras, con un rictus de melancolía.

—Aún hay cosas que debemos aclarar: ¿qué hay de las otras cuentas que manejaba Campo? Porque ninguna de ellas aparecía en las cuentas de la Fundación. Y más importante aún: ¿estaba Leandro Tintoré al tanto de todo?

—Cierto, el blanqueo se realizaba a través de su banco.

—Por eso. Todo es demasiado casual.

—Jordi Tintoré nos lo explicará todo. Ahora pido una orden de detención.

Salí del despacho y llamé a la casa particular del hijo mayor de Leandro Tintoré. Una criada me dijo que no estaba, que probara en su despacho. Así lo hice.

—El señor Tintoré hoy ha ido a entrenar al circuito —contestó una secretaria de voz gangosa.

—¿A qué circuito?

—¿A cuál va a ser? ¿Conoce usted muchos circuitos?

—Oiga, señorita, no tengo ganas de perder el tiempo, ni con usted ni con nadie.

Me dice inmediatamente el circuito al que ha ido a entrenar el señor Jordi Tintoré o vengo a por usted y me la llevo directamente a Wad-Ras. No sé si me explico con suficiente claridad.

—Vale, no se enfade. Ha ido al Circuito de Catalunya, en Montmeló.

—Gracias por su colaboración —contesté con sorna—, lo tendré en cuenta en un futuro.

—Váyase al carajo.

Llegué al circuito de Montmeló acompañado de Elvira, un coche patrulla con dos agentes a bordo y la orden de detención firmada por el juez. Aparcamos en una gran explanada, detrás del edificio principal. Aquello estaba atiborrado de cochazos de esos que cuestan lo que yo ganaba en varios años. Aparcamos el Altea al lado de un imponente Ferrari de color amarillo.

—Tiki, ese es el coche de mis sueños —dijo Elvira, señalando el automóvil—. Un 458 Italia.

—¿Y qué vale esta caja de zapatos?

—A partir de los doscientos treinta mil euros tienes uno.

—Si quieres comprarte uno tendrás que dedicarte a otra cosa, porque trabajando de policía lo tienes claro.

—O casarme con un tío rico —rio.

—Pues ya le diré a Curto que se vaya buscando otra novia. Venga, vamos a buscar a Tintoré.

Nos encaminamos hacia la entrada principal. Un par de fornidos empleados de una empresa de seguridad nos impidieron el acceso.

—¿Adónde van? —preguntó uno de ellos.

—A ver los coches de carreras —respondí.

—Lo siento, al *pit lane* solo se puede acceder con acreditación especial.

—¿Le parece especial esta? —Y le enseñé la placa.

—Eh, claro, por supuesto... —intervino el compañero que parecía el jefe—. ¿Suced algo, sargento?

—Venimos a ver a alguien.

—¿Qué podemos hacer por ustedes?

—No hace falta que hagan nada, déjennos pasar y mantengan la boca cerrada.

Accedimos a lo que los de la empresa de seguridad habían llamado *pit lane*, que no era más que la recta que pasaba por delante de los garajes donde estaban estacionados algunos de los coches. Después de pasar por delante de unos cuantos, llegamos al de Tintoré. Un mecánico se nos acercó:

—¿Esperáis a alguien?

—Sí —dije—, a Jordi Tintoré.

—¿Sois amigos suyos?

—Sí, claro —respondió Elvira.

—En cuatro vueltas tiene que entrar a repostar.

Entonces, mientras intentaba permanecer ajeno al estruendo de aquellos aparatos que pasaban una y otra vez por nuestro lado, la vi. En un lateral del garaje, sentada en una silla plegable, una mujer de melena corta formada por gruesos tirabuzones rubios, rostro de formas redondeadas y ojos de color miel, fumaba, distraída, un pitillo: Isabel Vallejo.

Me quedé atascado. Por un momento no atiné a alcanzar qué hacía aquella mujer allí. Pero enseguida lo entendí. Era obvio. La madre de Borja Tintoré estaba allí acompañando a Jordi Tintoré, el responsable indirecto de la muerte de su hijo. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Has visto quién está ahí? —dijo Elvira.

—Sí, la acabo de ver. Vamos a ver qué cuenta.

Nos acercamos a Isabel Vallejo. Se incorporó rápidamente de la silla, azorada.

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—¿Y usted? —le devolví la pregunta.

—Viendo las carreras.

—Acompaña usted a Jordi Tintoré, imagino.

—Bueno... sí. De casualidad.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Por una serie de circunstancias, hoy me he dejado caer por aquí, pero no crean que es habitual. De hecho, es la primera vez que vengo.

—No tiene que justificarse por nada, señora. Está en su derecho de ir donde quiera. Ahora bien, le recomendaría que vigilara las compañías que escoge.

—No le entiendo, sargento.

La conversación se interrumpió con la entrada en el garaje de un bólido rojo conducido por Jordi Tintoré. El hermanastro de Borja bajó del auto, se quitó el casco y fue directamente hacia Isabel Vallejo. Ajeno a nuestra presencia, le dio un largo beso en los labios. La mujer le susurró algo al oído y Tintoré se giró hacia nosotros.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó en tono de soberbia.

—El sargento Mercado y la agente Sangenís, *mossos d'esquadra*.

—¿Y puedo saber qué desean?

—Claro. Traemos una orden de detención contra usted.

—Debe de ser una broma.

—Me temo que no. —Le acerqué la notificación—. Tenga.

Tintoré cogió la orden y la leyó rápidamente. Su semblante palideció por un momento, pero se sobrepuso enseguida.

—Tiene que ser un malentendido —dijo, altanero—. Hablaré con mis abogados para que solucionen este asunto rápidamente.

—Claro, puede llamar a quien usted juzgue oportuno, aunque eso no le salvará de tener que acompañarnos a comisaría. Es usted sospechoso de haber blanqueado más de treinta y dos millones de dólares provenientes del narcotráfico y de liderar una organización criminal.

—¿Saben que tengo trabajando para mí al mejor bufete de abogados del país?

—Los va a necesitar —contesté—, lo suyo no es poca cosa.

—Tendrán que demostrarlo. —Lo dijo sin demasiado convencimiento.

—¿Sabe, Tintoré? Con el dinero que usted ha blanqueado, le garantizo que comen muchísimas familias que apenas tienen nada que llevarse a la boca.

—El problema de esas familias que usted dice sería el mismo de una manera u otra. El sistema es el que es, y contra eso ni ustedes ni yo podemos hacer nada.

—Nosotros lo intentamos.

—¿Era Quevedo quien decía aquello de que todo depende del cristal con que se mire?

—Era Calderón de la Barca —intervino Elvira.

—Pues eso, todo es cuestión de puntos de vista. Ustedes tienen el suyo y yo el mío.

—No, amigo, no —lo contradije—. Los puntos de vista son para discernir si un color es más bonito que otro, pero no es este el caso. Con el dinero que usted y otros de su calaña han sacado de la circulación legal se podrían hacer muchas cosas.

—Al final me hará llorar, sargento.

—No se apure, en la cárcel tendrá todo el tiempo del mundo para ello.

Tintoré no contestó. Parecía que su vanidad se evaporaba por momentos.

—¿Ustedes son de los corruptibles o de los del bando contrario? —dijo, volviendo a la carga.

—No sé de qué habla.

—Sí, hombre. Les pregunto si ustedes se dejarían sobornar, tal y como hacen algunos de sus compañeros.

—No creo que haga falta responder a tamaña imbecilidad.

—Oigan, ¿se han preguntado cómo es que durante muchos meses la banda esa que ustedes dicen que se dedicaba al tráfico de drogas, de la que yo no sé nada, que quede claro, pudiera campar a sus anchas sin que ustedes se enterasen? ¿No es un poco raro todo esto? ¿Tal vez alguien, dentro de su organización, facilitaba información a esos criminales sobre los movimientos que realizaban ustedes? ¿Podría ser?

—¿Adónde quiere ir a parar? —pregunté, empezando a cansarme de tanta charlatanería.

—¿A usted qué le parece? Si eso fuera cierto, se armaría un revuelo considerable, ¿no? Imagínese el titular: «*Mosso d'esquadra* colabora con banda criminal». Con la inquina que les tienen los medios de comunicación, no iban a dejarles respirar durante mucho tiempo.

—Me he perdido, pero me da igual. Nos vamos a comisaría.

—No se equivoque, sargento. Estamos a tiempo de negociar. Algo que beneficie a ambos. Se trata de que salgamos todos lo menos perjudicados posible. Hable con sus jefes antes de hacer nada.

—Está usted empezando a irritarme.

—Se lo diré de otra manera. La banda esa a la que se refiere tuvo un topo dentro de la Policía de Catalunya. O sea, ustedes.

—¿Quién?

—Alguien de quien se tuvo que prescindir cuando dejó de ser válido. ¿Le suena el nombre de Joaquim Albertí?

Ahí me tocó en lo más hondo. Después de la visita que le había hecho a la tal Diana a su apartamento de Diagonal Mar, no quise pensar que Quim tuviera algo que ver con aquella gentuza, me hubiera dolido demasiado. Intenté convencerme de que tal vez era todo una mera coincidencia. Pero no, no lo era, y ya no tenía sentido mirar a otra parte. Mi amigo había estado colaborando con la organización criminal, como uno más de ellos. Y cuando Carreras le encargó la investigación por la muerte de Borja Tintoré, se lo sacaron de encima, ya no era útil. Mierda, mierda y mierda.

Pero nada de eso cambiaba las cosas. Albertí había sido mi colega y había dejado huérfanos a tres pequeños. Y yo me disponía a detener al que había acabado, aunque fuera indirectamente, con la vida de su padre. Que Quim tuviera una aventura extraconyugal, a mí ni me iba ni me venía. Y que hubiera colaborado con aquella caterva sería algo de lo que yo me encargaría de que quedara lo más tamizado posible. Aunque fuera contra la ley. Aunque fuera contra mis principios. Un amigo era un amigo.

La sangre me empezó a bullir. Apreté los puños. Elvira me sujetó del brazo. Pero no bastó. Con un gesto rápido me deshice de mi compañera y di un paso adelante. Abrí la mano y la estampé con fuerza contra la cara de Tintoré. El hijo del banquero cayó al suelo. Luego, con los ojos enrojecidos por la ira, se levantó y me señaló con el índice.

—Deje de hacerse el héroe, sargento. ¿Qué quiere? ¿Impresionar a su compañera? No estamos en una serie de esas que dan por televisión. Esto es el mundo real, ese que usted y los suyos no tienen ni idea de qué va. ¿Se cree que porque lleva una placa está por encima de los demás? No, sargento, ustedes no son más que un hatajo de funcionarios que se han dedicado a esto porque no sabían hacer nada más.

—Váyase al carajo, imbécil. Elvira, ponle las esposas a este esperpento y quítalo de mi vista.

—Usted no sabe con quién está tratando. ¿Sabe quién es mi padre?

—Alguien que ha tenido la mala suerte de engendrar a una aberración.

—Eso le va a costar muy caro, sargento. Voy a ir por usted.

No contesté, no valía la pena. Me giré y dirigí la vista hacia Isabel Vallejo. Estaba pálida. Por un momento estuve tentado de decirle que aquel hombre al que había ido a acompañar a las carreras era el culpable de la muerte de su hijo. Pero me contuve. Me pareció demasiado cruel.

Elvira y los dos agentes se llevaron a Jordi Tintoré a La Central. Yo cogí el Altea y puse rumbo a la sede de CapitalBank. Aparqué el auto encima de la acera y me dirigí al mostrador de acreditaciones.

—Vengo a ver a Leandro Tintoré —le dije a la recepcionista—. Soy Eutiquio Mercado.

—¿Tiene cita con él?

—No, pero seguro que me recibirá. Llámelo, por favor.

La chica marcó una extensión en su teléfono y habló en voz baja durante unos instantes.

—Perdone, sargento —dijo después de colgar—, puede subir. Planta 24.

Tomé el ascensor y en apenas un momento me planté delante de la puerta del despacho de Tintoré. La misma secretaria de la vez anterior estaba esperándome.

—Pase, por favor —me invitó.

Entré. Leandro Tintoré estaba sentado en un sofá. Fumaba un gran cigarro y sonreía de forma vaga.

—Siéntese, sargento. ¿Qué viene a contarme?

—Me temo que nada bueno.

—Cuando me ha dicho mi secretaria que estaba usted aquí, me lo he imaginado. Estoy preparado. Creo.

—Ya sabemos quién asesinó a su hijo Borja.

—Sí, me lo dijo el *conseller* de Interior. Un mexicano que murió accidentalmente mientras ustedes lo detenían.

—Se llamaba Julián Ramírez y era uno de los cabecillas de una organización dedicada al tráfico de cocaína.

—¿Mi hijo estaba metido en asuntos de droga? De eso no me dijo nada el *conseller*.

—¿Le sorprende?

—No eduqué a mis hijos para que fueran por ese camino. Imagino que Dios dispuso lo contrario.

La sonrisa de Tintoré se había esfumado por completo. Una sombra de tristeza se había instalado en su rostro. Dio un par de grandes caladas al puro antes de seguir.

—Pero me tengo por un hombre valiente, he de afrontar las cosas. ¿Cómo sucedió?

—Su hijo empezó a consumir cocaína y a traficar a pequeña escala, pero el tema se le quedó pequeño y decidió ir un paso más allá. Se juntó con malas compañías y, lo que es peor, intentó jugársela a sus proveedores.

—Y no perdonaron, claro.

—Esa clase de gente no perdona nunca. O estás con ellos o estás en contra. Y su hijo escogió el lado equivocado.

—Entiendo.

—Hay más que contar. La organización de Ramírez ha estado blanqueando el dinero sucio a través de CapitalBank.

Tintoré no pestañeó.

—Imagino que esto tiene que ver con la detención de Ramon Campo —pareció deducir.

—¿Estaba usted al tanto?

—No, pero no me viene de nuevo.

—¿Tiene usted algo que ver en todo esto?

Tintoré se levantó pesadamente y se dirigió hacia uno de los enormes ventanales del despacho. Su figura no era ni por asomo la de aquel hombre vital que había conocido al comienzo de la investigación. Parecía que había envejecido diez años. De golpe. Era la viva imagen del abatimiento.

—Soy un imbécil, sargento, alguien que no merece ningún tipo de misericordia. Mucho creer en Dios, mucho Opus Dei, muchos rezos... ¿Para qué? ¿Lo sabe? Yo se lo diré: para que cuando llegues a la vejez todo se desmorone. Siempre he estado más preocupado por mi reputación y mi patrimonio que por la gente que tenía alrededor. Mi familia, mis amigos, mis compañeros. Se me ha muerto un hijo, ¿sabe? Todo por mi culpa. Si hubiera estado más encima de él, no se hubiera descarriado. No tiene sentido.

Tintoré dio una larga chupada al cigarro. Tenía los ojos enrojecidos, pero mantenía la serenidad.

—Y he creado un monstruo —siguió—. Sangre de mi sangre. ¡Por Dios!

—Borja no era un monstruo, solo escogió un mal camino.

—No hablo de Borja, pobrecito, no.

—¿Entonces?

—Le hablo de mi hijo Jordi. ¿Ya lo han detenido?

—¿Cómo lo sabe?

—Por lo que me cuenta, entiendo que Jordi era la persona que se encargaba del blanqueo de capitales. Y para eso utilizaba a Campo, un hombre que tenía la potestad de mover dinero arriba y abajo sin tener que dar demasiadas explicaciones. Una vez el dinero estaba limpio, Jordi transfería una parte a la Fundación Albás y la otra se la quedaba para él.

—Presuntamente, es así.

—Y, por el camino, acabó con la vida de su hermano. ¡Por Dios!

—Indirectamente.

—Yo soy tan culpable como él. Cuando mi hijo Jordi vino a pedirme ayuda porque quería colaborar con la Fundación, le dije que le echaría una mano. Nunca me he fiado de él, pero le di un voto de confianza. Era para la Obra. Además, estaba su

madre. Aunque yo ya no tengo ninguna relación con ella, me pareció acertado que madre e hijo hicieran cosas juntos. Yo le presenté a Campo. Aunque a partir de ahí no quise saber nada, por aquello de ojos que no ven, corazón que no siente, ya sabe.

Entendí el dolor que debía de estar pasando aquel hombre. Pero no me dio ninguna pena. A mí la pena me la daban las familias que tenían problemas para proporcionar a sus vástagos tres comidas calientes al día, no aquella clase de gente que utilizaba las debilidades de los demás en beneficio propio. Si Tintoré había llegado a ese punto, era responsabilidad exclusivamente suya.

—Mi hijo Jordi es un amoral, que no ha dudado incluso en acostarse con la mujer de su padre. ¿Lo sabía?

—Lo imaginaba.

—Ya veo que está usted al tanto de todo.

—Intento hacer mi trabajo lo mejor que sé.

—Siempre me esforcé en inculcarle valores de trabajo y creencia en Dios. Nunca me hizo caso. Imagino que mi ejemplo no fue el mejor para él. Pero saber que fue él quien acabó con la vida de su hermano es duro. Demasiado.

Tintoré miró el puro que sostenía entre sus dedos. Dio una larga calada y abrió uno de aquellos grandes ventanales. Pensé que necesitaba que le diera el aire. Pero me equivoqué. Y cuando me di cuenta de sus verdaderas intenciones ya fue demasiado tarde: el banquero tiró el cigarro al suelo, dio un paso adelante y se precipitó al vacío.

## PLAYLIST

*Wish You Were Here*, Pink Floyd  
*Cat Scratch Fever*, Ted Nugent  
*I Shot the Sheriff*, Eric Clapton  
*Cocaine*, J. J. Cale  
*You Really Got Me*, The Kinks  
*Rock and Roll Never Forgets*, Bob Seger  
*Can't Get Enough*, Bad Company  
*Back in the U.S.S.R.*, The Beatles  
*Sister Golden Hair*, America  
*Brass in Pocket*, The Pretenders  
*White Room*, Cream  
*Spanish Bombs*, The Clash  
*All My Love*, Led Zeppelin  
*Friday on My Mind*, The Easybeats  
*Happy Man*, Iggy Pop  
*Home Town*, Joe Jackson  
*Somebody to Love*, Jefferson Airplane  
*Born to Run*, Bruce Springsteen  
*Fortunate Son*, John Fogerty  
*Wild Horses*, The Rolling Stones  
*Back in the Night*, Dr. Feelgood  
*So Lonely*, The Police  
*Just Like Heaven*, The Cure  
*Come on Eileen*, Dexys Midnight Runners  
*Only the Good Die Young*, Billy Joel  
*My Back Pages*, The Byrds  
*Rock'n'Roll Suicide*, David Bowie  
*Wild Thing*, The Troggs  
*My Sharona*, The Knack  
*I Want You to Want Me*, Cheap Trick

## **NOTA DEL AUTOR**

Tiki Mercado no existe. Ni él ni cualquiera de los personajes que aparecen en esta historia de ficción. Son producto únicamente de mi imaginación y cualquier parecido con la realidad será fruto de la coincidencia.

Esta es una novela cuya única intención es la de hacer pasar un rato agradable al lector. Si alguien se ha podido sentir ofendido en algún momento, le pido mis más sinceras disculpas. Nunca fue mi intención.